El Hogar



PINTADA PARA "EL HOGAR"

LOS COLORES DE LA PATRIA

por Juan Peláez

UN REGALO

MUY UTIL PARA TODAS LAS FAMILIAS

El nuevo librito de Recetas
Te Sol
1924



Que contiene gran número de recetas nuevas, para hacer ricos postres y dulces. Se envía gratis.

Pídalo personalmente o por carta, a los Agentes de Te Sol (Sección Propaganda), calle Tucumán, 345, Buenos Aires, acompañando una etiqueta de las que lleva cada lata o paquete de "Te Sol", Etiqueta Blanca o Five O'Clock.

Si desea que se le remita certificado, es necesario enviar quince centavos en estampillas. Si lo quiere por correo simple, debe enviarse una estampilla de cinco centavos.





Quítele una de cualquiera de estas etiquetas al primer paquete o lata de Te Sol que compre en el almacén, y mándela pidiendo el librito.

SUBSCRIPCIONES
EN LA CAPITAL
Año............ $ 9.— %
Semestre........ » 5.— »
Trimestre....... » 2.50 »
Núm. suelto.... » 0.20 »
» atrasado. » 0.40 »
EN EL INTERIOR
Año........... $ 13.60 %
Semestre...... » 7.— »
Trimestre..... » 4.— »
Núm. suelto... » 0.30 »
» atrasado » 0.60 »
EN EL EXTERIOR
Año.......... $ 10.— oro
Semestre..... » 6.— »
Trimestre.... » 4.— »

Para evitar interrupciones en la recepción, conviene remitir la renovación de las subscripciones sin demora. El importe de las subscripciones puede ser remitido a esta Administración en giros postales, cheques, órdenes contra casas de comercio establecidas en ésta, o estampillas de correo, bajo sobre certificado.

El Hogar

ILUSTRACION SEMANAL ARGENTINA

APARECE TODOS LOS VIERNES



Redacción y Administración RIO DE JANEIRO, 252

FUNDADA EN 1904 POR ALBERTO M. HAYNES

U. Telef., 62, Mitre, 8704 y 9560 — Dirección telegráfica: "Senyah"

OFICINA CENTRAL PARA AVISOS Y SUBSCRIPCIONES
AVENIDA DE MAYO, 749, 5º PISO
Unión Telef. 38, Avenida, 1472

ANUNCIOS EN EL EXTERIOR
Se aceptan anuncios de cualquier Agencia o Agente de Publicidad de buena reputación. — No se acuerdan representaciones exclusivas. — La Administración atiende todo pedido de ejemplares y tarifas.

AGENTES PARA LA VENTA EN EL EXTERIOR
URUGUAY. — A. S. ADAMI
Plaza Independencia, 824, Montevideo
PARAGUAY. — E. G. PLATE
Palmas, 435, Asunción

Año XX — *Buenos Aires, 6 de junio de 1924* — Núm. 764

Notas y Comentarios de Actualidad

El Amigo de la Virtud

El doctor Sagarna, desde el día en que ascendió al ministerio de Justicia e Instrucción Pública, lleva pronunciados no menos de cuarenta discursos. En el último de ellos, dirigido a las personas que llenaban la sala del teatro Colón, cuando se repartieron los premios a la virtud, el doctor Sagarna anunció al auditorio que tenía pensado instituir una recompensa de quinientos pesos "a la mujer que más abnegada y noblemente honrase a la maternidad". Leal a semejante propósito, y para que se crea que los políticos son capaces de cumplir algunas de sus promesas, el señor ministro acaba de dirigirse a la entidad que distribuye esta clase de premios comunicándole que ya ha decretado la erogación de los quinientos pesos en favor de las madres abnegadas y nobles.

Como se ve, el señor ministro no sólo es un gran orador, sino también un hombre capaz de concebir muy originales ideas. A ninguno se le había ocurrido recompensar a la maternidad. Siempre se ha creído que la maternidad se premia por ella sola, puesto que es una función propia de la mujer, ajena en absoluto a todo principio moral. Otorgar dinero a una madre que cuida bien a sus hijos, y por el solo hecho de cuidarlos amorosamente, equivale a aplaudir a un ciudadano cualquiera por la regularidad de su estómago. Si fuéramos a entregar títulos pecuniarios a las madres que cumplen con su deber, serían insuficientes las opulentas arcas del Estado. Nos parece muy bien que se ayude a las madres pobres. Hay millares; y el señor ministro tendría allí un campo propicio a los desahogos de su corazón. Pero los premios a la virtud se destinan a las virtudes que van siendo cada día más raras, no a las naturales del género humano.

En fin, alguna excelente mujer, con la iniciativa del señor ministro, saldrá ganando quinientos pesos. Y algo es algo.

El Respeto al Respetable Público

El respetable público no es lo más respetado que hay en Buenos Aires. Una vez, Raffeto se dirigió a él llamándole respetable, y luego continuó su discurso en términos de la más irrespetuosa familiaridad. Pero hay quien quiere hacer respetar al respetable público: es la Inspección General de la Municipalidad. Tanto en sus oficinas de la casa central, como en las inspecciones circunscripcionales, mandó fijar unos carteles, declarando que en algunas oficinas no se atiende al público con el debido comedimiento, y prohibiendo que esto suceda en lo sucesivo, y disponiendo que todos los funcionarios, de cualquier categoría que sean, se conduzcan con toda corrección con el público, y, en fin, ofreciendo a este último atender toda queja al respecto. La Asistencia Pública también se ocupó no hace mucho de esto del respeto al respetable público. Iba usted a un hospital municipal, a vacunarse, y el señor practicante le decía, al verle traza de obrero albañil: "Bueno, arremangate". La Asistencia Pública les dijo a los practicantes que si los enfermos pobres concurren a los hospitales, también están en su derecho, y que ése no es motivo suficiente para recibirlos así: "¿Qué te duele? ¿Qué te ha pasado? Qué tal, ¿ya estás más aliviado?"

Quizá fuera mejor Jubilar a los Delincuentes

La seguridad personal no es muy brillante en nuestro hermoso país. ¿Qué no gastamos en policía? Un dineral. Con las policías argentinas, de seguridad y de investigaciones, podría formarse un ejército no menos numeroso que el nacional. Sólo las policías de la Capital Federal y de la provincia de Buenos Aires hacen alrededor de quince mil hombres. Pero eso no impide un asalto al habilitado de la Aduana, ni un atentado de la calle Almirante Brown, ni la muerte de una telefonista, ni que unos mismos enmascarados cometan en una sola noche varios asaltos. Y aun hay lugares donde las cosas andan peor que en Buenos Aires. Dice un corresponsal de Córdoba que en aquella ciudad las víctimas de atentados contra la propiedad han desistido de denunciarlos a la policía porque no creen que esta institución sea imparcial en las cuestiones entre los vecinos honrados y los delincuentes. Y no debe ser del todo un prejuicio popular, puesto que entre los casos que cita se cuenta el de un universitario. Leyendo las noticias de los territorios, nos enteramos de que sólo ahora la policía de Río Negro ha capturado una gavilla de cuatreros que venía operando desde hacía diez años. ¡Diez años de ejercicio impune de la profesión! ¿Qué hacer en un país donde la delincuencia asume tan graves caracteres y la policía da tan mediocre resultado? Nosotros hemos aventurado una vez la opinión de que estaríamos más seguros si los millones que gastamos en policía los empleáramos en jubilar a los delincuentes. Nos parece que convendría pensarlo.

Procedimiento

Con el propósito de celebrar dignamente, en 1925, el Día de la Raza, una institución extranjera, aquí establecida, apréstase a organizar un gran concurso literario, en cuyo programa tienen cabida los asuntos más diversos, desde el relativo a los problemas de la inmigración, hasta el soneto de circunstancias, pasando por los temas siempre proficuos de nuestra historia colonial. Pero como para que las péñolas se pongan en actividad es preciso que medie el poderoso estímulo de alguna retribución, de alguna realidad tangible más o menos codiciable, la institución a que nos venimos refiriendo ha encontrado la manera de atraer a los esquivos autores sin desmedro de su propio peculio social. Se ha dirigido, para decirlo de una vez, a los presidentes de las repúblicas americanas, pidiéndoles que contribuyan, ya en especie, ya en numerario, a la provisión de los premios que se disputarán en los mencionados juegos florales.

El procedimiento no será nuevo; pero nadie se atreverá a sostener que no es económico.

Los Autores Teatrales quieren ser Premiados

Varios miembros de la comisión directiva de la Sociedad Argentina de Autores mantuvieron, días pasados, una larga conferencia con el señor intendente municipal. Durante la entrevista, aquellos ciudadanos solicitaron del doctor Noel, entre otras cosas, que hiciera las gestiones necesarias para que el Concejo Deliberante sancione alguna ordenanza que instituya recompensas anuales para la producción teatral en nuestro país. Así como existe un concurso municipal de literatura, desean los autores de la Sociedad Argentina que exista también un concurso municipal de obras de teatro.

Nosotros no podemos creer que semejante pedido se encuentre inspirado por un deleznable anhelo de lucro. Nuestros dramaturgos ganan un dineral. La pieza más desdichada, por poco que se represente, deja a su autor una utilidad muy superior a la suma que el señor Capdevila, por ejemplo, acaba de percibir con su trabajo sobre "El libre albedrío", premiado en el concurso municipal correspondiente a 1923.

Siendo así, suponemos que los miembros de la Sociedad Argentina de Autores no se han dirigido al señor intendente en demanda de una mezquina retribución en metálico. Los ha guiado, seguramente, el noble deseo de que sus mejores producciones sean consagradas por algún tribunal de críticos; pues ellos, tan beneficiados por la fortuna, se consideran con derechos a ser también acariciados por la gloria.

El señor Noel debe complacerlos, y presentar al Concejo Deliberante un proyecto de ordenanza, por el cual se destine la cantidad de quinientos pesos anuales para la adquisición de tres medallas, una de oro y dos de plata, que serían entregadas a los autores de las tres piezas que tuvieren un más considerable valor artístico. Ahí queda eso...

Tirada del número anterior de EL HOGAR:

115.470 ejemplares

Una China que Demanda a su Marido ante nuestros Tribunales

Cuando en la Gran China se conozca un fallo que en un juicio sobre nulidad de matrimonio acaba de dictar el doctor Mitre y Vedia, los hombres prudentes de aquel país, célebre por sus hombres prudentes, no podrán menos de alabar la prudencia de los magistrados argentinos. Se le presenta al doctor Mitre y Vedia un caso ocasionado a las mayores perplejidades. Una señora china que pide la nulidad de un segundo matrimonio contraído en Buenos Aires por su marido chino. Pero ¿era ella, efectivamente, esposa del demandado? Ellos se habían casado en la Gran China, a la usanza granchinesca: los contrayentes cambiaron unos papeles colorados con sus respectivas firmas, y luego se lo comunicaron a la familia. Es así cómo se casan las gentes en la Gran China. Hoy existe allá registro civil donde protocolizar el cambio de los papeles colorados; pero en la época del matrimonio (1904) no existía aún, y la protocolización se efectuaba en la agenda familiar del más anciano de los consuegros o de los abuelos. ¿Cómo, probar, entonces, sobre todo a tanta distancia de la Gran China, que ella, la actora, era esposa del demandado? Lo único que podía hacerse era una información sumaria. Desfilaron testigos, y por cierto que uno de ellos fué recusado por fumador de opio. El resultado de la información, si bien el juez adquirió la convicción moral de la realidad del derecho invocado por la actora, no fué concluyente. En cualquier sentido que fallase, quedaba expuesto a un error judicial. Entonces el juez falla condenando al demandado a pasar una pensión mensual a la actora, y a entregarle, por una sola vez, una suma de dinero para que pueda continuar el juicio. "Si hubiere error judicial — dice, — cabrá una acción reparadora, que el Código acuerda. En cambio, sería de mayores consecuencias, y de resultados tal vez extremos, si la demanda fuese rechazada, siendo justa; y habría el peligro de exponer a la esposa al abandono en un país tan distante de la Gran China."

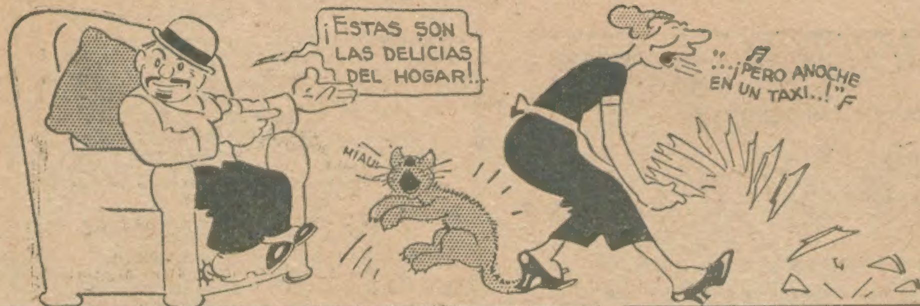
Los Padres que Fomentan la Raza Caballar

El Jockey Club de Rosario ha creído prudente restringir a los hijos de los socios la libertad de acceso al local social y al hipódromo. Ahora se requiere la edad de diez y ocho años, y se exigirá un derecho de dos pesos por la entrada al segundo. ¿Revelan, estas medidas, que los idólatras de la raza caballar se ven en un pequeño conflicto: de un lado el fomento de aquella especie insigne, y del otro... sus propios hijos? No sería extraño. Porque si es verdad, como nosotros no estamos lejos de creerlo, que el caballeresco deporte de las carreras sea socialmente nocivo, tampoco sería inverosímil que la primera de sus víctimas no fuese precisamente el pueblo que todo lo sufre y todo lo paga, como lo apellidan los clásicos de la materia, sino los hijos de los que tuvieron a insolente demagogia la supresión de las reuniones de los jueves. Muchas veces hemos oído lamentar las costumbres de los hijos de familias ricas. En lugar de dedicarse a provechosas empresas mercantiles, se dedican al saqueo de los bolsillos paternales. Pero, ¿qué le hemos de hacer? Nada tan comprensible como que a un muchacho de veinte años le gusten más las reuniones del hipódromo que la disciplina de los negocios. Una vez, un notable estadista argentino, queriendo orientar a la juventud aristocrática hacia la Bolsa de Comercio, fundó un instituto mercantil expresamente a este propósito. Pero antes, en un momento de impremeditación, había fundado un club de carreras. Fundó el instituto, repetimos. Pero fué un fracaso. Imposible desviar a la juventud aristocrática del camino del hipódromo.



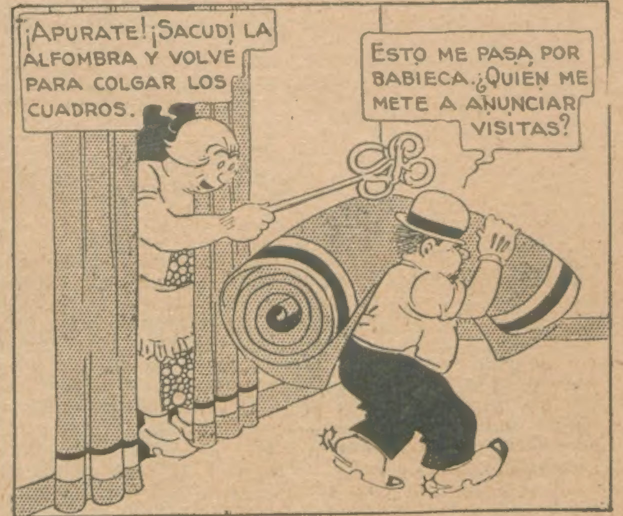
Las aventuras de don Pancho Talero

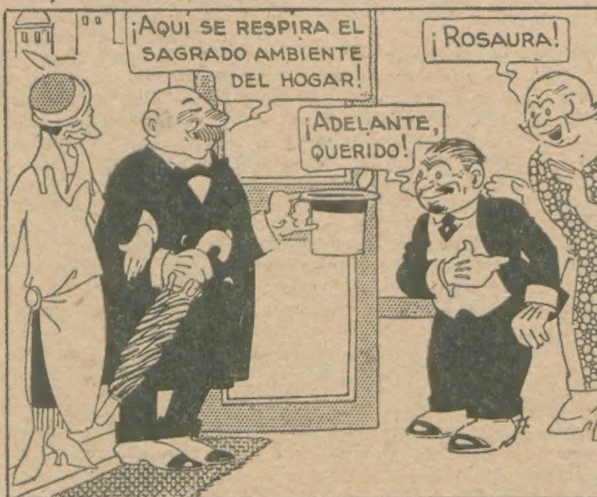
Por LANTERI





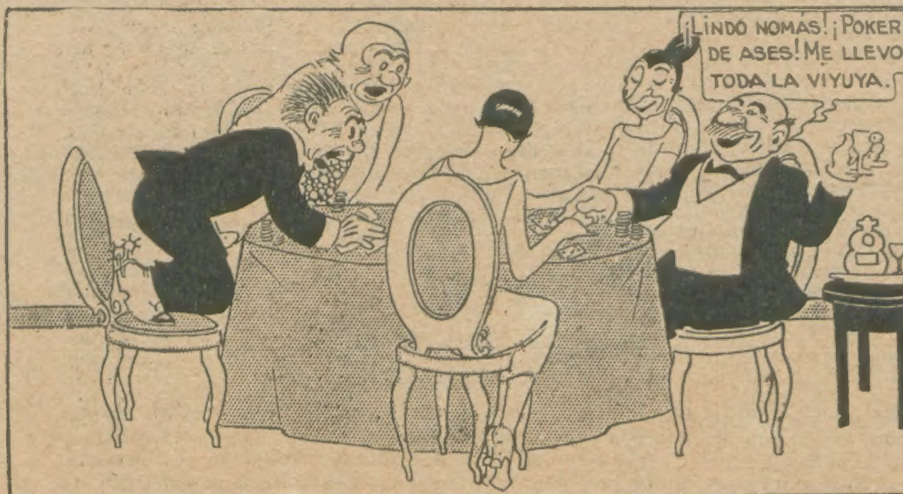


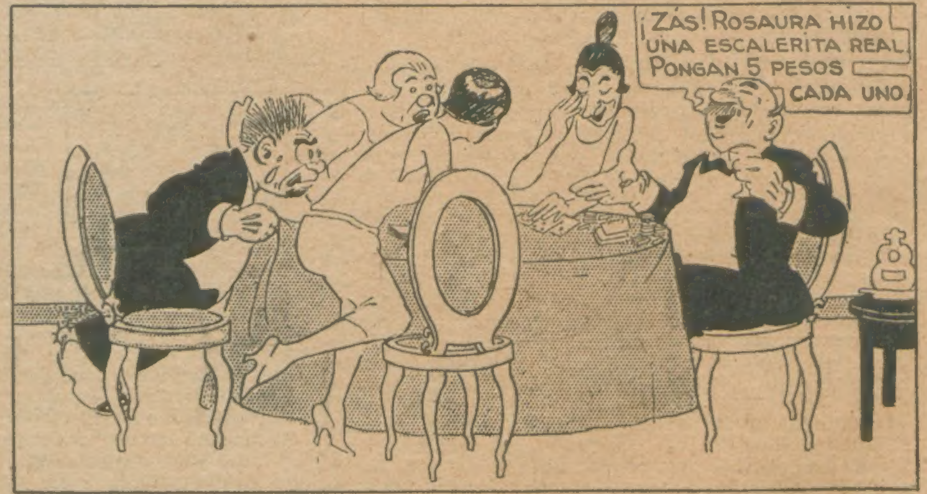


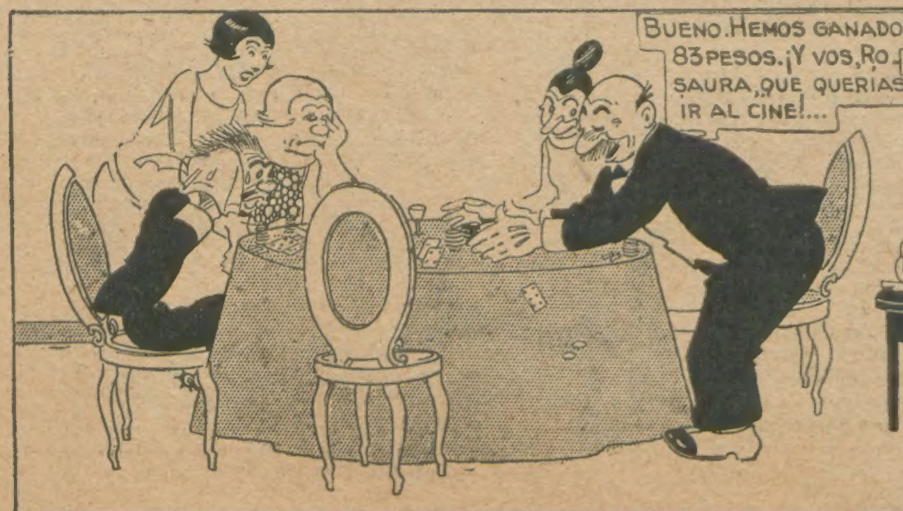
















"Sigue con los ojos los movimientos de la bandada bulliciosa..."



El aro

Por MATILDE ALANIC

Ilustración de Sardá



LAS verjas de hierro del jardín público no cesan de rechinar, empujadas por los paseantes. El día ha sido largo, asfixiante; del cielo, que parecía calentado al rojo, caía fuego. Y ahora, en el descanso de la tarde, todos los desdichados a quienes sus ocupaciones retienen en la ciudad y que, con aquel calor canicular, han tenido que sufrir el forzado encierro de la oficina o del taller o la abrasadora atmósfera de la calle, acuden allí a respirar un poco de aire fresco que alivie su pecho oprimido y a alegrar sus ojos y su alma con la visión del cielo, de los árboles y de las flores.

La hora es deliciosa; el azul crudo del firmamento se ha suavizado en una tonalidad de turquesa en la que se extienden hacia el occidente tenues nubes doradas; los cisnes hinchan sus alas, se deslizan sobre el agua inmóvil de uno a otro extremo del gran estanque, y arquean sus cuellos serpentinos para coger las golosinas que los niños les ofrecen.

Numerosos grupos circulan con paso indolente y hablando en voz apagada, bajo la bóveda ya ensombrecida de las alamedas o por la avenida central, a cuyos lados se levantan cestas de flores, de donde se escapa el embriagador perfume de los heliotropos y el acre aroma de los geranios. Los colores se atenúan, se esfuman las lontananzas, y un rayo de fuego se extingue lentamente, después de haber iluminado por un instante las ligeras nubecillas, que toman un tinte amoratado. El sol ha desaparecido allá lejos, detrás del horizonte, que las casas ocultan, llevándose consigo los lancinantes cuidados, los pensamientos que oprimen.

Es la tregua de la noche que empieza, y el crepúsculo se prolonga, envolviéndolo todo en un ambiente de encanto y de paz.

En un banco hay un hombre con la cabeza inclinada; nadie pensaría seguramente en sentarse a su lado, y las miradas que a menudo le dirigen los viandantes desvíanse de él apresuradamente. Su aspecto suscita ideas desagradables, imágenes sombrías que romperían, en quien se entretuviese con ellas, la armonía de aquel hermoso anochecer; y en verdad son demasiado raras las horas de tranquilidad de que en este mundo gozamos para que las entristezcamos sin un motivo poderoso.

Tiene el cuerpo flacucho, la tez terrosa, las mejillas hundidas de quienes han padecido desde niños; los miembros deformados por un trabajo superior a sus fuerzas, tal vez por un oficio malsano; y lleva las ropas sucias, miserables, de los infelices que no poseen más que las puestas.

—¡Un vagabundo!—dice para sus adentros el desocupado que se pasea con el cigarro en los labios, en el bienestar de la digestión.

Y en el fondo de su pensamiento añade con cierta impaciencia contra la incuria de las autoridades constituídas:

—¿Por qué no ha de prohibirse la entrada en el jardín a gentes semejantes?

Y, en efecto, aquel hombre sólo inspiraría una impresión de repugnancia y de compasión vulgar, mezclada con algo de terror, si no fueran sus ojos, unos ojos azules, trágicos y dulces, dilatados y famélicos, cuyo brillo ilumina aquel rostro demacrado. Aquella mirada feroz y triste proclama la angustia suprema de un alma bajo el peso de un destino funesto, la desesperación de la impotencia para la felicidad, la pena desconsoladora de un corazón atenaceado, de una inteligencia atrofiada, encerrada en las negruras de la ignorancia, de la miseria, de la vida bestial.

¿Por qué vosotros y no yo?, dicen claramente sus pupilas pálidas, en las que se asoma la amargura de la envidia, cada vez que pasan una familia, un grupo de amigos en alegre y frívola charla, o una silenciosa pareja que pasea sus ensueños amorosos.

¡Para los demás el amor, los goces delicados, todo lo que constituye la gracia y la dicha de la existencia! ¡Para él, nada! ¡Ni siquiera una esperanza, ni un grato recuerdo!

¿Quién sabe cuáles exasperadas reivindicaciones rugen en aquel espíritu obscuro, abriéndolo a sentimientos de odio?

II

De pronto, la gran avenida se llena de gritos ensordecedores, de carreras desenfrenadas; es una bandada de lindas criaturas que han organizado una carrera de aros y que, con las piernecitas desnudas y los grandes cuellos de sus marineras levantados por el viento, corren como flechas arrebatadas por el entusiasmo de su juego.

El hombre del banco se ha erguido, y sus endurecidas facciones se han animado con una sonrisa vaga; sigue con los ojos los movimientos de la bandada bulliciosa y se interesa en su juego, en las probabilidades de victoria de cada uno de los corredores, en aquel bello arranque de valentía.

Y, sin embargo, son niños ricos, son los hijos de aquellos a quienes maldecía hace un instante; pero son niños, y su inocente alegría ha disipado sus malos pensamientos, inundando su alma de inefable dulzura.

Pasan unas niñas cogidas de la mano, y su graciosa esbeltez, su andar ligero, le enternecen. Mira las falditas bordadas, las sutiles figuras cuyos tonos claros resaltan sobre el fondo obscuro de los árboles o sobre el pálido verde del firmamento, y los nenes con sus cuellos de encajes que andan sobre la arena con menudo y vacilante paso. Y se siente contento de que todo aquello sea bonito, elegante, amable para regocijar sus ojos de pobre diablo, que, en toda su vida, no han visto más que cosas feas, repugnantes, lamentables.



Un poco de toda la felicidad esparcida por el mundo ha penetrado en su alma, iluminándola por vez primera desde que existe.

Rápidamente, con velocidad loca, pasan de nuevo los corredores, encarnados, sin aliento, envarados por el esfuerzo, piando como bandada de estorninos, y detrás de ellos, enardecido por la emulación, sale de una avenida lateral un niño menudito que viste seguramente sus primeros pantalones. Un cinturón de cuero, puesto muy bajo, alarga su cuerpo en detrimento de sus piernas, y una enorme boina de tela encerada cubre su cabeza. Con su carita mofletuda, y sus ojos desmesuradamente abiertos, tiene un aspecto deliciosamente cómico.

Maneja su aro torpemente, sin conseguir que corra como los de los demás.

Apenas da un par de vueltas, el aro cae, y, con él, cae también el chiquillo.

Levántase asustado, angustioso, sin atreverse a gritar, y mirando con los ojos llenos de lágrimas hacia el bosquecillo, de donde sale al fin una joven alta, tiesa, visiblemente impacientada por haber tenido que suspender su lectura, ya difícil a consecuencia de la caída de la tarde.

Sin una mirada, sin una caricia, sin inclinarse siquiera, coge el aro de manos del niño y lo empuja dos veces metódicamente con la varita.

—Así se hace—dice secamente, con marcado acento extranjero.

Y considerando que aquella demostración es suficiente, vuelve el aya a su banco, abre su libro, en donde tiene hundido el dedo a modo de señal y se abstrae de nuevo en la lectura de una novela.

III

Abandonado a su desdichada suerte, el pequeñuelo reanuda con entusiasmo sus esfuerzos, y se reproduce la cómica lucha entre el chiquillo y el aro: unas veces es el uno, otras el otro, pero constantemente uno de los dos está en tierra.

El hombre sigue con la vista las evoluciones de la boina de tela encerada, y sus ojos se alegran con la conmovedora torpeza del muchacho. Siente una especie de piedad por aquel niño rico entregado a manos mercenarias faltas de todo cariño, y se indigna contra aquella criada larguirucha y malhumorada. Qué, ¿no podría acudir en auxilio de la pobre criatura?

El aro parte nuevamente, tropieza, vira, se tambalea como un borracho, describe caprichosas espirales y acaba por caer sobre la arena, entre las piernas del hombre del banco. Éste entonces levanta el juguete y lo alarga sonriente al niño, que lo mira intimidado.

—Esto se hace así—dice suavizando su voz ronca para no espantar al chiquillo.

Y, uniendo la acción a la palabra, pone en movimiento el aro, infunde ánimos al pequeñuelo y vigila sus ensayos. El niño se entrega al juego con toda su alma y tan bien lo aprende, que el juguete recorre algunos metros.

—Gracias, señor—balbucea, riendo de satisfacción y elevando sus ojos ingenuos hacia su improvisado profesor.

Y el miserable sonríe, con el alma turbada por una alegría singular... ¡Ya no está solo!... ¡Ya no es un réprobo!... ¡La vida es buena y los hombres también!

Pero la noche se acerca; la lectura es ya imposible y el aya cierra el libro con gran malhumor, porque tiene que dejar interrumpida, en su punto culminante, una escena de palpitante interés.

Y, de pronto, su semblante inexpresivo refleja una verdadera indignación. ¡Dios misericordioso!... ¡Qué horror!... ¡Ese insoportable Jack en compañía de un hombre cubierto de harapos!... El aya no puede sufrir a la gente pobre, y sin duda para indemnizarse de las humillaciones que diariamente ha de sufrir, yérguese altanera ante aquel miserable, y cogiendo del brazo al niño, exclama:

—Jack, venga usted inmediatamente. ¿Dónde se ha visto estar de conversación con un mendigo?

Y el muchacho, sofocado, se deja llevar sin atreverse a llorar ni a resistirse, y con un vago convencimiento de haber cometido alguna enormidad.

El hombre también se aleja.

Camina arrastrando los pies, con la cabeza más inclinada, más encorvado el cuerpo; abatido porque ha terminado la corta fiesta que ha alegrado sus ojos y su corazón, y como llevando sobre los hombros todo el peso de la miseria y de la desdicha. Y en su mente resurgen las ideas siniestras que las risas infantiles habían por un momento desvanecido.

El jubileo de Anatole France



Por

CORPUS BARGA

(Para "El Hogar")



OMO a todos los viejos, le gusta a Anatole France pasearse por los lugares que le vieron de chico. Por esto y por su amistad con el actual librero, acude a veces a la librería de Champion, sita en el Quai Malaquais, en donde estuvo la librería: "A las armas de Francia", de su padre. La última vez que estuvo por allí, había un literato relativamente joven, hojeando libros:

—¡Maestro! — exclamó al verle el joven literato.

— Pero, ¿usted me llama maestro? — contestó Anatole France — Se conoce que no está usted a la moda...

❦ ❦

CUANDO yo vine a París por primera vez, hace una docena de años, Anatole France estaba a la moda. Era una de las cosas que debían verse en París. Era la torre Eiffel de las letras. Había que subir a la torre Eiffel. Enemigo, sin duda, de las alturas asequibles en ascensor, me contenté con ver de lejos a la torre famosa y al escritor ilustre. Luego, andando el tiempo, los he visto de cerca a los dos. La torre, vista de cerca, gana. Del escritor me ha quedado imborrable el recuerdo de la primera vez que lo vi de lejos.

Esa visión de Anatole France está unida a una de mis primeras visiones de París: el paisaje del Sena en el Puente Nuevo, que es su puente más antiguo, desde una ventana de la casa más antigua del muelle del Reloj. De la ventana adentro, el cuarto obscuro de una "Dama de las Camelias" del Barrio Latino. Me asomé a respirar un aire más puro. El Sena estaba entre dos luces: juventud y melancolía. Pasaba por el puente un hombre con el cuello del gabán levantado, unos papeles en una mano y un niño de la otra.

— Ése es Anatole France — me dijo un amigo.

❦ ❦

LA vida no tiene cuenta de nuestras clasificaciones y me había presentado de una manera tan romántica a un escritor tan clásico. ¿Tan clásico? Lo que es una impresión: desde entonces, empecé a dudar del clasicismo de Anatole France. No es que no sea clásico en su manera de entender el arte y, sobre todo, la originalidad o, mejor dicho, la falta de originalidad en el arte. Pero, por lo mismo, ¡qué bien se ha aprovechado de los románticos y de los posteriores y hasta, para más señas, en "La Rebelión de los Ángeles", del espíritu nuevo de aquel fantástico Apollinaire!... No tema el lector: no voy a insistir. Yo sé que sobre Anatole France se ha dicho todo en pro y en contra.

La segunda vez lo vi en pleno triunfo. En un ensayo general del Odeón. Era una tarde de primavera, y las damiselas emperifolladas, los escritores mal vestidos, se solazaban bajo las galerías a la puerta del teatro. De pronto, se detuvo una berlina. Aun había berlinas en París. Y saltó a la acera una muchacha que era la primavera misma. En seguida se volvió hacia la portezuela y tendió la mano a un señor que salía también del coche.

El público se arremolinó para abrirse luego en dos filas y dejar paso a la muchacha graciosa que avanzaba llevando siempre de la mano al señor, un señor alto, flaco, de cara alargada, coronada por un sombrerillo y en la cual todo sonreía: las arrugas de la frente, los ojos, la nariz cómica como una patata, las canas del mostacho y de la perilla.

— ¡Maestro! ¡Maestro! — exclamaban inclinándose a su paso, las damiselas y los escritores.

ANATOLE France es muy afable, muy sociable. Fué el maestro espiritual de uno de los últimos salones literarios de París, el salón de madama Arman de Caillavet. Al principio era muy tímido, casi huraño. Sin embargo, madama Arman le había conocido y se había enamorado de él en otro salón, el de madama Aubernon, la sobrina del banquero Laffitte y gran amiga de Dumas hijo. Madama de Caillavet, una burguesa sólida y fina, ejerció una gran influencia sobre Anatole France, le dió confianza en sí, le hizo ambicioso y le hizo trabajar. A veces, trabajaba por él. Entre otros, el prefacio al libro de Marcelo Proust: "Los Placeres y los juegos" es de madama de Caillavet y está firmado por Anatole France.

Pero en el salón de su dama, Anatole France no podía recibir a los doctores armenios, a las feministas inglesas, a los nihilistas rusos, a los anarquistas españoles y a tantos otros admiradores de toda condición y de todas las partes del mundo. Un día a la semana recibía en su casa.

❦ ❦

EL salón se llenaba de gente. Los visitantes no se conocían unos a otros y se iban sentando como en casa del dentista. El dentista, es decir, el maestro, aparecía con su ayudante o sea con su secretario y después de los saludos, no decía nada. Nadie decía nada. El secretario rompía el silencio:

— Maestro, si quisiera usted contarnos, tan bien como la cuenta usted, esa historia relativa a...

—En efecto — contestaba Anatole France: — eso ocurrió...

Y daba una conferencia. Sólo le interrumpían las aprobaciones. Cuando acababa se iba entre saludos como había venido.

En cambio, por la mañana, recibía en confianza. Se vestía delante de los amigos. Un inglés desconocido logró, sin embargo una mañana, entrar en la reunión.

— ¿Qué quería usted? ¿Verme? Pues siéntese usted — dijo Anatole France. Y se cambió de pantalones en su presencia.

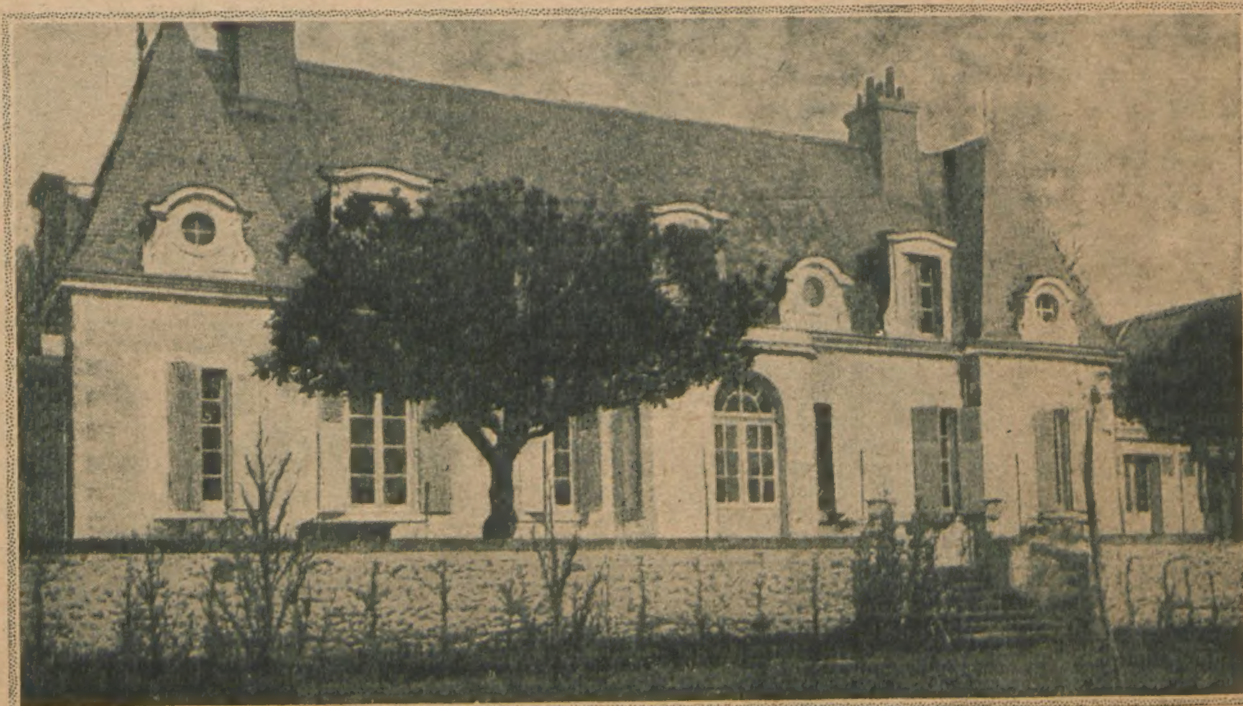
❦ ❦

YA vive poco en la ville Saïd, su casa, cerca del bosque de Bolonia, en París. Pasa gran parte del año en la Bachellerie, su finca en Turena. Este invierno lo ha pasado, algo alicaído, en la Costa Azul, en Antibes. Ha venido a París a cumplir los ochenta años en familia.

Está casado con una mujer modesta y admirable que fué azafata de madama Arman de Caillavet. Vive con el nieto que tiene de sus primeras nupcias que es también biznieto de Renán.

Anatole France se ha dejado la barba corrida y venerable; no quiere ver a nuevas gentes, sólo se encuentra bien con sus amistades antiguas, y cuando las encuentra, las saluda tiernamente y las besa.

En París.



La casa de Anatole France en su dominio "La Bachellerie", en la Turena.



Los horrores que se han dicho de los hombres

Por JULIEN SARIETTE

EL sexo femenino queda vengado. Si muchas injurias ha recibido, cábele una satisfacción: la de haber contribuído a surtir el arsenal de armas arrojadizas y explosivas destinadas a la grey masculina.

No lleva las de perder en el repertorio de batalla la mujer, cuando destina este florilegio a los hombres:

¿Queréis, señores, que os diga, lisa y llanamente, lo que es el hombre? Es un conjunto de ingratitudes.—*Mme Deffaut.*

Hasta cuando hablamos de los que mayor admiración nos causan, exclamamos involuntariamente: "¡Qué lástima!"; y es muy probable que estas palabras podríamos aplicarlas a todo el sexo fuerte, pues al lado de las grandes cualidades suele tener enormes defectos o vicios. — *Mme. Necker de Saussure.*

La generalidad de los hombres piensan poco, creen todo lo que se les dice y obran por instinto. — *Mme. Roland.*

No es el hombre superior, sino inferior a la mujer. — *Condesa de Rernusat.*

El hombre está muy propenso a caer en extremos, tanto en virtud de su fuerza como su debilidad; pero muy comúnmente se deja arrastrar por la fatuidad, sobre todo en las cosas que puedan ofender su amor propio. — *Mme. de Stael.*

Los hombres, aun cuando sean los mejores dotados por la naturaleza, son malos y orgullosos: su amor no es más que tiranía. — *Mme. de Grandfork.*

El hombre no tiene cualidad tan activa como el egoísmo cuando en su alma se alberga semejante pasión, y según la hermosa expresión de Leopardi, su egoísmo es una espada que hace sin cesar el molinete alrededor de su Yo. — *Señora C. Bachi.*

Por poco que os toméis la molestia de anatomizar a un hombre ligero, no tardaréis en encontrarle la verruga del egoísmo en el corazón. — *Idem.*

A todos los hombres los contemplo engañosos y taimados para con las mujeres; y lo que más me admira es que ni el noble, ni el honrado, ni el de obligaciones, ni el que más se precia de cuerdo, hace más con ellas que los civiles (mezquinos, miserables) y de humilde esfera, porque han tomado por oficio decir mal de ellas, desestimarlas y engañarlas, pareciéndoles que en esto no pierden nada. — *Mme. de Zayas.*

¿Dónde se hallará un hombre verdadero? ¿En cuál dura la voluntad un día? Y más si se ven queridos. ... haya la mujer que en ellos cree, pues al cabo ...ará el pago de su amor. ¿Quién es la necia que desea casarse, viendo tantos y tan lastimosos ejemplos? — *Idem.*

La maldad de los hombres ha sido siempre más ingeniosa que previsora la sabiduría de los legisladores. — *Señora de Verzure.*

Casi todos los hombres son injustos, o, a lo menos, aprecian mal el mayor número de cosas que les interesan poco o mucho; pero si las pasiones se mezclan con su injusticia, se vuelven ciegos, y a menudo tiranos. — *Mme. d'Arcouville.*

Los hombres nos inducen a tomar por senderos extraviados, y después nos acriminan por haberlos seguido. — *Mme. de Puisieux.*

Los hombres no aman la virtud, la predican a las mujeres, pero no la practican. Se vuelven únicamente materialistas, realistas, especuladores y consumadores. Se burlan del idealismo; niegan la inmortalidad del alma, y viven para la sola y desordenada satisfacción de su cuerpo. — *H. Lesguillon.*

Los títulos de héroe y de santo se dan barato entre los hombres. — *Cristina, reina de Suecia.*

Los hombres valen menos que las mujeres, porque éstas son más propensas a consagrarse a la felicidad ajena. — *Mme. de Puisieux.*

En amor, la ingratitud de los hombres suele ser el premio de nuestros beneficios. — *Ninon de Lenclós.*

Quizá no hay un hombre tan perfecto que no pueda alguna vez dar motivo a su amigo para arrepentirse de haber puesto en él su amistad y confianza. — *Mme. d'Arcouville.*

Algunos se sorprenden de que el hombre pase varios años sin darse a conocer; pero la sorpresa debiera cesar considerando que la mayor parte de los hombres se dejan dominar por intereses que reclaman hipocresía. — *Mme. de Puisieux.*

Los hombres creen que el engaño los acredita más como personas de entendimiento que la verdad, porque la mentira es invención suya... Es un amor propio muy exagerado. — *Mme. de Stael.*

El hombre crédulo es un necio; pero el que duda de todo es un grosero. — *Mme. de Fresne.*

Se agravia a veces a los hombres dudando de su probidad; pero mayor agravio se hace a sí mismo el que nunca dude de ella. — *Cristina, reina de Suecia.*

El número de los hombres honrados es más reducido de lo que se calcula; y eso debe ser cuando tanto sorprende encontrar en la tierra hombres que no sean bribones. — *Señora de Verzure.*

Los hombres son muy diferentes de las estatuas: éstas parecen más pequeñas a larga distancia, y los hombres parecen mucho más pequeños a medida que van acercándose. — *Mme. Deffaut.*

Los hombres son los mismos en cuanto al fondo en todos los países. Tienen los mismos vicios y pasiones. Sólo varían en la forma, según la diferencia de los climas, costumbres y educación, a semejanza de los perros de diferentes especies, que tienen siempre las mismas inclinaciones, tanto si tienen las orejas más largas como más cortas, tanto si tienen el pelo más rubio o más negro. — *Mme. Arcouville.*

No se han mostrado más benignos los hombres al juzgar a sus semejantes. Véase la siguiente muestra:

El hombre no es ni ángel ni bestia; y es una desgracia que quien quiere hacer de ángel haga de bestia. — *Pascal.*

Los hombres han sido siempre como son ahora, es decir, mediocremente buenos y mediocremente malos. — *Anatole France.*

Durante millones de años el hombre fué un loco, después de haber sido millones de años un animal. Apenas deja ahora de ser un niño. — *Ernesto Renán.*

El mundo es el infierno, y el hombre se divide en almas atormentadas y diablos atormentadores. — *Schopenhauer.*

Los hombres quieren ser siempre el primer amor de una mujer. En eso cifran su grosera vanidad. Las mujeres tienen un instinto más sutil de las cosas: prefieren ser la última novela de un hombre. — *Óscar Wilde.*

Hombres hay que sin ser amables no impiden a los otros que lo sean; su trato es a veces soportable. Otros no son amables, y su presencia sólo es obstáculo a la amabilidad de quienes lo rodean: éstos son insoportables. Tal el gran inconveniente de la pedantería. — *Chamfort.*

Un hombre enamorado es un hombre que se esfuerza por ser más agradable de lo que en realidad puede ser. He ahí por qué casi todos los enamorados son ridículos. — *Chamfort.*

¡Cuán engañadora es la naturaleza del hombre! Por todas partes no se hallan más que cínicos y falsos austeros. — *Juvenal.*

¡Hombres! ¡Raza de serpientes bípedas! Bien comprendo por qué lleváis trajes. Escondéis bajo lana vuestra desnudez de víboras. — *H. Heine.*

No tengo ilusión alguna sobre los hombres, y por no odiarlos, los desprecio. — *Anatole France.*

Los hombres me dan lástima en su miserable vida, y no tengo valor para atormentar esa pobre gente. — *Gœthe.*

(Continúa en la pág. 58)



Páginas Viejas

Monsieur Levant, el Fígaro colonial

Por

LUCIO V. LOPEZ





ERA virrey de las Provincias del Río de la Plata, don Nicolás del Campo, primer marqués de Loreto, cuando llegó a Buenos Aires, allá por 1784, el primer peluquero francés, maestro del arte, que conocieron los elegantes de aquellos días.

Un peluquero francés en esos tiempos era todo un acontecimiento: monsieur Levant traía la última moda de Francia, los últimos perfumes, las pomadas recientemente confeccionadas por los perfumistas reales; y luego monsieur Levant era un hombre de ciencia consumado, de gran labia, gran conocedor de la crónica mundana del siglo XVIII; él conocía los amores de la marquesa de Presles con el caballero de Hauterive, porque siendo peluquero del marqués, le había demorado la barba con gran impaciencia de éste, para que el pobre caballero pudiera escurrirse por la ventana, sirviéndole de escala los enrejados de hierro en que se entrelazaban las trepadoras de hiedra. Monsieur Levant daba tal gracia a las pelucas y al peinado de las señoras, y hacía la barba con tal limpieza a los urbanos de Buenos Aires, que muy pronto fué el hombre más popular y más querido de la ciudad.



Aquella villa tranquila que, hasta entonces, sólo había presenciado los escándalos promovidos por los obispos contra el virrey, y otros análogos, comenzó a agitarse con los *cancanes* de las calles y la crónica de las familias. El teléfono de entonces era monsieur Levant. De ocho a doce del día recorría todo el *faubourg* de la gente currutaca; los sirvientes le dejaban entrar en todas las casas y penetrar en los más recónditos sitios de los placeres de entonces. A aquella hora podía verse al peluquero francés con su tricornio de fieltro, su gran delantal almidonado lleno de encajes españoles, calzado elegantemente como un galán joven de Molière, y llevando bajo el brazo una gran caja de loza iluminada con pinturas a lo Watteau, en los que una cantidad de princesas emperifolladas aparecían en un bosque, galanteadas por otros tantos donceles.

La caja con que monsieur Levant hacía la barba y fabricaba los peinados femeninos era una maravilla, y bastaba verla para rendirse ante aquel hechicero de la peluquería.

Monsieur Levant sabía todo lo que pasaba en Buenos Aires; cierto es, que además de su oficio, hacía clandestinamente la correspondencia social. Él sabía deslizar una carta con la gracia de Fígaro, sin que el padre o el marido lo sospechasen, y sabía recoger la contestación con igual tino. Mientras el señor de la casa, ahorcajado en la enorme sábana blanca, recibía en sus carrillos los golpes de jabón del pincel de monsieur Levant, oía tantas cosas agradables, que la operación matutina, odiosa y pesada antes, cuando la practicaban los mulatos barberos, se volvía una necesidad del espíritu, y parecía breve en medio de la charla del francés.

Nadie preparaba la cabeza de una mujer para un sarao como monsieur Levant. Una noche, en casa del Intendente Paula Sanz, la sociedad porteña se reunía para oír cantar a la guitarra a la Mercedes, una artista del tiempo, y pasmaron en el gran salón los peinados de algunas matronas que llevaban en su cabeza verdaderos poemas de pelo, simulando el oleaje del mar y barcos navegando entre riscos de perlas y de diamantes. El autor de aquellas maravillas era monsieur Levant. Su nombre corría por toda la sala.

La influencia del peluquero francés duró muchos años. Cada vez fué más grande la confianza que en él depositaban sus parroquianos. Las remesas de untos y afeites, que le traían los galeones correos, no pagaban derechos; pasaban a vista y paciencia de los guardianes reales, y es fama que en los cajones monsieur Levant recibía algo más que pomadas, tijeras e instrumentos de peluquería, porque, de repente, los elegantes del tiempo, ya en los toros, ya en la misa mayor, lucían alguna nueva prenda que marcaba la última moda bajo Luis XVI.

Aquel poseedor de los secretos y confidencias sociales, desde los del virrey hasta los del último vecino, no debía conquistar el galardón que merecían sus singulares aptitudes.

De repente, en la casa del señor Síndico de la ciudad, se dió el grito de alarma: la piocha magna de Madama, que tenía doce diamantes del Brasil, de un tamaño descomunal, y una perla guayaquileña como un huevo de paloma, había desaparecido. Tres esclavos fueron atados y otro les aplicó una buena dosis de palos para que confesaran el hurto; pero los tres negros aguantaron los palos y no confesaron nada.

Se dió parte al señor Juez de Policía, y en el momento en que el mayordomo de la casa hacía la denuncia, el Alférez real se presentaba también dando cuenta que le habían robado toda la plata labrada del dormitorio, hasta la del uso nocturno, que, por su peso y su capacidad, tenía fama en las cuatro cuadras a la redonda de la Plaza Mayor. Mientras se tomaba razón de estas denuncias, llegaban otros vecinos afligidos; a uno le habían robado las hebillas de aguas marinas junto con los zapatos de tacón rojo; a otro le habían desnucado el bastón de unicornio, arrancándole el puño de oro y margaritas con incrustaciones de diamantes. En fin, al mismo señor Juez le habían eliminado el anillo nupcial del propio dedo de su consorte.



¡Esto clamaba al cielo!

Monsieur Levant era el primero en escandalizarse. A él mismo le habían robado su caja Watteau con toda la colección de untos y coloretes. La población estaba alarmadísima. Se hicieron veinte prisiones de individuos sospechosos, de sirvientes ladinos y esclavos traviesos. Se les puso en el cepo a todos, y, como de costumbre, se les mandó rapar y afeitar. No había peluquero a mano y tuvo que venir monsieur Levant a hacer la operación. Pero, ¡oh mala suerte!, uno de aquellos presos conocía al peluquero, y al verle entrar, exclamó:

—¡El ladrón es éste; es nuestro jefe de gavilla!

En vano monsieur Levant protestó y echó un discurso patético y conmovedor. El Preboste, que estaba allí presente, ordenó su detención, y monsieur Levant fué preso. Aquel día nadie se hizo la barba, y, al poco tiempo, los elegantes y las elegantas estaban de nuevo en manos de los peluqueros mulatos.

Se instruyó el proceso; pero no se encontraron las joyas, ni siquiera el argentado mueble del señor Alférez real. ¡Todo había corrido burro!

. . . .

Dos meses después, un negro, pregón de la ciudad, con un soldado del Fijo a cada lado, anunciaba en las cuatro bocacalles de la plaza la condena de Levant, seguido por un burro en que aquél venía atado de espaldas, recibiendo las burlas y las pedradas de una banda de pilluelos, y los regalos de dos azotadores públicos.

Después de esta exhibición, el Cabildo embarcó a Levant a Patagones; y allí, aquel artista de la *high life* porteña del siglo XVIII, concluyó sus días, recordando los amores de la marquesa de Presles con el caballero de Hauterive, y rapando indios pampas.

¡Mujer!

Por

J. LANCHARES REY





¡Mujer!
¿Qué eres, mujer?
¿Dolor? ¿Placer?
Ven hasta mí, mujer.
Dame de tu cratera
un sorbito, una gota siquiera,
que reanime mis fuerzas
y avive la quimera
que modela los bloques
marmóreos, pentélicos
de mi cantera.



Mujer, dolor..., placer...
¡Una gota siquiera!



Salvaciones

Por

JOSÉ GABRIEL

HOMBRES Y ANIMALES

L lector le habrá ocurrido como a mí oír o ver escrita más de una vez una observación del tenor de la siguiente: "Entre las especies animales es natural determinada costumbre; sólo la especie humana la ha proscripto por inmoral." Precisamente en estos días, abriendo al azar un reciente libro argentino en el que se consideran los problemas sexuales, tropiezo a primera vista con una calurosa invocación de la poligamia animal contra la monogamia humana. En tratando las cuestiones del sexo y del matrimonio, es cuando los pensadores o seudopensadores nos enrostran más a menudo el ejemplo de los animales. Apenas necesito advertir que yo no he seguido leyendo un libro en que semejante invocación se hacía. Ante todo (quien ha leído no más que la "Física del amor" de Remy de Gourmont lo sabe), hay que recusar terminantemente la mayoría de esos alegatos de la pureza animal, fundados en observaciones insuficientes, pues a poco que se investigue con atención, pronto se echa de ver que, sobre todo en materia de aberraciones sexuales, nada podemos enseñar los hombres a las bestias. Luego, y haciendo a un lado lo referente a la autenticidad de los ejemplos invocados... ¿qué contestación más trivial y, sin embargo, más concluyente puede darse a estos defensores de las costumbres animales? En efecto, la especie humana es la única que se recata ante determinados usos que entre las bestias son perfectamente naturales; pero la especie humana es también la única que ha producido la "Ilíada", la "Divina Comedia", el "Quijote", "Las Meninas", "Moisés", Jesús y, si se quiere, la máquina de vapor.

NATURALEZA Y CULTURA

PAREJA con la alusión nostálgica a los hábitos animales, y ya comprendida en ella, se ofrece casi siempre esta otra alusión a la naturaleza contra la cultura. Desde que Rousseau, con aquella su magistral arte oratoria, dió en decir que todos los males que afligen al hombre se deben a la cultura, ¿cuántos no han sido los que han abogado (teóricamente, se entiende) por una "vuelta a la naturaleza"?

Romanticismo de romanticismos es esta doctrina de la naturaleza, siempre que no se limite a pedir un soplo de vida para las formas vacías, en aquellos momentos de la historia en que por agotamiento de contenido las formas pretenden bastarse a sí mismas, como acaso acontecía en la época de Rousseau. Fuera de este terreno, es pueril candidez presentar como ejemplo de nada a la naturaleza. La naturaleza sólo tiene sentido vista a través de la cultura.



MONOGAMIA Y POLIGAMIA

Y ya que, aun cuando por vía de ejemplo nada más, acabamos de referirnos a la diversidad de costumbres "matrimoniales" entre hombres y bestias, notemos que la poligamia, efectivamente, es un hecho natural, pero la monogamia es un hecho de cultura. No es natural la unión exclusiva entre dos seres, como no es natural vestirse, ni respetar sexualmente padres a hijos, hermanos a hermanas, ni trabajar mientras se opera el proceso digestivo; pero, ¿quién ha dicho que debíamos vivir conforme a naturaleza? Lo que hay que averiguar es si es culto.

ANARQUÍA Y LEY

HE aquí otro terreno en el que la invocación a la naturaleza constituye el argumento más manido: el de la organización social. Los anarquistas basan su doctrina en el ejemplo de la naturaleza. Falsa base, desde luego, pues si algún ejemplo puede darnos la naturaleza en este sentido, es el de que en ella gobierna la fuerza material.

Pero supongamos que en la naturaleza las cosas ocurriesen de otro modo, que la aparente libertad individual que hay en ella no fuese, como es en realidad, una esclavitud colectiva: ¿qué podríamos oponer? No lo olvidemos: el hombre no vive conforme a naturaleza. La ley ¿es culta? Tal es la pregunta que corresponde. No nos preocupe saber si es o no natural.

MATERIA Y ESPÍRITU

UN amigo para quien — ¡oh, ironía! — soy positivista, me reprocha a menudo mi excesivo apego a lo material. "Hay que cultivar el espíritu", dice insistentemente.

Mi amigo — he de advertir ante todo — es un enamorado de la civilización oriental. Ya este dato, según creo, lo filía con precisión. Afecto al oriente, vale decir, afecto a la vaguedad.

Ahora, reflexionemos. ¿Existe el espíritu? Existe, sin duda alguna. Para mí, al menos, que no comparto las doctrinas materialistas. Pero, ¿por qué medios se manifiesta? Por medios materiales. Luego, ¿cómo, queriendo cultivar el espíritu, prescindiremos de su manifestación?

En el siglo XIX, la sirena positivista desvió la ruta de los navegantes con su atrayente oda a los productos del espíritu. Más melodioso que su predecesor en nuestro siglo se escucha el canto de la sirena oriental al espíritu mismo, y si no nos despabilamos enérgicamente, correremos riesgo, nosotros navegantes de la cultura, de extraviar también nuestro derrotero.

La ruta que conduce a puerto seguro no es la del positivismo ni la del orientalismo; no es la del fetichismo científico ni la de la teosofía. Para nosotros, gente occidental, la orientación polar es la del intelectualismo socrático.

Si habíamos logrado emanciparnos del positivismo, procuremos, pues, ahora, no caer esclavos del orientalismo divagador.

Cultivar el espíritu, dicho por los orientalizantes, vale tanto como volver a la naturaleza, dicho por los enemigos de la cultura.

Rehuyamos, además, estos espiritualistas, por una razón de honestidad. Quien nos aconseja cultivar el espíritu en abstracto, nos estafa.

Lo aconseja, pero él no lo hace, porque no sabe dónde está el espíritu.





La semana musical

Por

JULIAN AGUIRRE

COLÓN

ESPUÉS de la excelente representación de "Boris", a cargo del cuadro ruso, se han puesto en escena: "Madame Butterfly", "Carmen" "Manón" de Massenet y "La Bohème", debutando nuevos artistas. En "Madame Butterfly", la soprano japonesa Teiko Kiva, más digna de curiosidad como japonesa que como cantante, si bien el tocado y adorno eran en ella de una exactitud esperada, la voz blanca y sin timbre parecía la de una criatura en edad escolar, y el martilleo de las sílabas en la articulación hacía recordar a los diálogos del ventrílocuo con sus muñecos. La gracia de los gestos y la propiedad de sus trajes hizo agradable su presencia en la escena, y no hubiera resultado sino un poco raro escucharla en el Colón si el maestro Bellezza, que dirigía, no hubiera "rallentato" los tiempos en tal forma que hizo el final del segundo acto interminable y penoso, y toda la obra como diluída y vaga.

Desempeñó el papel principal el tenor Weselowsky, que tanto se había distinguido interpretando al príncipe Chouisky en la noche del estreno; posee una voz simpática y un agradable estilo, y a pesar de la diferencia de idioma estuvo cómodo en su importante papel.

La "Carmen" de la Besanzoni y Fleta, que sirvió para la función de gala del 25, ya ha sido juzgada en estas columnas. La calidad de voz, volumen y timbre de la celebrada contralto son tal vez únicos en la hora actual y, prescindiendo de ciertos italianismos con que matiza su parte, comprende bien el complicado personaje y lo traduce con mucho donaire y brío.

En "Manón" debutó la señorita Madeleine Bugg, artista francesa que ya había cantado en el Coliseo. Demostró excelentes calidades de dicción y musicalidad, fruto de sus estudios en el conservatorio. Una figura elegante y un órgano vocal no muy voluminoso, pero simpático y de una afinación muy justa completan su fisonomía artística.

El Des Grieux de Fleta, que se expresó en francés, así como todos los intérpretes, excepto los coros, tuvo todos los atractivos, unidos a todos los defectos ya proverbiales en este cantante: la media voz deliciosa, que causa asombro por su dulzura, y las explosiones desagradables de sus fuertes agudos, que se resienten de titilación por la manera de emitir las notas.

En los pasajes salientes como el "aria" de San Sulpicio, y más aún en el famoso sueño (que el maestro Bellezza dirigió haciendo resaltar los instrumentos de madera muy impropiamente, sin duda para apoyar la afinación del tenor), hizo los "mordentes" y "fermatas" apenas al texto, de muy mal gusto pero de seguro efecto, que parte del público premió con grandes aplausos; lástima que tan raras dotes se estén malogrando y que la promesa de gran cantante, que hacía concebir la voz del artista español, se estén desvaneciendo por su escaso progreso en la técnica vocal, que corre pareja, por lo primitivo, con su labor escénica.

Por otra parte, los excesos interpretativos los deben corregir los directores, y la excelencia de la representación depende más (como está sucediendo en La Scala, con Toscanini) de la severidad y entereza de los maestros que de las dotes de los cantantes.

El barítono Segura Tallién y el bajo Payán, que debutaba, no brillaron con exceso. Los coros estuvieron afinados, y el cuerpo de baile evolucionó graciosamente en el "minué" del cuarto acto.

Con "Bohème" debutó la soprano Zamboni, que posee una voz agradable, sin fallas en su extenso registro, y que frasea de una manera lógica y justa; la acompañaron, formando muy discreto cuadro, el tenor Minghetti, Cirino y el nuevo bajo Tancredi Pássero, dueño de un órgano vocal potente y afinado. Minghetti cantó con desenvoltura y de acuerdo con el estilo de la obra. No así otra debutante, la señorita Marchini, que exageró la nota bufa de su papel de Musette y nos hizo creer por momentos que estábamos en la opereta.

Ni la música del final del segundo acto, que es tierna y delicada, ni la situación, que es más de comedia que de farsa, autorizan esa tradición que va cundiendo entre las artistas medianas por la cual la Musette debe vestir ridículamente, dar unos chillidos horrorosos y apoyar, en compañía del bajo cómico, los tonos grotescos de su papel, que no deben ser sino risueños y dentro de la armonía general del libreto.

La interpretación de "Bohème", salvo estos lunares, fué correcta. La obra estaba bien concertada por el joven maestro Santini, que dispuso de una orquesta sonora y flexible y que la manejó con autoridad. La justeza de los movimientos y la exactitud de las entradas revelaron a un excelente director, cuidadoso de los matices y conocedor del ambiente fino y colorido que predomina en la partitura de Puccini.

La permanencia de "Manón", "Madame Butterfly" y "Bohème", dadas año tras año y repetidas innumerables veces, hace reflexionar con cuánto agrado se oirían después de un descanso facultativo de dos o tres temporadas, cómo gustaríamos de sus bellezas y en qué grado se renovarían las gratas impresiones que se están vulgarizando a fuerza de uso.

CONCIERTOS

EL gran pianista polaco anuncia sus últimos conciertos en el Odeón, un festival dedicado a Chopin, de quien Horszowski es un intérprete excepcional, y una audición de despedida antes de partir para Chile, donde seguirá la "tournée" americana que ha comenzado por el Brasil. La impresión que ha producido su arte exquisito se ha acendrado y fortificado a medida que iban pasando por sus programas la colección de obras más importantes y fundamentales de la música de piano. Pocos artistas han presentado, en efecto, una serie tan densa de obras significativas: cuatro baladas de Chopin en un número, con el preludio coral y fuga de César Franck en otro; una sonata desconocida de Mozart, que no figura en las colecciones de Peters ni en las francesas, avecinándose con Debussy, Ravel, Malipiero, o Szymandowski, Schúbert y el Carnaval de Viena, o las escenas infantiles de Schumann o Beethoven en una interpretación tan justa y emotiva que siendo el concertista tan excelente y perfecto en todo, se lleva nuestra preferencia cuando traduce al genio de Bonn, y por último una tan múltiple serie de aspectos diversos, una tan variada colección de secretos en el tratamiento de la sonoridad, en el manejo de los pedales y en la obtención de los sonidos que hace de él una personalidad de las más completas e interesantes entre los pianistas de la época.

Un fenómeno que no sabemos a qué atribuir, hace que desde poco tiempo a esta parte haya poca concurrencia a los espectáculos musicales. Los conciertos y las óperas no cuentan ya con la enorme asamblea de antes. En Europa, y después de la guerra, sucede todo lo contrario: las salas están repletas y no se consiguen entradas si no se retienen con anticipación. Esta indiferencia nos va a privar de la visita de varias celebridades que se disponían a venir, y es, sin duda, una consecuencia del agotamiento a que nos llevó el exceso de instrumentistas que en años anteriores actuaron en diferentes teatros.

Horszowski hace excepción y reúne un gran número de entusiastas en sus audiciones, y atraerá a los más remisos en las últimas que prepara.

LAS NOVELITAS DE "EL HOGAR"

Inmolación

Por

EDUARDA LEIVA ZEBALLOS

Ilustraciones de Montero Lacasa



"José Luis se enterneció ante tanto dolor.
—Es triste que destruyas tu felicidad..."



AS siete, mi hijita..., vas a llegar tarde

— Sí, mamá; ya voy.

Adela se sentó en la cama. La luz grisácea de los días lluviosos penetraba por los cristales, alumbrando apenas la habitación... Perezosamente, y con mucho sueño, decidió levantarse, para empezar de nuevo la tarea.

— ¡Dios mío — dijo, suspirando, — qué aburrimiento es esta rutina!... ¡Cuánto daría por quedarme un rato más en la cama!

Haría apenas una hora que había conseguido conciliar el sueño. Después de una noche de insomnio y de sufrimiento moral se sentía cansada de cuerpo y de espíritu.

Empezó a vestirse lentamente. Sin ganas, buscó en el ropero un traje de paño azul marino, que le quedaba muy gracioso. Lista ya, se examinó frente al espejo, y, con ese ademán de coquetería muy común en la mujer, acarició suavemente sus cabellos; pero cuando notó su rostro pálido y demacrado, dijo, asombrada:

— ¡Qué cara tengo! ¡Si mamá lo advierte se va a inquietar!

Sonriendo, con una sonrisa cansada, desgarradora, que revelaba toda una tragedia moral, una íntima desesperación, tomó un poco de rojo, que pasó ligeramente por las mejillas, para engañar... y engañarse a sí misma.

Mientras se ponía el sombrero y un abrigo, pensaba: "Soy una tonta, me vuelvo loca pensando en ese casamiento. Ya que tengo la esperanza de que algún acontecimiento providencial ha de llegar a tiempo, ¿por qué me atormento tanto? Aun pueden ocurrir muchas cosas. No sé qué cosas puedan orientarme hacia otro destino; pero, en fin, algo ha de suceder... Reconozco que es una idea tonta, pero, sin embargo, me destroza, me aniquila."

Era una linda muchacha, robusta, cariñosa, modesta, instruída, inteligente. Era fuerte, luchadora, de una constancia tenaz en sus empresas, y su alma muy buena y muy noble.

Echó una última mirada de examen al espejo, se encogió de hombros con aire de indiferencia y se apartó bruscamente, dirigiéndose al comedor, en donde la esperaban su madre y sus hermanas.

Al verla entrar, la madre le preguntó:

— ¿Has dormido bien?

— Sí, admirablemente.

La madre suspiró, aliviada, y dijo:

— ¡Ah, mejor así, mejor así!...

Sirvieron el desayuno, que Adela tomaba con la cabeza inclinada, tratando de esquivar las miradas.

Al terminar, se levantó rápidamente. Empezaba a sentir las miradas de la madre, que alzaba los ojos, compasivos, hacia ella.

— Hasta luego, mamá; ya me voy...

Bajó la escalera, presurosa. Una corriente fría, húmeda, le hirió el rostro. Afuera la lluvia caía de un modo suave y constante. Resguardada bajo su paraguas, caminaba con paso firme por la acera mojada.

Adela envidiaba la suerte de aquellas que podían quedarse en su casa, tranquilas, sin preocupaciones ni obligaciones, sin deberes que cumplir, deberes de hija y de madre a la vez.

Antes de empezar su trabajo se dirigió a la iglesia. Era la hora de la misa: el triste lamento de las campanas anunciábanla.

Pálida y estremecida, se arrodilló frente al altar, en donde se alzaba una virgen pintada, rodeada de cirios y de flores; a los lados se alineaban varios candeleros colocados sobre un mantel bordado con exquisito gusto.

Adela se sintió reanimada porque presentía la presencia misteriosa y sublime de la Divinidad...

Su plegaria fué ferviente, y después de orar un gran rato, con devoción, abandonó el templo para empezar de nuevo la lucha por la vida...

*

LA señora de Miguez, madre de Adela, era una anciana débil y enfermiza, quebrantada por los dolores morales más que por la edad. Había enviudado hacía diez años, quedándole, para vivir, sólo la pequeña dote aportada al matrimonio.

Para conservar más vivientes los recuerdos de sus épocas felices y tranquilizadoras había querido permanecer en la misma casa, rodeada de sus viejos muebles, que le recordaban cosas muy queridas. En ella había vivido sus horas dichosas, en ella habían nacido sus hijos. Pero también en ella había sufrido, había visto partir uno a uno sus seres queridos; allí habían transcurrido diez años de estrechez, de labor, de sufrimiento continuo, de agotamiento físico, trabajando día y noche para educar a sus hijas; allí la tristeza, la soledad, el desamparo, la lucha íntima. Nunca fué completamente la miseria su gran preocupación, pero la incertidumbre del mañana, los cálculos para saldar una deuda antes de contraer otra, y el deseo de evitar (por la dignidad de su pobreza) ser objeto de la piedad de aquellas personas que la asediaban constantemente con la falsa pretensión de arreglarle su porvenir, importunándola con lástima ante su incapacidad de ganarse la vida, como si ellos no estuvieran expuestos a semejantes catástrofes y tan desarmados como ella.



Esos días esperaba la respuesta de Adela con ansiedad. Se le veía nerviosa, preocupada, hablaba poco y andaba con precaución.

Ella deseaba con toda su alma que su hija se resolviera a ese matrimonio honorable, con un hombre serio, de carácter firme y definido, que no tenía que preocuparse de su porvenir porque su situación estaba hecha. "¿Qué podrá motivar su negativa?— se preguntaba. — ¿Pequeños escrúpulos del corazón?... ¡Oh, no; es un excelente partido, una ocasión única, y, además, es el retorno de las horas tranquilizadoras de otros tiempos: la salvación de la familia!

Su segunda hija, Raquel, era una muchacha de gran capacidad sentimental y mucha vida interior. A pesar de sus veinte años, pasaba la vida dedicada por completo a sus estudios, y sólo cerraba los libros para reemplazar a la madre en los trabajos de bordados que su vista impedíale continuar.

Preocupábale su porvenir, y quería crearse una independencia, aun cuando fuera a costas de muchos sacrificios. Sufría secretamente por la situación angustiosa de su hermana; se imaginaba las horas de lucha y de vacilaciones antes de decidir su vida. Sabía que Adela lo sacrificaba todo por ellas, y esto la avergonzaba. "Yo no admitiré semejante cosa — se decía, — aunque conozco muy bien a Adela: ella tiene como norma de conducta, toda su vida: "El deber sobre todo." Recuerdo que en muchas ocasiones me ha dicho: "Es, a veces, duro, es severo, pero al fin de cuentas es la vida mejor, más digna."

La hermana menor, la pequeña Teresa, alegre y vivaz, fina y flexible, era la encargada de los trabajos de la casa. Ágil y activa, iba y venía de las piezas a la cocina, sacudiendo y arreglando, con movimientos desenvueltos, aire grave y formal.

Terminada su tarea de la casa se entregaba de lleno a sus estudios, con esperanza, también, de crearse una situación.

*

ESE día Adela terminó su trabajo más temprano que de costumbre. Había cesado la lluvia. La melancolía de las tardes tristes de invierno caía lentamente. Un frío intenso y seco despejaba el cielo, que de nuevo iba recobrando su claridad.

Se sentía oprimida; una angustia, un desaliento moral se apoderaba de ella. Tenía necesidad de expansión, de confiarse a alguien. Entonces pensó en José Luis, su primo, quien, seguramente, en esta circunstancia le ayudaría a resolver su situación y, después de hablarle por teléfono, a su estudio, se encaminó hacia allí.

Ya no las visitaba con la frecuencia de antes. Recordó que la última vez que lo vió le había reprochado su indiferencia, con voz dolorida y apasionada. Su actitud para con ella era incomprensible: solía tener períodos de amistad indiferente o de emociones bruscas que la dejaban desconcertada, sin poder comprender... ¿La amaba?... Ella no lo dudaba, pero conocía el alma débil de José Luis. La naturaleza lo había hecho un ser indeciso y apático; todo en él era retraso, lentitud e inconstancia. Tenía un corazón excelente y sentimientos nobles, pero la voluntad vacilante. Atrasado en sus estudios, sin situación formada, sin probabilidades de ninguna especie, y

en la carrera que emprendía su curso era muy lento.

¿Por qué estaba tan enamorada de José Luis?... ¡Cómo lo quería, qué hondo le había entrado ese amor en el corazón!... ¡Cuánto le gustaba acariciar con su mirada cariñosa y llena de ternura esa abundante cabellera ondulada y negra que cercaba su frente morena, en la que ella adivinaba un mundo de dichas y de amor!

JOSÉ Luis la esperaba lleno de ansiedad. Su corazón latía fuertemente.

Cuando la joven apareció, fué hacia ella. Su mirada interrogadora la envolvió, y, estrechándole la mano, la condujo a un sofá y se sentó a su lado.

—¿Qué milagro es esto? ¿Te ocurre algo?

—Vengo a darte una noticia... Me han pedido en matrimonio.

—¿A ti?

—Sí, a mí. ¿Qué tiene de particular? ¿Creías que no iba a casarme nunca?

—Pero..., ¿es cierto?

—Claro que es cierto.

—¿Sabes que me resulta muy agradable tu noticia?

—Me alegro.

—¿Y quién es el hombre afortunado?

—El doctor Salles, ex profesor de la Facultad de Ciencias Médicas y, según dicen por ahí..., un ricacho.

—Pero el doctor Salles tiene, por lo menos, cincuenta años.

—No, sólo tiene cuarenta y cinco..., pero...

—Qué..., ¿lo lamentas?

—Mucho.

Ante el apresuramiento de su respuesta se puso encarnada, dejándole ver su turbación.

—No hagas disparates... Ese casamiento es una locura.

—Y a ti ¿qué te importa? —contestó Adela, fingiendo cierto enojo, mientras su mirada fué a hundirse en la frente encantadora de José Luis.

—Es que no lo quieres, ni podrás quererlo nunca.

—Haré lo posible. He llegado a la edad de mirar resueltamente hacia adelante; además, no tengo por qué hacerme la interesante, ya he tenido que abandonar muchos ideales, y ahora pienso dejarme de sentimentalismos y aceptar la vida como se me ofrece.

—Ese no es tu sentir, yo te conozco demasiado. No eres sincera, tratas de engañarte a ti misma, y así no serás feliz nunca.

—¡Quién sabe! Con un poco de valor y de buena voluntad quizá pueda crearme la felicidad yo misma.

—Sé que eres muy valiente y que tienes mucha fe, pero la felicidad que tú mereces no es la que se crea a fuerza de valor y voluntad, sino la de los que se aman con grande y verdadero amor.

—¿Olvidas que tengo más de veintiséis años?

—¿Y qué? ¿No es, acaso, la mejor edad?

—Para otras es todavía la mejor y más bonita, para aquellas que la disfrutan, que se divierten, que tienen fortuna y viven cómodamente, o, por lo menos, que no tienen que arrastrar pesadamente la vida como yo, que voy dejando mi pobre juventud encerrada entre cuatro paredes que, muchas veces, desearía derribar, no tengo ni siquiera alegrías, expansiones. ¿Qué quieres que me reserve a mí la vida? ¿Qué puede ofrecerme el porvenir ante un horizonte cerrado? Si he amado un poco alguna vez, no he tenido la dicha de saber que también era amada, para poder tener la esperanza de una probable felicidad, la felicidad del amor grande y verdadero, de ése que tú me haces merecedora.

—¿Y crees que la situación espiritual tuya mejorará casándote con el doctor Salles? Conozco a tu futuro marido: vive encerrado en su laboratorio haciendo experimentos, y toda su vida está suspensa de su ciencia, de manera que tu soledad moral continuará como siempre.

—Como siempre no, porque al menos tendré tranquilidad.

—Pero no conservarás tu libertad, y será tarde cuando te arrepientas.

—Bueno, basta; no me desanimes más. No quiero abandonarme a la melancolía de los tontos. Ha llegado el momento de decidir mi vida.

—Muy bien, entonces te felicito... No es mala precaución la de encaminarse hacia el casamiento de conveniencia.

Ella sintió la ofensa y tuvo un ligero sobresalto, pero trató de dominarse, y, mirándolo fijamente, le dijo:

—No seas cruel conmigo; no tienes el derecho de ofenderme. ¡Cómo se conoce que tú no sabes lo que es no tener en una casa hombres que hagan frente a las exigencias del hogar!

José Luis no contestó.

Adela no podía resistir por más tiempo esa fingida indiferencia, y después de un breve silencio se acercó más a él y le habló con voz dolorida:

—Vivo en una continua lucha, no puedes imaginar mis sufrimientos, estoy sola, sabes que no tengo otro amigo que tú, y por eso he pensado en venir para que me animes y me ayudes a conformarme. Aun no me he comprometido a nada, pero me siento arrastrada hacia allí por una fuerza superior a mi voluntad y sentimientos. El destino me empuja siempre hacia los grandes deberes. No se trata de decidir únicamente mi vida, sino la de mi familia. Tú sabes que todo recae sobre mí, hasta la obligación moral de aceptar ese matrimonio, porque hacia mí van todas las esperanzas, de mí se esperan todos los milagros y los consuelos. Este casamiento nos devolvería nuestra situación de otros tiempos y me libraría de este martirio, del que estoy cansada, muy cansada; la tarea de mi vida es demasiado pesada, pero ¡no sabes cuánto me duele libertarme a tan caro precio!



"Cuando las manos del doctor Salles se detenían sobre el cuerpo de la enferma..."

—¡No, Adela, por Dios; ese casamiento es imposible.

—Mira: tienes que comprenderme bien. Tú sabes que no depende de mí sola. Yo desearía conservarme libre, pero tú conoces nuestra situación. Mamá ya no puede trabajar; mis hermanas, ¡son tan jóvenes!, no han hecho aún su carrera, y, además, no están preparadas para la lucha. Entonces la razón me aconseja resignación, aunque todo en mí se desgarra; estoy enferma..., esta lucha me mata...



Eduarda Leiva Zeballos, autora de la novelita premiada esta semana

Hablaba con una tristeza infinita y llena de amargura... José Luis se enterneció ante tanto dolor.

—Es triste que destruyas tu felicidad, tu vida, exagerando así tus deberes —decía José Luis, mientras movía lentamente la cabeza.

—A veces, ante la imposición de ese deber, que tú llamas exagerado, me siento capaz del sacrificio, y hasta me parece estar realmente decidida; luego, esa idea me abandona y me deja sola en la mitad del camino, sin valor, sin voluntad.

Se detuvo, oprimida. Las lágrimas brillaron en sus ojos.

—Bueno, Adelita: tú no harás semejante cosa, no puede ser; yo conozco las inquietudes de tu corazón y de tu alma. Vivir constantemente al lado de un hombre que ya es un jubilado de la vida, sin confianza en el amor, sin emoción, sin dulzura y sin atractivo, es una vida monótona, y a ti te parecerá vulgar, prosaica, te llenará de hastío y te hará muy desdichada. Tú eres joven y necesitas las alegrías y las expansiones de tu juventud. ¿No es un crimen, una locura, sacrificarte así por lástima de los otros?

Adela no contestó, escuchaba sus palabras con profunda aflicción. Cansada, agobiada, había bajado la cabeza, tristemente... Él se quedó en silencio un largo rato, observando con placer aquella emoción, y, al verla así..., tan linda, embellecida por su turbación, no pudo dominarse: se inclinó hacia ella hasta rozar sus cabellos castaños, que exhalaban un suave perfume, y le tomó una mano, que oprimió con fuerza.

Adela continuaba callada. Desde el fondo de su alma surgía una esperanza. Una dicha inesperada llegaba hasta ella, algo misterioso la envolvía y hablaba a su corazón... Reinaba un profundo silencio que nadie se atrevió a romper.

Por fin, Adela se levantó para despedirse. Ya en el umbral de la puerta sus ojos se encontraron frente a frente y se dijeron todas las cosas que sus labios habían callado.

Adela le extendió la mano, que José Luis retuvo unos segundos entre las de él, con la esperanza de infundirle un poco de consuelo.

CUANDO se quedó solo se dejó caer en su asiento, entregado por completo a sus reflexiones. La idea de perderla para siempre lo estremecía. Se sintió avergonzado de su cobardía. "¿Por qué he exagerado tanto las dificultades? —se preguntó. —Adela me quiere, y no sólo hubiera aceptado unir su pobreza, sino que es buena y valiente, no teme el trabajo, y, seguramente, me habría ayudado hasta que yo hubiera sido todo lo que podía ser. Además, el valor que me infunde, toda la fuerza de persuasión que hay en ella para animarme y decidirme, luego su alma noble, pura, llena de amor para mí. ¿Qué he hecho? ¿Cómo no he pensado todo esto cuando todavía era tiempo? Y ahora, ¿cómo podré vivir sin ella? ¿Se casará?... Sí, seguramente... ¡Cómo voy a sufrir! ¡Es horrible perderla así!..."

Pasó la mano por la frente como queriendo apartar una visión insoportable.

"¡He perdido miserablemente mi dicha! ¡Soy un cobarde, un cobarde!"

ADELA prefirió hacer a pie todo su trayecto. Caminaba por las calles más solitarias, apartándose de la concurrencia, que interrumpía sus meditaciones.

Ya era noche cerrada. Las luces iluminaban las fachadas de los altos edificios. El cielo, limpio, aparecía cuajado de estrellas. La frescura de la noche parecía despejar su imaginación y su pensamiento. Se sentía feliz, con una felicidad que jamás había experimentado. En esa entrevista, en esas palabras consoladoras, en esos ojos de mirar sincero y llenos de bondad, en ese apretón de manos que José Luis prolongó largo tiempo, ella había cifrado muchas esperanzas... José Luis la amaba; le había dejado ver su emoción y en ella adivinaba todo su amor, amor que sospechaba desde largo tiempo... Ahora creía haberlo conquistado

(Continúa en la pág. 49)



La condesa de Castiglione

La embajadora secreta de Cavour

ERSIGUIENDO la mejor realización de los planes que se trazaron, grandes políticos y diplomáticos no han titubeado en utilizar, con frecuencia, los servicios de mujeres hermosas e inteligentes. Entre los ejemplos famosos registrados por la historia cuéntase el de la condesa de Castiglione, embajadora secreta y habilísima del ministro Cavour, artífice de la independencia italiana.

Siguiendo a un conocido publicista italiano contaremos cómo procedió la condesa de Castiglione.

Cavour se dió cuenta que le era indispensable procurarse la ayuda de una poderosa nación extranjera, como Francia, para emancipar a Italia y consolidar su unidad. Cuando estalló la guerra de Crimea creyó encontrar la ocasión propicia poniéndose del lado de aquel país.

La empresa de atraer a Francia no era muy fácil. Sabiendo Cavour que el emperador Napoleón III no se mostraba insensible a los encantos femeninos, puso en juego la singular belleza de una mujer espiritual, de rara inteligencia y profundo amor a su país, la cual supo fascinar al potente monarca con el despliegue de sus gracias infinitas.

Una carta de Cavour a Luis Cibrario no deja lugar a dudas. Dice así: "Una bella condesa se ha alistado en la diplomacia italiana. La he invitado a coquetear con el Emperador. Ha comenzado discretamente su papel en el concierto de las Tullerías."

Se trataba de la condesa de Castiglione. Separada de su marido, no se contentaba con reducirse a organizar bailes y recibimientos. Conociendo o sospechando los grandes planes de Cavour, quiso secundarlos, poniéndose a sus órdenes.

Apenas contaba veinte años cuando llegó a París, en la hora más alegre del Segundo Imperio. Una de sus primeras visitas fué para la princesa Matilde, casi compatriota suya, puesto que había vivido durante muchos años en Florencia. La princesa Matilde la acogió cordialmente y la instruyó acerca del ambiente en el que iba a caer como una estrella maravillosa. Mas quien le abrió de par en par las puertas fué la condesa Waleswska, vale decir la dueña de casa del ministerio de Relaciones Exteriores. Italiana, hija del marqués Ricci y de la princesa Poniatowska, sintióse feliz de recibir a la embajadora de Cavour e invitarla, inmediatamente, al baile de máscaras que se celebró el 17 de febrero de 1850.

Extraordinario fué el éxito de la condesa de Castiglione. Tanto que el día siguiente, que era de recibo oficial, subía a las Tullerías, rodeada de todos los honores. Prima de Cavour, además de su misión secreta, se le reconoció de hecho jerarquía de embajadora.

El 24 de noviembre del año citado hizo una entrada teatral de primer orden. Un escritor que la presenció la describe de esta manera: "Era bastante tarde. Un hálito de curiosidad señaló su llegada. Al entrar se produjo tal movimiento que la danza quedó interrumpida. La música cesó de sonar. Por la sala atravesó una como corriente de magnética admiración. La emperatriz dió un paso hacia adelante. El emperador avanzó cerca de donde ella se había sentado, después que los soberanos recibieron el saludo de práctica y de ofrecer la mano a la nueva invitada."

Tan completo apareció el éxito de la condesa, que constituyó el acontecimiento de la semana. Y este éxito se repetía triunfalmente todos los lunes en casa de la soberana, en el Ministerio y en Compiègne. El encanto de esta florentina incomparable atrajo rápidamente a Napoleón III.

Amoroso por temperamento, de carácter desconfiado y suspicaz, Luis Napoleón poseía en sumo grado el arte de hacerse impenetrable a las mudas interrogaciones de los que lo rodeaban, pero no sabía dominarse en presencia de una bella mujer. No habían pasado inadvertidos los signos del vivo interés que demostró por la condesa de Castiglione.

Una noche, en Compiègne, en que ella se excusó de asistir a una representación de los artistas de la "Comédie Française", por sentirse indispuesta, se vió al emperador preocupado y distraído. Después del primer acto desapareció, dejando a la emperatriz con el duque de Sajonia-Coburgo. Al día siguiente todos sabían que se apresuró personalmente a recabar noticias acerca de la salud de la hermosa extranjera.

Sólo entonces juzgó ella oportuno hablar de política. Una carta de Cavour se lo reclamaba perentoriamente, llamándola al cumplimiento de su misión. "Obtened éxito por los medios que os plazca, prima mía, pero obtened éxito."

Nadie dudaba en París que ella fuese la favorita del emperador. Muchas historietas que al respecto circularon las desmintió en sus cartas. Hasta que llegó el ansiado instante en que Napoleón resolvióse, sin titubeos, a reclamar la presencia de Cavour en el congreso de París.

Cuatro años más tarde se asistía a la sorpresa de la entrada en campaña, tras los contingentes franceses, ingleses y otomanos, contra el zar de Rusia, de un cuerpo de ejército sardo. Nadie acertaba a comprender qué interés particular llevaba a Crimea a esos soldados. En lugar de descubrir su plan, Cavour demostró tranquilamente a ambas Cámaras que el Piamonte, dueño del gran puerto de Génova, tenía el mayor interés en intervenir en el conflicto para disputar a los rusos el dominio exclusivo del Mediterráneo. Hallóse la verdadera explicación cuando quedó planteada en París la cuestión de la unidad italiana. Congreso que presidió Walewski, ministro de Napoleón.

Aquel fué el primer paso. Después de la declaración del principio y del recurso a las armas, que iba a asegurar su realización, se hizo necesaria una pausa, que la condesa de Castiglione aprovechó para trasladarse a Londres con la intención de influir sobre la diplomacia inglesa.

Poco tiempo más tarde tornábase urgente la cuestión italiana, y como Napoleón no se decidía a activar su solución pensó la condesa que sus funciones en Francia no habían terminado. Y tomó de nuevo la vía de París, dispuesta a emplear en un supremo esfuerzo su irresistible fascinación.

A su llegada encontró el ambiente diplomático y mundano muy preocupado con las últimas incidencias internacionales. Sus coqueteos con Napoleón se hicieron asiduos y ardientes. Se multiplicó en cien formas y dirigió toda clase de combinaciones. Aquel fué el gran momento de su vida. Se mantuvo en estrecha correspondencia con el rey de su tierra por intermedio de su marido (con quien se escribía, no obstante su separación), el que ocupaba un alto puesto al lado de Víctor Manuel. Ella fué la activa intermediaria entre Napoleón y la corte de Cerdeña.

Mientras tanto, Cavour tejía su tela. Sentía aproximarse la hora fatal. Prudente, hasta tímido en un comienzo, de improviso tornóse audaz. "Forzaremos al gobierno de Viena a que nos declare la guerra", le manifestó, enérgicamente, un día al diplomático inglés O. de Russel.

Francia tendía a retardarse y Austria a preservarse. "Es necesario esperar — objetaba Napoleón al marqués de Villamarina, en 1858 — que en Europa estalle una gran guerra o que un acontecimiento cualquiera, por ejemplo: una amenaza de Austria a la independencia del Piamonte, suministre la ocasión favorable."

Mas esta ocasión, que tantas veces Cavour se empeñó en provocar, no se presentaba con la deseada rapidez. Napoleón sólo hacía promesas de palabra, y la opinión pública francesa era adversa. En todo caso, deseaba que los motivos de la guerra apareciesen como bien plausibles.

Los agitadores italianos comenzaron a moverse contra el viejo compañero carbonario de otros tiempos. Las más decisivas eran las incitaciones de la condesa. Hasta que un gesto de cólera de Austria ofreció la esperada provocación.



Napoleón III y Cavour, en Plombières

(Continúa en la pág. 47)

El inventor Torres Quevedo



EN la historia de las ciencias y de los inventos, llegan muchas veces los sabios al descubrimiento de un impensado arcano científico, por caminos caprichosamente torcidos.

Descontemos a aquellos a quienes por pura y simple casualidad y sin disquisición alguna, la fortuna les depara el conocimiento repentino y perfecto de una verdad fecunda. Estos tales, pocos ciertamente, semejantes al que cavando un sepulcro halla un tesoro, son favoritos de la Fortuna, no de la Gloria.

Otros, buscando con tesón la solución de un problema, encuentran impensadamente la de otro quizá más trascendental. A estos segundos, más numerosos, semejantes al que buscando una mina de carbón topa con una de diamantes, les sale al paso la Fortuna mientras seguían con ilusión a la Gloria.

Colón, buscando una ruta corta para un mundo conocido, se encontró en el camino con un mundo desconocido y nuevo.

Otros, sobre un hecho trivial y vulgarísimo, han sabido con sucesivas y lógicas deducciones construir una magnífica obra, honra de la Humanidad y fuente de inagotables beneficios. La Fortuna les abrió el camino, y la gloria les recibió al fin de él.

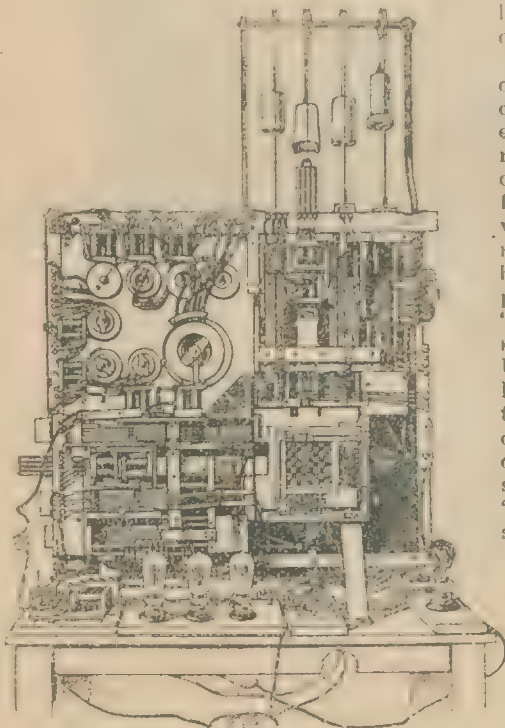
Pero los más gloriosos y esforzados no fían al acaso sus pasos, lanzándose a la aventura buscando el éxito sin saber cuál ni dónde, sino que, suficientemente preparados, emprenden con perfecta orientación su carrera, buscando un secreto fijo y determinado: a éstos acompañan en su camino la Ciencia y la Gloria: algunos jamás llegan a encontrar la Fortuna; otros la encuentran donde su ingenio la había previsto, y por la Ciencia, la Gloria y la Fortuna, son coronados con corona de inmortalidad.

A esta última clase pertenece don Leonardo Torres Quevedo. Nada ha inventado que él no se propusiera inventar, ni por otro camino que por el que él ya había trazado en su solidísima preparación.

Su figura resalta vivamente entre las de los sabios contemporáneos, por el número, orientaciones y trascendencia de sus inventos. Bien puede decirse que es el Edison español.

Pensó un día, en fecundísima concepción, que los fenómenos, cuyas leyes se formulan matemáticamente, realizan de hecho y son capaces de exteriorizar las operaciones de cálculo que en la fórmulas se expresan; y traduciendo dichos fenómenos a movimiento, inventó sus maravillosas máquinas calculadoras, que los sabios extranjeros calificaron de originales y sorprendentes. No son éstas las máquinas sencillas que ejecutan las cuatro operaciones fundamentales, sino que resuelven ecuaciones de grado superior, determinando las raíces reales e imaginarias de cualquier función algebraica.

Entróse luego por los campos de la aeronáutica, y separándose de la turba de aventureros científicos, que fiaban a la experiencia la resolución de los problemas, estudió la variedad práctica de presiones interiores y exteriores a que están sujetos los aeróstatos a diferentes alturas, y con su viga funicular sin precedentes, con su sistema de suspensión de la barquilla, y con otros elementos fundamentados en el más concienzudo estudio, creó un tipo singularísimo de aeronave, plegable y transportable con facilidad, dotado simultáneamente de las dos condiciones primarias de flexibilidad e indeformabilidad, de la mayor oposición a oscilaciones transversales y de mínima resistencia a la marcha y mínimo obstáculo a la velocidad, teniendo en cuenta la resistencia del aire en función de la velocidad y de la forma del mecanismo. Adoptado con gran éxito en la guerra, en los días de paz ha de ser de frutos más prácticos y provechosos. Según la Academia de Ciencias de París, jamás el problema de la estabilidad de los globos había sido tratado con tanta profundidad y esmero científico. Como complemento de este invento, proyectó el campamento de dirigibles, sencillo y práctico en extremo, pues se reduce a un fuerte mástil, al que se pueden amarrar los globos al aire libre y en cualquier lugar, y con el eje en la dirección del viento, sin peligro alguno de percances; y el barco estación, capaz de conducir dirigibles y de recibirlos al volver de sus expediciones.

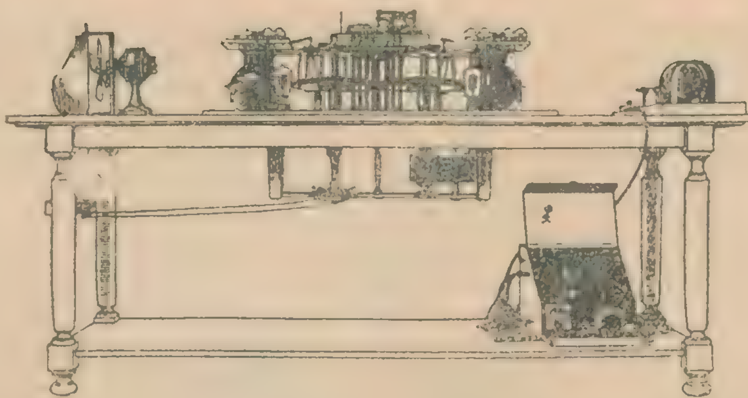


El jugador autómata de ajedrez

El problema de los globos le llevó como de la mano a otro originalísimo.

Pensando en la conveniencia de gobernar y dirigir los globos desde tierra, sin exponer en ellos vidas humanas, pensó Torres Quevedo en la posibilidad de un aparato que desde tierra firme pudiese gobernar las naves del mar y del aire, como el mejor piloto que en ellas embarcara. La idea se convirtió a poco en realidad, y surgió el "telekino" o aparato para transmitir el movimiento a distancia. Un buque navega a algunos kilómetros de la costa, y desde tierra, sin alambre ni otro medio alguno de comunicación, más que el éter que todo lo envuelve, se puede hacer por medio del "telekino" que el buque ande o se pare, aumente o disminuya de velocidad, que vire en una dirección o en otra, o siga su ruta en línea recta.

Es un nuevo aspecto del problema de la telegrafía sin hilos. No se transmite por el éter la fuerza que mueve el buque o lo gobierna, no: esta fuerza reside en el mismo buque, en sus motores acumuladores o dínamos. Pero estas fuerzas, para entrar en actividad, necesitan estar en condiciones; necesitan que se establezcan los contactos necesarios, y esto es lo que hace el "telekino": emite ondas hertzianas desde tierra, que, recibidas en el buque, hacen girar una aguja; esta aguja establece diferentes contactos, provocando diversas corrientes que determinan los movimientos de avance, retroceso, desviación y mayor o menor velocidad. No es, pues, la fuerza que mueve al buque la que transmite el "telekino", sino las órdenes para que las fuerzas que residen en el buque funcionen debidamente y a la voluntad del que lo guía desde tierra. El "telekino" transmite sus órdenes en cualquier número y dirección, y para toda clase de movimientos.



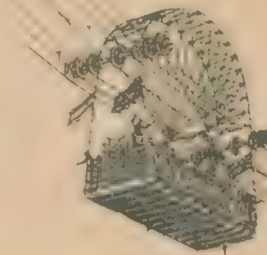
El "telekino", para dirigir globos y embarcaciones desde lejos

Las pruebas que de este maravilloso invento se han hecho son satisfactorias en extremo, y el coro general de alabanzas que en honor de su inventor se entonó en Europa, le dieron una popularidad extraordinaria.

Arrastrado constantemente por el impulso de lanzarse con soluciones nuevas, y genialmente fundamentadas a socorrer a la Industria con la ayuda de la Ciencia, proyectó un sistema de tracción para escalar una de las más frecuentadas cumbres de los Alpes, cuyo éxito estorbaron dificultades bien distintas del carácter científico.

En cambio, su sistema original de tracción por cables aéreos llegó a una realidad satisfactoria en el transbordador del monte Ulía en San Sebastián, y en el que corre sobre el Niágara, que a 45 metros sobre el río lo cruza de orilla a orilla cerca de las famosas cataratas, en una extensión de 548 metros.

Últimamente dirigió la fuerza de su ingenio por el camino de la Automática, construyendo mecanismos que imitan los movimientos y ejecutan actos del hombre y de los animales con apariencia de tales; unos ejecutan sus movimientos de continuo, y otros repentinamente o por intermitencias. Estos aparatos, naturalmente, no perciben sensaciones propiamente dichas, pero las impresiones que reciben las revelan con determinados movimientos, como revela el calor una columna de mercurio dilatándose; no tienen energía propia, pero aprovechan y transforman la que les viene de fuera; no discurren ni tienen entendimiento, pero funcionan con el entendimiento de su autor, que en ellos lo dejó como en potencia. Tal es el "jugador de ajedrez", aparato autómata que sigue jugando como una persona, rechazando y advirtiendo las jugadas ilegales, y negándose a seguir jugando si el adversario insiste en sus ilegalidades; tales son también sus máquinas analíticas, que pueden ejecutar todas las operaciones aritméticas como el más hábil calculador.



El transbordador Torres Quevedo sobre las aguas del Niágara

Por fin, como promesa alentadora de futuras y portentosas conquistas científicas, se ha fundado bajo la dirección del señor Torres Quevedo un laboratorio de Automática, donde los investigadores científicos españoles hallan los medios materiales, y la ayuda inteligentísima de su director, para poder llevar a feliz término sus disquisiciones. Sus frutos son ya numerosos y notabilísimos, y el laboratorio será sin duda plantel de ingenios que perpetuarán la gloria inmensa que a su patria cede el genial inventor.



Leonardo Torres Quevedo



El bastón de Malaca

Por MANUEL AGROMAYOR

(En la pradera de asfodelos, y bajo la mirada de los Tres Grandes Jueces, los fantasmas se han sentado sobre el césped, al comenzar la plática.)

SILVESTRE BONNARD

Monsieur Anatole France os ha contado ya que en una tarde de la primavera, y en tanto que me distraía gozando del tibio sol parisiense bajo la estatua de la excelente Reina de Navarra, y entre los árboles del Luxemburgo, llegó a mis oídos una frase irrespetuosa, que había sido pronunciada por los indoctos labios de un mozalbete inexperto. La historia es cierta y no me quejo de ella, pues que yo mismo he anotado con fidelidad aquel penoso incidente en el cuaderno de apuntes que el Maestro ha publicado, después de algunos retoques. Pero sé que algunas gentes han podido creer que aquella frase me dolió de veras, cuando lo cierto es que sólo me obligó a reflexionar acerca de la vanidad de las obras en que fincamos a veces nuestro deseo de sobrevivirnos, lo que es meditar también sobre la vanidad total de nuestra misma vida. Los hombres cuerdos deben agradecer la llegada de estas circunstancias que les obligan o les mueven a la reflexión.

LUCIANO BERGERET

Creo que nada tampoco podría ser más grato que ello a nuestros hábitos, mi querido maestro.

SILVESTRE BONNARD

Aunque mis hábitos, mi estimado profesor, son semejantes en gran modo a los vuestros, y en esa semejanza habréis inspirado sin duda vuestra suposición, os he de confesar que no es esto de la reflexión la disciplina que mejor haya podido deleitar mis horas. Prefiero darlas a los viejos libros, ya que es la suya amable compañía y encuentro en ellos el mejor placer. He dedicado a ese cuidado mis más preciosos instantes, y encuentro en su comercio un goce sosegado que cuadra bien a mis cabellos blancos y a mi reumatismo tenaz. Ya sabéis que el verdadero amor de los libros no nos mueve siempre a la meditación, sino que más bien nos sirve para acunar el ensueño, como me ha sucedido en una ocasión que monsieur France ha tenido asimismo la bondad de reconstruir con su habitual finura. Los libros son los compañeros preferidos de mi soledad, aunque también pueda dolerme de que alguno de ellos me haya engañado solapadamente, como me ocurrió con el "Resumen de hechos notables", del abad de Solesmes, pues que dando fe a los caracteres góticos de ese librajón, aseguré en una de mis monografías sobre los conventos de Francia, que la muerte del cronista benedictino Juan de Padua, el Pío, había acaecido a 16 de abril de 915. Y no ignoráis tal vez, que mi colega Just, miembro del Instituto, ha fijado esa fecha en 913, amparado por pruebas de incontestable mérito. Pero me consuela el pensamiento de saber que nadie puede estar seguro de que el objeto de su amor y de sus desvelos no haya pagado a veces con el negro engaño la enternecida solicitud con que veló por él, y puedo jurar que no me he arrepentido nunca de haber dado a los libros una buena parte de mi inútil ternura, ya que no ha querido el destino que la diese por entero a quien la he querido dar...

LARDILLON

El destino no es más que una palabra, ciudadano Bonnard.

CHOULETTE

Pero es una palabra bonita. Los poetas malos la hacen rimar con peregrino y camino, porque los peregrinos van por los caminos a la merced de sus aleves destinos. Y esto me parece admirable.

BRAUCHUT DEL TIC

La retórica es una flor sin fragancias que sólo florece sobre los pantanos verdes de la decadencia. Es necesario hablar con seriedad, señor Choulette.

CHOULETTE

He leído esa metáfora en una de las mesas del café Voltaire, sobre cuya plancha de mármol la escribió con lápiz rojo mi compañero Tissou. Pero ésa es una tontería, y aborrezco además las paradojas porque soy paradojal.

TERREMONDRE

Acabo de oír el nombre de Voltaire, señores... Es una cita de mal gusto, amigos míos, un recuerdo insoportable, y de evidente inoportunidad.

LA SEÑORA CÉRÈS

Voltaire es un nombre manido, caballeros, para una reunión de gentes de buen tono...

LACRISSE

¡Ah, señora, si examinamos sin embargo, que...!

LARDILLON

Si el ciudadano Terremondre hace cuestiones de cronología, deberemos recordarle que estamos fuera del tiempo, en la inmortalidad.

RENATO LONGUEMARE

Ésa es también otra palabra, obscuro jacobino. ¿Te han sepultado acaso en el Panteón? ¿O es que eres miembro de alguna de las cinco academias?

(Continúa en la pág. 46)

No se tatúe usted



PARECE que la moda del tatuaje vuelve a extenderse entre la "gente bien". En Londres y en Nueva York, los "tattoo artists" ven aumentar su clientela, y la racha alcanza a nuestro país.

No se tatúen ustedes. El grabado de la piel no cumple más que un fin social: distinguir al hombre bárbaro del hombre civilizado, al atrasado del culto y educado. En Italia, la afición al arte y la superstición, allí tan arraigadas en el campo, mantienen viva la bárbara afición al tatuado. Ningún peregrino va a Loreto que no regrese con su sello pinchado en el brazo, en señal de fe, y por la módica cantidad de setenta y cinco centavos. En los Estados Unidos el arte es más caro, y hay tatuador que sabe ganar ciento veinticinco pesos diarios.

Al cabo de los años mil vuelven las aguas, y las costumbres, como dice el refrán. Hoy, en plena civilización, al ver que las gentes aristocráticas, o, mejor dicho, extravagantes, de ciertos países empiezan a usar el tatuado, hay que recordar, como queda dicho, que no ha habido salvaje alguno que no haya seguido esa costumbre prehistórica. La primitiva heráldica fueron, en los pueblos desnudos, los garabatos que los guerreros se grabaron, pinchándose y pintarrajeándose el pecho. Aun lo hacen así los maoríes, uno de cuyos jefes, al oír la explicación de los símbolos que contenía el escudo de armas de la sortija de un oficial inglés, le dijo a éste:

—¡Ah, eso es el "moko" de tu familia, que lo llevas en el dedo! Nosotros lo llevamos en el pecho; mira.

Y quitándose el pingajo que a modo de banda cruzada le envolvía pecho y espalda, le mostró un gran escudo o "moko" grabado con vivos colores sobre el esternón. Después de cada combate o de cada barbaridad que hace, se graba el maorí un nuevo bicharraco en la piel para recuerdo eterno, resultando al fin, cuando tiene cuarenta años, que no hay un espacio en ella, desde la frente hasta los talones, que no esté cuajado de heráldica del "moko". Los papúes y los maoríes son los artistas más hábiles que se conocen. Entre los tatuadores europeos se usan sólo tres colores insolubles para inyectarlos en la piel: el negro, que se vuelve azul dentro de la piel, para el cual sirven la tinta de China, la común o el carbón en polvo; el bermellón y el ladrillo molido para los rojos, y el índigo y el azul de Prusia alguna vez. Estos colores se introducen o inyectan, siguiendo el contorno del dibujo, con una aguja que se clava a golpe en la piel.



El tatuaje de un lord de Inglaterra

La marca que se incinde sobre la piel fué en todos los tiempos una especie de sello infamante. Hermógenes dice que la ley mandaba tatuar a los adúlteros, para que en todas partes fuesen conocidos. Los romanos tatuaban en la frente a los desertores, a los esclavos y a los prisioneros. Ningún ciudadano digno ni ninguna dama se tatuaron jamás en ningún pueblo culto. Léase la obra magistral que acerca de este punto publicó en Berlín W. Joest, con el título de "Tactowiren. Narbenzeichnen und Koerperbemalen".

Es imposible destruir el dibujo o grabado de la piel, hechos con la aguja y la tinta de China, que forman el adorno simbólico de quien haya querido tatuarse. Ni pomada, ni tópicos, ni lejías irritantes sirven para ello, porque la mancha sólo desaparece con la tajada. Algunas veces se ha insistido con todo empeño, por algún tatuado, plebeyo antes y aristócrata y titulado después, de borrar la infamante marca que llevaba en sus antebrazos, y aunque se empleó para ello el hierro candente, que destruyó el contorno del dibujo, no se pudo conseguir, pues volvió a aparecer sobre la piel cicatrizada, roja y dura, que se formó después de las quemaduras. La "antracosis dérmica", que constituye la inyección de los granos o polvo de tinta de China alrededor de los vasos sanguíneos de la piel, debajo de la epidermis y entre las fibras elásticas del dermis, no se puede corregir más que extirpando el músculo, como se separa con el cuchillo la porción podrida de una fruta. Pero, ¿y cómo se limpia lo podrido del espíritu que consintió el que, sobre el mísero cuerpo a quien anima, se pusiera esta factura inmunda? Podrá con la tajada quitar el bisturí del cirujano la señal de la servidumbre, pero allá en lo recóndito del cuerpo quedará la manchada hendidura, la fea cicatriz. Lo que no podrá ningún doctor es devolver la calma y el uso de la razón al espíritu, porque hay dolencias morales que no se curan jamás, y que no desaparecen sino con la cabeza y que son el extravío y la locura.

Actualmente, hay en el extranjero tatuadores profesionales que indudablemente merecen ser considerados como verdaderos artistas. Uno de ellos es el japonés Hori Chiyo, establecido en Nueva York. Conoce admirablemente las reglas de la perspectiva, sabe aprovechar las sombras para sus composiciones y ha descubierto un tercer color, el pardo, que combinado con el azul y el rojo le permite obtener efectos maravillosos. Su especialidad son los animales; uno de sus ayudantes lleva en la frente un lagarto tan maravillosamente reproducido, que las moscas no se atreven a posársele en la cabeza. Su modo de trabajar es de una delicadeza asombrosa. Entre su clientela figura lo más empingorotado de la buena sociedad, americana y europea. Dícese que cuando Hori Chiyo residía en Yokohama, en la época en que Nicolás II de Rusia visitó el lejano Oriente como príncipe heredero, este infortunado monarca se hizo tatuar el pecho por el maestro.

Este artista ha sido, sin embargo, sobrepujado por un inglés, Mr. Sutherland Macdonald, a quien llaman el Miguel Ángel del tatuaje, y que ha visto desfilar a casi toda la aristocracia londinense por su taller de Jermyn Street. Mr. Macdonald ha llegado a obtener para el tatuaje el color verde y nuevos matices azules, y sueña con poder emplear todos los colores del prisma. Peró ha conseguido más: ha reemplazado los toscos aparatos primitivos, las agujas y los estiletes, por un aparato eléctrico, una especie de termocauterio que le permite hacer la operación más rápida, menos dolorosa y más regular. Además, antes y después del tatuado, toma toda clase de precauciones antisépticas. Es, en una palabra, toda la ciencia moderna puesta al servicio de una costumbre bárbara y primitiva.



Dragón tatuado en la espalda de un príncipe ruso

Pero no obstante tanta perfección, volvemos a repetir el consejo a nuestros lectores, y sobre todo a nuestras lectoras. No se tatúen ustedes. Pónganse, si la tiránica moda lo impone, faldas cortas o largas, apriétense el talle o déjenselo holgado, colóquense en la cabeza plumas, cintas, postizos o peinetas, empólvense la cara, realcen el rojo de sus labios si no les basta su color natural, o píntense el cerco de los ojos, si lo tienen por conveniente; hagan en fin, cuanto se estile hacer mientras no atente a la integridad del organismo y sea cosa que pueda quitarse o ponerse a capricho; pero no se taraceen el pellejo, porque no hay manera de borrar luego la marca impuesta por un momento de capricho, y si la moda pasa, es cosa de desesperarse.

Por lo demás, basta fijarse en algunas de las fotografías de tatuados o conocer a personas que han caído en esa tentación de mal gusto, para darse cuenta del efecto ridículo que han echado sobre sus personas, efecto tanto más deplorable como que es de un ridículo eterno, irreparable.



Cabeza de Cristo tatuada por Mr. Sutherland Macdonald



Curioso tatuaje que representa una lucha en los aires



"...De su manecita pendía un trapo de limpiar el piso."

El escritor de los niños

Por LOPEZ DE MOLINA

Ilustración de Sirio



E había consagrado por entero, desde hacía muchos años, a defender a los niños. Era el apóstol de la niñez. Sus artículos, sus cuentos, sus conferencias, hasta sus sueltos periodísticos, eran siempre para hablar de la niñez desamparada, de la delincuencia infantil, del castigo brutal que los padres dan a sus hijos. Clamaba contra los malos gobiernos, que no se preocupaban del "pavoroso problema" del analfabetismo, ni del otro no menos terrible del alcoholismo, que está "minando las gallardías de la raza".

El escritor de los niños, a pesar de que había encanecido escribiendo día a día, no poseía un estilo personal, ni siquiera un mediano conocimiento del idioma. Empero, se le estimaba, se le elogiaba, si no en las redacciones y cenáculos literarios, en las honestas casas de familia.

— ¿Leyó usted el artículo de Arbórez, que trae hoy "La Voz de la Patria"?

— Acabo de leerlo, don Homobono. ¡Es estupendo! ¡Cómo sabe llegar al corazón ese hombre con solamente una frase!...

—Yo creo que es el primer escritor de la República. Por lo menos, nadie como él se ha dedicado con tan noble tesón a defender a los niños, "esas frágiles flores del jardín de la vida", como tan originalmente ha dicho él mismo en un artículo memorable.

Diálogos de este jaez eran cosa corriente en el club o en la tertulia familiar o de café. El escritor de los niños no alcanzaría la gloria, la inmortalidad; pero lo que es la popularidad, vaya si la había alcanzado. Tanto era así, que su colaboración era solicitada en las más conocidas revistas, y el diario que dirigía aumentaba día a día su tirada.

El escritor de los niños triunfaba.

II

CIERTA noche fuí a oír una conferencia del escritor de los niños. Se titulaba: "El peligro de la niñez desamparada". Tenía deseos de ver la figura de este hombre que, aunque no era santo de mi devoción, tanta popularidad había recogido; mientras conocía a otros de positivo talento, escritores de raza, que vivían poco menos que obscuramente, en un mediano bienestar.

Apareció el escritor de los niños, y la crecida concurrencia estalló en vítores y aplausos. Había graves señoras que se llevaban el pañuelo a los ojos, enternecidas hasta las lágrimas. El escritor era un hombre alto, de aspecto vulgar, con unos ojos de pícaro de tomo y lomo. Vestía rigurosamente de negro, muy atildado, y sonreía a su auditorio con una sonrisa que me hizo daño. Tal vez me equivocara, como tantas veces nos ocurre cuando juzgamos al primer golpe de vista; pero juraría que el escritor de los niños era un farsante ejemplar.

Con voz temblorosa, tal vez por la emoción de los aplausos resonantes que acababan de sonar en su honor, el escritor de los niños dió comienzo a su conferencia. En realidad, no tenía nada de original, ni siquiera un punto de vista más o menos personal. Aquello era una enumeración de lugares comunes, una retahila de palabras sensibleras, de esas que llegan fácilmente al corazón de la muchedumbre. Los párrafos eran siempre sonoros, pero vacíos.

No obstante, el público, que es tradicionalmente bobalicón, aplaudía hasta rabiar las paparruchas del escritor de los niños. Cuando la conferencia hubo terminado, pude escuchar un breve diálogo que da idea de cómo influía aquel demonio de hombre en los espíritus de cierta gente.

— Es un talento extraordinario, amigo mío. ¡Hombres así son los que nos hacen falta!

— Lleva usted razón. Esta noche ha estado sublime. Ha conmovido a todos con su palabra de apóstol. ¡Qué hombre, amigo, qué hombre!

— ¡Es un fenómeno!

— Esa es la palabra: ¡un fenómeno!

III

ES verdad que existen pésimos autores teatrales, que hacen una fortuna escribiendo estupideces, y que el público, en lugar de volverles las espaldas, lo que hace es llamarles "genio" a troche y moche.

Unos pocos son los que se atreven a llamar al supuesto genio por su verdadero nombre. Sí; es verdad eso. Pero el caso del escritor de los niños era más fenomenal que el de esos autores. Yo tenía, pues, que conocer a este pajarraco. Y una mañana de invierno enderecé los pasos hacia la casa del popular escritor.

Vivía en Palermo, en una casa de modesta apariencia. Oprimí el timbre, y esperé. Silencio. Nadie vino a abrirme. Torné a llamar, y entonces abrió la puerta un niño que tendría apenas unos diez años. Era una criatura cuya fisonomía no olvidaré nunca. Tenía el rostro paliducho, los ojos hundidos y muy tristes. De su manecita pendía un trapo de limpiar el piso. Hacía mucho frío aquella mañana, y el infeliz niño, casi aterido, temblaba hasta dar lástima.

Con un hilo de voz me preguntó:

— ¿Qué desea, señor?

— ¿Está el señor Arbórez?

— Está durmiendo, señor.

— ¿A qué hora acostumbra levantarse?

— Mucho más tarde, señor. Como a las once.

— ¿El señor Arbórez es tu papá?

— No, señor; es mi patrón.

— ¡Tu patrón! ¿Y qué trabajo es el tuyo?

— Hacer de todo, señor: la limpieza, los mandados...

— ¿Tus padres son los que te han puesto aquí?

— Yo no tengo padre ni madre, señor. Nunca los he conocido. A mí me mandó a esta casa tía Celedonia, que vive en Corrientes, muy lejos, señor.

— ¿El señor te trata bien? ¿Es cariñoso contigo?

— Casi nunca me habla. Es un señor muy serio, que le molesta cualquier ruido, por muy chiquito que sea, y casi siempre está escribiendo no sé qué cosas...

—¿Y por qué te hace lavar las escaleras? ¿No hay sirvienta en la casa?

—No, señor; antes que yo viniera, sí había; pero desde el mismo día que yo llegué, la echaron. Ahora yo hago el trabajo de la sirvienta...

Me retiré con la sangre revuelta, sin querer conocer al escritor de los niños, porque ya lo conocía perfectamente...

La caricatura en el extranjero



PROTECCIÓN A LA INFANCIA

Las solteronas. — Sí; tuvimos que comprar un altoparlante, porque ni Fifí ni Fofó podían soportar los teléfonos.

(DE "LONDON OPINION", LONDRES)



TEMOR FUNDADO

—¡Por Dios, querida: deja tu cara tranquila! Vamos a tener que pagar mayores derechos de aduana.

—¿Por qué?

—¡Porque te tasarán a ti como a obra de arte!

(DE "GAIETY", LONDRES



CONSIDERACIÓN

—¿Qué es eso, mamá?

—Una trampa para cazar ratones, señorita curiosa.

—¡Oh!; no dejes que la vea el gato... ¡Se ofendería tanto!...

(DE "LONDON OPINION", LONDRES)



EL SONETO Y LA ENMIENDA

Turista (contemplando el obelisco de Cleopatra). — Eso es lo que llaman un basilisco, ¿verdad, querida?...

Ella. — ¡Pero no, querido! Tú estás confundiendo esto con las iglesias que vimos en Roma... ¡Esto es una odalisca, querido!

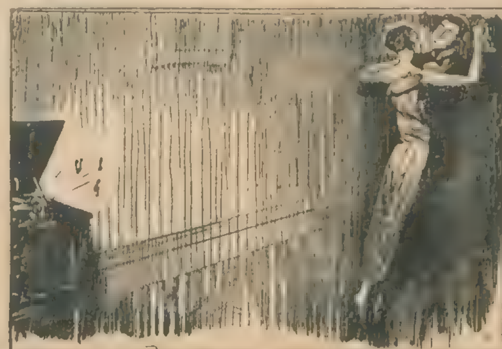
(DE "PUNCH", LONDRES.



DESILUSIÓN

La señora a quien el pintor de moda se negó a hacerle un retrato, por considerar que sus facciones eran antiestéticas

(DE "THE HUMORIST", LONDRES



DESENCANTO

El final dichoso del más delicioso de los valses soñadores...



...es totalmente echado a perder por el brusco salto para detener el fonógrafo

(DE "LONDON OPINION" LONDRES)



PERSPECTIVAS ROMÁNTICAS

—Ahora que hemos comprado casa, piensa, querida, cuán agradable será sentarnos a la sombra de nuestro propio árbol...

("LONDON OPINION", LONDRES)



OPORTUNIDAD

Espectador (al jinete que ha rodado por vigésima vez). — ¿Puedo ofrecerle mi método de enseñanza de equitación por correspondencia, señor?

(DE "LONDON OPINION" LONDRES



CAMINO CONOCIDO

—Me parece que se casa nuevamente. ¡Y eso que ya ha sido llevada al altar tres veces!...

—¿Ha sido llevada? ¡Pero si conoce el camino perfectamente! ¡Es capaz de ir con los ojos vendados!

(DE "LONDON OPINION" LONDRES)



"La madre la miró tiernamente..."

La hipócrita

Por SOFIA ESPINDOLA



UANDO Clara entró en la salita, la niña Beatriz, que estaba leyendo, levantó su cabecita blonda llena de rizos, y dirigió una mirada inteligente a la joven sirvienta. Algo vió en los ojos claros de la doméstica, porque dejó el libro con desgana, y se puso de pie, mientras Clara desaparecía de la habitación.

—¿Ya te cansaste del libro? — le interrogó su madre, que desde el centro de la salita, cómodamente sentada en un alto sillón, bordaba.

—Sí, mamá. Este libro que me recomendó mi padre, es insoportable. Ninguna acción, ninguna vivacidad en el relato. Todo pasa monótonamente, pesado..., ¡qué se yo!

—Lo que ocurre, es que tú prefieres otra clase de libros: aquellos cuya lectura, por lo realista, puede guiar mal tu cerebro de quince años.

—No, mamita... — exclamó la niña, pudorosa. — Jamás he deseado las lecturas perniciosas... Y tú bien lo sabes...

La madre la miró tiernamente.

—Lo sé... ¡Si todo es broma, querida! Eres una hija obediente, pura y buena. En ese corazoncito ingenuo, sólo pueden crecer las flores blancas y los ideales castos... Ven..., dame un beso.

Ella se le acercó, mimosa, escondiendo la cara entre las manos. Era una bella criatura. Los bucles de su cabellera de oro caían en forma de melena sobre el óvalo perfecto de su rostro.

Besó con cariño a su madre, y luego se alejó, saltando como un pajarito travieso, mientras la señora repetía con dulzura:

—Es un ángel...

Y el ángel, de alas grandes y blancas, apenas se encontró lejos de su madre, hizo llamar a Clara.

Ésta se presentó con aire de misterio.

—¿Qué hay? — preguntó, impaciente.

—Que el niño Fernando me ha dado esta carta.

—Dámela.

—Se la arrebató casi. Nerviosamente la abrió, y leyó dos carillas escritas con letra pequeña.

—¡Lo mismo que el otro! — dijo con cierto desencanto.

—No puede ser... — protestó la mucama. — El otro era un hombre muy distinto a éste.

Beatriz la miró sorprendida.

—¿Y quién te ha pedido tu opinión? — preguntó, altiva, con ese despotismo de niña rica y mimada, hacia todo lo que es inferior a ella.

—Disculpe usted...—agregó la voz sumisa de Clara.

Beatriz ocultó la carta en un cajón de su escritorio, un mueble pequeño, de patas cortas, sobre cuyos lados un artista había labrado preciosos dibujos.

Luego díjole, más suave:

—Ten cuidado, Clara. Mira que si mi madre supiera que a escondidas he tenido dos novios...

—Por mí, niña, le juro que nunca lo sabrá.

—Lo juras... ¿Y por quién?

—¿Por quién?...

Se quedó un poco perpleja. En realidad, ¿por quién iba a jurar ella, que no tenía afectos, ni ideales, ni ilusiones?

Desde los seis años había conocido el dolor de estar sola; la incertidumbre del mañana, la desesperación del presente. Sus padres... ni los recordaba. Una vecina, cierto día, le había dicho al oído: "Eres hija de un hombre millonario... Algún día puede ser que se acuerde de ti..." Palabras que se quedaron grabadas allí, en el fondo de su pobre cerebro de siete años, como cinceladas en oro, y que a medida que pasaba el tiempo, se agrandaban, se abrillantaban, aumentando sus locos sueños, y sus visiones celestes de niña buena, que nunca conoció una caricia, y que, por lo tanto, la sensibilidad que hacía vibrar su corazón, suavizaba de resignación y de dulzura el escozor de las espinas esparcidas en su camino.

Hacía siete años que se hallaba al servicio de Beatriz. Recordaba que cuando entró en esa casa lujosa, de grandes cortinajes, de costosas alfombras y de riquezas de arte, se quedó como mareada, sin saber qué hacer ni qué decir.

La dueña de la casa se la dió por compañera a su única hija, la que contaba apenas seis años, en ese entonces. Y a partir de ese día, Clara vivió una vida muy distinta. Dormía en una camita blanca, comía ricos manjares, pero eso no lograba satisfacer su almita sufrida de chica grande que ha apurado la copa de la amargura antes de tiempo. Porque la niña, ese bonito "bibelot", esa muñequita rubia, de finos labios rojos y de grandes ojos verdes, la martirizaba en toda forma. Por cualquier insignificancia, la castigaba levantando su manita, breve y blanca, cargada de joyas, y dejándola caer sobre su rostro y sobre su cabello. Clara, al sentir el dolor de ese castigo, lloraba.

—Pero ¿qué es lo que ocurre? ¿Por qué llora la chica? — preguntaba la madre cuando se acercaba, atraída por el llanto.

—Por nada, mamá... De odiosa que es... — decía la niña.

—¡Eres una atrevida! Si no te portas bien con Beatriz, te echaré de aquí.

Y Clara, ante esa amenaza, callaba, ocultando su dolor, su inmenso dolor de niña huérfana, sola y abandonada. ¡No! Ella no quería volver a ese conventillo, donde los chicos le pegaban más, y donde los parientes que la recogieron no le daban ni un pedazo de pan... ¡No! Ella sufriría, se dejaría pegar por la niña, y cuando le doliera mucho, lloraría, sí, pero en silencio, bebiéndose las lágrimas, conteniendo la congoja que quería estallar dentro del pecho.

Y así lo hizo. La niña, criada en ese ambiente de capricho y de mimos, era hipócrita y mala. De todo cuanto ocurría, la culpaba a Clara.

—¿Esa estatua rota? ¿Quién la dejó caer? — preguntaba la madre.

—Clara, mamita... ¿sabes? Ella me dijo que no te lo contara; pero como yo no sé mentir...

Y cuando Clara comparecía, callaba, con la cabeza sobre el pecho y las lágrimas en los ojos. Ella sabía que Beatriz, por darle un empellón, volteó la estatua, pero callaba. ¿Para qué hablar? Esa señora, que le miraba con ceño adusto, no la creería. Y luego, Beatriz, para vengarse, le pegaría más fuerte.



Beatriz se fué desarrollando en ese ambiente de hipocresía y de cinismo. Mentía con la sonrisa en los labios, satisfecha de ser creída.

—¡Oh, mi hija es un ángel! — repetía la madre con orgullo, mientras ella corría a besarla, segura de que su mamita decía la verdad.

Un día, yendo a la escuela, conoció a un hombre. Era alto, erguido y simpático. Y en seguida, pensó en esos héroes de novela, que mueren por la mujer de sus sueños. Tenía entonces catorce años. Y como siempre iba acompañada de Clara, le hizo partícipe de su conquista.

—Tengo novio, ¿sabes? — le dijo con orgullo. — Tú me ayudarás. Puedes salir con más facilidad. Me traerás sus cartas, y le llevarás las mías.

Ese idilio romántico no convenció al hombre. De manera que al mes desapareció para siempre.

Cuando Clara se convenció de ello, le dijo:

—Es mejor así, niña. Si supiera qué miedo tenía de que la señora se enterara... ¡Es tan buena..., y la quiere tanto!

Beatriz, que lloraba desconsoladamente su primera desilusión, al oír las palabras de la sirvienta, se encolerizó.

—¡Vete, vete!... — exclamó, arrojándole un utensilio de "toilette", que fué a dar en pleno pecho de la jovencita.

Lentamente, la niña se fué consolando de la pérdida de su primer novio. Era bella, graciosa. No faltaría quién le dijera todas estas cosas en una linda carta de amor.

Mientras tanto, Clara vivía un ensueño que titilaba inquieto, como una estrellita, en el fondo de su corazón. Allá, frente a la casa, había una quinta llena de árboles y de flores. Y en ella, un joven pálido, de rasgados ojos, que muchas veces la miraba desde un banco blanco que había junto a la reja.

Todas las mañanas, de nueve a diez, el joven se sentaba, y miraba con insistencia la casa vecina. Clara, que atisbaba detrás de los encajes de los vidrios, se complacía en mirarlo. ¡Qué hermosos ojos! ¡Cuánta bondad parecían expresar en sus reflejos serenos!

Una mañana luminosa, en que la primavera parecía besar a la tierra toda, el joven le sonrió. ¡Oh! ¡Cuánta luz puso esa sonrisa en el corazoncito sufrido!... Se había sonreído..., y le pareció que el cielo se entreabría para ella, mostrándole el tesoro divino que encerraba. ¡Una sonrisa! Una pincelada que se pone en los labios para expresar dulzura, amor, emoción..., un hueco lleno de luz, un reflejo que el alma arrebata al corazón, para exteriorizarlo... Una sonrisa a tiempo derrumba una fortaleza; una sonrisa dulce pacifica una tempestad; una sonrisa buena enciende en el espíritu la llamita del amor.

Y pasaron los días. Clara aguardaba el momento aquel que el joven se manifestara con una carta, como aquel otro lo había hecho con la niña Beatriz. Y esperaba, trémula de ansiedad, llena de fe y de dicha.

Una mañana que salió de la casa para cumplir un encargo de la señora, oyó que la llamaban.

—Señorita...

—Se volvió. Junto a ella estaba el vecino...

¿Qué sintió su corazón? ¿Qué beso furtivo rozó su alma? ¿Qué música melodiosa oyeron sus oídos? ¿Qué perfume embriagador se esparció en el ambiente?

—Discúlpeme usted, y no me juzgue atrevido — continuó el joven tímidamente, al ver el rubor que su presencia había provocado en Clara. — Hace tiempo que deseaba hablarla, y no encontraba ocasión... Ahora...

Ella lo miraba tiernamente. Su corazón parecía un pájaro prisionero que gritara por salir.

—Ahora... — continuó — se me presenta la oportunidad de hacerlo.

Sacó del bolsillo una carta, y se la extendió:

—Quiero pedirle un inmenso favor..., un favor grande... Que... le entregue esta carta a Beatriz.

Clara se tambaleó. Un mazazo sobre la cabeza no le hubiera causado ese efecto.

—¿Qué le pasa? ¿Se siente enferma? — preguntó con solicitud.

—No..., no es nada... Deme usted...

(Continúa en la pág. 58)

Antología de los grandes poetas

TENNYSON

ALFREDO Tennyson, uno de los más grandes poetas de Inglaterra, nació en Somerby (Lincolnshire) en 1809, y murió en Aldworth, en 1902. Se educó en el Trinity College, de Cambridge, donde, siendo muy joven, ganó un premio de poesía. En colaboración con su hermano Carlos publicó en 1827, los "Poemas de dos hermanos", y tres años más tarde publicó su libro "Poems chiefly Lyrical" (Poesías principalmente Líricas), que atrajeron la atención de la crítica.

Tres obras posteriores aparecidas con largos intervalos, ("Poesías", en 1833 y 1842; "La Princesa" en 1847, e "In memoriam" en 1850), confirmáronle el alto concepto y la admiración de sus contemporáneos.

Otras obras suyas son: "Los idilios de un rey", "Enoch Arden", "Baladas y otros poemas", "Oda sobre la muerte del Duque de Wéllington", "El santo Graal", "El último torneo", "Gareth y Linnette", "Harold", "Cuentos de enamorados y otros poemas", otras obras poéticas y algunos dramas y comedias, entre ellos: "La Copa", "La promesa de Mayo", "El guardabosque", etc.

Triunfó en todos los géneros, pero se distinguió como poeta lírico de una delicadeza exquisita y por su arte refinado y aristocrático. Se caracterizó muy especialmente por su sentir esencialmente nacional.



Sus dramas no alcanzaron el interés de sus poemas, que le acreditaron como uno de los líricos más exquisitos de nuestros tiempos.

Sus restos se conservan en la Abadía de Westminster, en un monumento situado junto a la tumba de Chaucer.

LA MENTE DEL VATE

A la mente del vate
No tu gracejo frívolo maltrate.
Tú nunca sondarás su pensamiento.
Libre deja que sea
Siempre su pura, su brillante idea,
Como la luz y el viento.

¡Atrás, sofista impío!
El lugar todo está santificado;
Para el desdén, para el sarcasmo frío,
El paso está cerrado.
Agua lustral ahora
Mi mano regará sobre las flores,
Y los laureles, que lo cercan todo,
Perdieran la fragancia y los colores
Si la saña advirtiesen de tu modo.
En tu pupila mora
La muerte, y como heladas
Quedan las plantas al sentir tu aliento
El gárrulo concento
De las silvestres aves, refugiadas
En la densa verdura,
Sólo conmueve al corazón sencillo;
El pronto pajarillo
Que, trinando, publica su ventura,
De la rama caería desmayado
Si entrar te viese en el jardín sagrado.
En medio del jardín surte una fuente,
Relámpago luciente,
Cuyo remiso trueno es melodía;
Porque brote en el césped noche y día
Fecúndala aquel monte
Azul del horizonte,
Y el monte la ha tomado de los cielos;
Entona sin recelos
De inextinguible amor un dulce canto...
Mas, ¡ay!, para tu oído,
Todo el sonoro encanto
De tu ritmo tan claro está perdido
De aquí tus pasos, réprobo, desvía:
Si notase la fuente
Cercana tu impureza, de repente
Su caudal bajo tierra ocultaría.

TRADUCCIÓN DE ZÉNDEGUI

CRUZANDO LA BARRA

Puesta de sol y estrella del crepúsculo.
¡Y una muy clara viéneme a llamar!
Y no se oye ni un eco ni un gemido
Cuando salgo a la mar.

Parece adormecida la marea,
— Tan llena está de espumas y armonía —
Cuando al puerto se acerca suavemente
Lo que surge en la bella lejanía.

Ocaso, y el tañer dulce del Ángelus.
Poco después, profunda obscuridad.
En el adiós no habrá tristeza alguna
Cuando bogue en la azul inmensidad...

Y aunque del tiempo y del lugar el límite
Obligado me vea a transponer,
A mi dulce piloto, cara a cara,
Cuando cruce la barra, espero ver.

TRADUCCIÓN DE MARISTANY

QUIÉBRATE, OH MAR...

Quiébrate, oh mar, quiébrate, oh mar,
En la escollera gris y fría.
¡Oh, no poder articular
Cuanto me dice tu armonía!...

Dichoso el niño pescador
Que con su hermana va jugando,
Y el marinero trovador
Que allá en su barca está cantando...

Y el buque augusto y soberano
Que llega al puerto de partida...
Mas ¡oh, el contacto de una mano
Muerta y el son de una voz ida!...

Quiébrate, oh mar, quiébrate, oh mar,
En la escollera gris y fría.
¡Esa emoción crepuscular
No volverá nunca a ser mía!

TRADUCCIÓN DE MARISTANY

A UNA GOLONDRINA

¡Vuela, vuela hacia el sur, ¡oh golondrina!
Ve a buscarla: detente en el alero
De su balcón, mientras la luz declina.

Tú, que los dos conoces, no te importe
Decirle, que, si el sur es bello y claro,
Es leal, sensitivo y puro el norte.

Si pudiera seguirte allá en su reja,
Cual tú, graciosamente cantaría,
Modulando de amor la dulce queja.

Si tus alas me dieses, en su seno
Reposara tal vez entre sus brazos,
Y allí muriera de ventura lleno.

¿Por qué mi dulce amada se resiste
A mi amor aceptar? Es cual arbusto
Que en el bosque de verde no se viste.

Dile que aquí también tú has anidado;
Que, si en el sur me siento voluptuoso,
En el norte mi nido está formado.

Amor es largo — di — la vida es breve;
Si en el norte son cortos los estíos,
En el sur, de la luna es corto y leve

El fulgor. Vuela, vuela, ¡oh golondrina!
Gana su corazón; y por la reja
Dile que al sur mi paso se encamina.

TRADUCCIÓN DE EULATE SANJURJO

LO QUE DICE EL PAJARILLO...

¿Qué murmura el pajarillo
En su cándida armonía,
Al nacer el claro día?
"Madre, déjame volar".
"Pajarillo, ten paciencia;
Eres tierno, sé cobarde".
El aguárdase; más tarde
Podrá el vuelo remontar.

En tu lecho, a la mañana,
¿Qué murmuras, niña mía?
"Como el pájaro querría,
A otro mundo remontar".
"Duerme más, tierna criatura.
Te dará fuerzas el sueño,
Y podrás, mi dulce dueño,
Como el pájaro volar."

TRADUCCIÓN DE EULATE SANJURJO

CANCIÓN DE "LA HIJA DEL MOLINERO"

Son tan grandes sus hechizos,
Es un prodigio tan bello,
Que envidio a las arracadas
Que tiemblan ruborizadas,
Y se esconden en sus rizos,
Porque han besado su cuello.

De su talle primoroso
Quisiera ser cinturón,
Y sentir contra mi pecho,
Bien estrecho, bien estrecho,
Ya agitado, ya en reposo,
Su adorable corazón.

Y de su seno hechicero
Ser el collar deseara,
Y por suspiros mecido,
Reposar adormecido,
Tan en calma, tan ligero,
Que al dormir... me conservara.

TRADUCCIÓN DE MARISTANY

¡OH, SI POSIBLE FUESE!...

¡Oh, si posible fuese,
Tras del dolor pasado,
Tras de la eterna ausencia,
Sentir los brazos de mi Amada, un día,
Que de nuevo me estrechan!

Una sombra muy pura
Ante mis ojos vuela,
Mas no eres tú, aunque en líneas indecisas
Tu figura recuerda...
¡Dios mío, si posible fuese un día
Una hora siquiera,
Ver las almas que amamos y rogarles
Que nos mostraran la región etérea
Donde moran, y diérannos la clave
De su inmortal esencia!...

TRADUCCIÓN DE EULATE SANJURJO

BAJA, GENTIL DONCELLA...

Baja, gentil doncella, de la cima
Del monte; ¿qué placer allá en la altura,
(Como cantó el pastor) entre las nieves
Se ofrece en panorama a tu alma pura?

¡La vida es tan bella!... Ven; desciende;
Contempla al sol acariciar los pinos,
Y poner, en la copa de los árboles,
Una luz de reflejos diamantinos.

En el valle está Amor. Sal a su encuentro,
Que, feliz, él te espera en los umbrales:
Es púrpura en la flor, cobre en la viña,
Oro pálido y tibio en los maizales.

Con los cuernos de plata de la Aurora,
Viene, pero no caben en el lazo
Que forman los torrentes, desprendiendo
Sus aguas por el borde del ribazo.

Amor está en el valle. Que las águilas
Formen su nido en la nevada cima,
Y coronen de espuma su cabeza,
Que un orgullo justísimo sublima;

Mas tú no las imites; baja ahora;
Te espera el valle; azul columna de humo
Elévase; las voces de los niños
Se escuchan; yo te ofrezco mi amor sumo,
Mi flauta de pastor... ¡Oh, cómo es dulce,
Más que cualquier sonido, de la flauta
La nota! Mas supérala en dulzura
Tu voz, que a la armonía dió su pauta.

Los riachuelos juegan sobre el césped,
Se arrullan en sus nidos las palomas,
Zumban, cortando el aire, las abejas,
Y el sol dora la cumbre de las lomas...

TRADUCCIÓN DE EULATE SANJURJO



"De esta manera las horas se deslizaban..."

Confesión de amor

Por CARLOS RAHOLA

Ilustración de Reyharp



AQUEL verano, al llegar al pueblecillo blanco, Noemí Sanz sintióse enferma, pero supo resistir durante algunos días, con verdadero heroísmo, el dolor, porque, nostálgica del mar, su "viejo amigo", quería abandonarse largamente a la delicia de su contemplación.

Salir de un largo cautiverio en la ciudad de muros negruzcos, bajo un cielo siempre gris, sin diversiones ni placeres, esperando en las veladas interminables de invierno aquel momento de emoción inefable en que, al detenerse la diligencia en lo alto del collado, se veían allá abajo las casitas deslumbrantes bañadas por el mar..., y encontrarse con que al llegar a la tierra prometida le era forzoso estarse encerrada en su cuarto días y días, parecíale una crueldad sin nombre, y todo su ser se rebelaba contra ella.

Así, luchó con la enfermedad, corriendo, como una niña, por la playa, yendo a sumirse con sus compañeras en el misterio de las calas de aguas esmeraldinas o perdiéndose entre los pinares armoniosos. Aquí y allá hacía revivir miríadas de pequeños recuerdos, agradables o tristes, del último verano. Sobre la roca negra, Marta, que las buenas gentes del pueblo creían maestra en arte de brujería, le había contado una conseja; en el camino de los alciones, ¡cuántas veces había entrado, para guarecerse de la lluvia, en la cabaña del tío Ramón, que le repetía llorando las tristezas de su soledad, desde que se le murió la "vieja"! Y ahora el tío Ramón tampoco estaba; también había muerto; y su casuca de pescador abandonada era refugio de aves agoreras en la noche.

Noemí procuraba mostrarse valiente; quería que la naturaleza la curara; con esta esperanza aspiraba el olor del mar y el aroma de los pinos. Cuando mamá Valentina le decía: "¡No seas loquilla! Te conviene reposar. Vendrá el médico", ella, sempiternamente, contestaba: "El mar cura, mamá. No es menester el médico. Ya sabes que tengo horror a las medicinas."

Mas el círculo violáceo de sus bellos ojos negros, los pómulos encendidos y los labios pálidos denotaban los sufrimientos de Noemí; hasta que una tarde, silenciosamente dorada, en que ella, poderosa, engrandecida por una bravura de virgen legendaria, habíase obstinado en remar sobre las aguas encalmadas cual las de un lago, tuvieron que conducirla a su casita que, como todas las del pueblo, como la misma iglesia era blanca, de una blancura impintа.

Era un cuadro de una belleza conmovedora: entre su hermano Eugenio y el poeta Pepe Ayala, a quien mamá Valentina consideraba como un hijo, Noemí apenas tenía que caminar: aquellos dos seres eran dos fuerzas que la conducían con suavidad, como a una colegialita. Pero ella de tiempo en tiempo deteníase burlándose del dolor, y decía palabras de travesura y de gracia a sus amigos, en cuyos rostros juveniles veíase pintada la tristeza. Parecía como si quisiera abrazar al crepúsculo y llevarse a su cuartito, donde adivinaba que estaría encerrada muchos días, aquel azul transparente y nítido y aquellas sutilísimas gradaciones rosadas que se diluían en el horizonte hasta confundirse en vaga sinfonía de color con el morado milagroso del cenit.

Cuando llegó al zaguán de la casita, ¡pobre Noemí!, dos lágrimas rodaron lentamente por sus mejillas, y en un gesto de silenciosa desesperación, volvióse, extendiendo los brazos hacia la gran maravilla azul.

Después tuvo que pasar días y días en su cuarto, cuyo balcón daba al mar. Desde su lecho, a veces, en la lejanía de agua, adivinando el paso majestuoso de una nave, pensaba en aquellos seres que navegaban, y sentía deseos de ir lejos, hacia tierras de ensueño...

El mal iba cediendo por sí solo: era una enfermedad hecha de inquietudes indefinibles, de dolores guardados en la urna del corazón, de tristezas sin fundamento que la producían un cansancio mortal; angustias del pasado y presentimientos de un futuro que quién sabe lo que escondía en sus entrañas enigmáticas. Porque Noemí siempre se imaginaba las cosas más desconsoladoras, y sufría sin causa aparente: su alma, sensible, era como una lira magnífica que vibraba al más leve dolor. La fealdad la horrorizaba y las miserias la atormentaban en lo más vivo de sus entrañas.

Pepe Ayala, enfrascado toda la mañana en sus estudios de Derecho y Filosofía, se pasaba todas las tardes al lado de Noemí. Como le habían prohibido musitar una sola palabra, permanecía callado "como un santo", al decir de mamá Valentina, a la cabecera del lecho, atento a la más ligera indicación de la enferma. Pero ésta, que tenía la clarividencia de los calenturientos, veía plasmarse en el silencio el canto de aquella alma infantil y beata, que, siendo canto ella misma, no podía dejar de cantar nunca. Indudablemente *algo* hablaba en los ojos del poeta que sólo Noemí podía comprender.

De esta manera las horas se deslizaban como segundos, y frecuentemente ella pensaba que era una felicidad estar enferma, pues en compensación sentía el influjo divino de una mirada cariñosa y pura y recibía la ofrenda de una vida noble para la cual el amor se convertía en sacrificio.

Un día hablaron. El misterio de la tarde moribunda había entrado, aladamente, en la estancia, y ambos a un tiempo exclamaron:

—¡Cuánta belleza!...

Pepe Ayala cogió entre las suyas la mano que Noemí le abandonó, y hablaron, hablaron de cosas inefables, de estrellas, de versos. Ella le dijo:

—Mira: hace algunas noches, antes de venir al pueblo, descubrí en la constelación de Orión, una nueva estrella... Está en una laguna de sombra, y más que verse se presiente... Es invisible y solitaria. Es otra amiga mía, Pepe, es una "hermana". Yo la quiero mucho, y como sé que carece de nombre, quisiera ponerle uno.

—Pero si ya lo tiene! —exclamó Pepe. —Se llama... Noemí..., tu nombre. También tú, hasta hace poco, eras para mí como esa estrella hermana, invisible y solitaria. ¡Quién sabe! Acaso ella no ignora que tú la quieres.

Noemí, sonriendo inefablemente, contestó:

—Tal vez tienes razón..., aunque seas poeta, o precisamente porque eres poeta me figuro que estás en lo cierto... En algún libro he leído que quizá los poetas son los únicos seres de nuestro mundo que no van equivocados y que los soñadores son los dominadores de las realidades eternas... Yo, cuando esté buena, contemplaré todas las noches la estrellita que está en Orión... Lo ignoramos todo, todo, y acaso así sea mejor... Quizá por una especie de afinidades que todavía se han de descubrir, que tal vez no se descubran nunca, la estrella... Noemí... sabe de mí.

La enferma, exaltándose, casi deliraba. La fiebre ponía un fulgor extraño en aquellos ojos tan dulces y tan obscuros. Bajo el cobertor de seda carmesí, Pepe Ayala adivinaba la idealización sublime de la forma.

En aquel momento entró mamá Valentina, y con su simpática gravedad ordenó silencio.

—Nena, nena; volverás a ponerte malita... Y tú, Pepe, yo me figuraba que tenías más cordura...

—¡Si no hemo hablado, mamá!

—¡Si no hemos dicho nada!

—Si no eres juicioso no entrarás más —dijo seriamente la venerable dama, saliendo.

Pepe aun tenía entre sus manos, religiosamente, aquella mano de una blancura casta, perfumada como una rosa.

Súbita, una idea acudió a su mente y se apresuró a ejecutarla; allí cerca, en la sombra invasora, estaba el Pleyel. ¿Por qué no podría decir en el Pleyel aquella intensidad definitiva del momento? Ayala miró a Noemí y sintió en su corazón la lumbre de sus bellos ojos. Noemí era una abúlica que sabía infundir voluntad a los demás: una indicación suya era un estímulo al heroísmo.

Pepe corrió al piano, pero al poner las manos sobre el teclado oyóse una queja, un gemido, un sollozo... El Pleyel añoraba las evocadoras manos de Noemí, sabias para hacer vivir poderosamente las más exquisitas melodías... El poeta volvió a la cabecera del lecho, y muy quedo, musitó:

—Mira, Noemí: lo sabré decir todo, todo. Siento en mi alma como un enjambre de estrofas de oro que quieren revelarse en la luz inmortal. Por ti, por tu bondad y tu belleza, yo siento, ¡amada mía!, el mandato de la creación. Es un pasmoso florecimiento en mi alma, en esta alma, que, gracias a ti, es un jardín de lo más selecto, donde las flores se abren enamoradas de la claridad que tú irradias.



Y, ávidamente, tornó a apoderarse de la mano amada. Las dos manos se transmitieron un estremecimiento divino. Fué la unión santa de dos almas.

Mamá Valentina entró con una tacita de leche. Pepe quiso dársela él mismo a Noemí, que la sorbió dulcemente. La dama presintió la atracción de aquellos dos seres y sonrió. Pepe era bueno; su porvenir era brillante; sin duda sabría hacerla feliz. Y con su espíritu bendijo aquel amor.

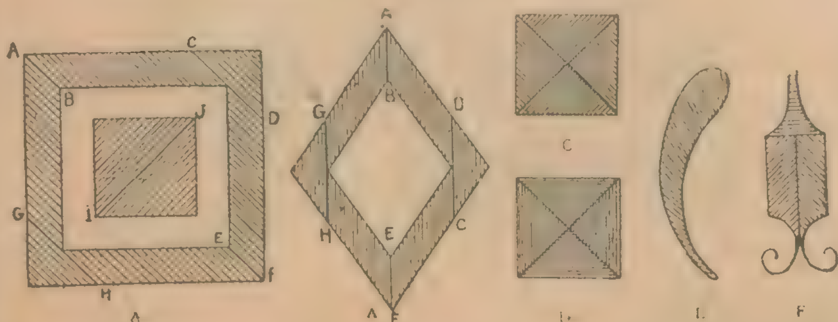
Allá fuera, tras los cristales, cielo y mar confundíanse en una sombra rumorosa. Oíase el rítmico palpitar de las olas sobre los peñascos.

La obscuridad había invadido la estancia. Sobre el piano, entre graciosas figulinas de Sèvres, dos ramitos de retama eran dos manchas de oro claro; y como en los cuadros de Eugenio Carrière, sólo se destacaba luminosamente la frente de Noemí coronada de obscuros rizos y la blancura inmaculada de la mano.

Guía de la mujer práctica

LAS LABORES A LA AGUJA

La técnica del punto al "pasado"



FIGURAS GEOMÉTRICAS QUE INDICAN LA FORMA EN QUE DEBE HACERSE LA MARCHA DEL PUNTO AL "PASADO"

EL bordado al "pasado", que vuelve a estar en boga después de muchos años, tuvo su apogeo en los siglos XVII y XVIII. Los pintores de talento no desdeñaban componer dibujos para ser ejecutados por los maestros del bordado y de la tapicería de entonces.

El "pasado" no es otra cosa que un punto de lanza, derecho u oblicuo, que abarca la tela de un lado y otro. Si bien el principio de punto es siempre el mismo en sus diversas interpretaciones, su técnica difiere bastante en sus diferentes estilos.

El "pasado" simple, llamado también plano, es el más usado hoy en día en el bordado de vestidos, y en otras labores decorativas. Consiste en un punto horizontal, vertical u oblicuo, y se hace generalmente en colores planos.

Este punto en sí no presenta dificultad técnica aparente; se hace en el bastidor, una mano arriba y otra debajo de la tela, y adquiere una gran regularidad y nitidez perfecta. Si bien el punto es de una ejecución fácil, es necesario buen gusto para repartir las masas y dar al punto las direcciones más convenientes para los motivos que deben ejecutarse.

Las flores pequeñas se hacen a puntos en forma de rayos, del centro al exterior; y las hojas con puntos oblicuos.

Usado para el bordado de vestidos, el "pasado" sirve generalmente para desarrollar motivos geométricos o en barritas. Si se quiere, por ejemplo, hacer un marco cuadrado para un almohadón, conviene empezar por el ángulo de la izquierda (A B, fig. 1), tomando por dirección exacta e inicial la línea que une el ángulo exterior A con el interior B, y ajustándose bien a la línea del dibujo para obtener contornos nítidos. Al llegar al ángulo C D, el punto abrazará toda la base del triángulo C D, se completa el ángulo de puntos oblicuos y se continúa hasta E F, que el último punto corta exactamente, haciendo equilibrio con A B. Continuando la barra, se obtiene en G H un ángulo análogo a C D. La figura será así nítidamente equilibrada, y la ejecución será rápida y fácil.

En un rombo, se procede de la misma manera, pero empezando por la parte de arriba, y utilizando lo más posible el punto vertical.

Cuadrados planos se ejecutan preferentemente a puntos oblicuos. Cuando los cuadrados son grandes, es difícil mantener los puntos verticales u horizontales perfectamente paralelos, de suerte que al llegar al final del motivo, los puntos, ligeramente desviados, suelen ofrecer una base irregular y difícil de terminar. Es preciso, pues, recurrir a que los puntos no sean muy largos. Cuando los cuadrados son de grandes dimensiones, se dividen en cuatro triángulos, separados por puntos de tronco. Estos triángulos se hacen de puntos derechos horizontales y verticales, dos a dos, los triángulos opuestos; si se hacen puntos oblicuos, se prescinde del punto de tronco.

Lo que se lleva Los modelos de "velours" triunfan para los vestidos de noche y de paseo. En los modelos de vestidos para la noche, se usan los lindos colores de las piedras predilectas, como el rubí, el zafiro y el topacio; en cambio para el día los colores de preferencia son el negro, el castaño y el verde obscuro; el negro, particularmente, hace muy elegantes "toilettes" discretamente combinado con el blanco. Se hacen muy ingeniosas combinaciones de tres piezas, en virtud de las cuales un mismo modelo se transforma en un "manteau", en un "tailleur" y en un vestido de paseo.



La capa es el abrigo más "chic" para acompañar los vestidos de noche

Los vestidos abrigos, siguen usándose derechos, con un movimiento cruzado natural que los cierra, y se estilan para "toilette" de paseo; pero las capas son consideradas cada día más clásicas y apropiadas para la "toilette" de noche.

Comúnmente, las adornan hábiles imitaciones de pieles, cuando no son pieles legítimas de precios elevados.

Los "crêpes" opacos, sin brillo, se usan siempre para los sencillos vestidos de "dîner", que tiene un lucido realce, por su transparencia, sobre visos de tela plateada o "lamé".

Al margen de la moda El vestido negro, que fué durante mucho tiempo considerado lo más elegante, sin adorno, sin bordados, resulta, al presente, melancólico; lo que en otros tiempos concentraba el mayor esplendor de una fiesta o reunión, actualmente casi desentona en la misma.

Los colores vivos son los preferidos sin destronar, desde luego, la justa boga del blanco.

El blanco, que hasta ahora había sido patrimonio de las "debutantes", ha pasado a un dominio más vasto, pues no sólo resulta ahora bien en toda señorita joven, sino también en una señora, aunque no sea precisamente joven.

Guía de la mujer práctica

La melenita Además del hábil procedimiento que dimos a conocer en el número último para imitar con un ingenioso peinado el estilo de la moda del cabello corto, existe, como muy fácil de realizar y no menos ingenioso, otro, que es el de que da idea clara el grabado.

Igualmente que en el caso anterior, hace falta no tener más que un rodete poco voluminoso para añadirle la erizada franja de cabello suelto que muestra el grabado. Todo el efecto se obtiene, como se comprenderá, mediante la peineta circular que se aplica.



Franja de cabello sostenida por una peineta circular muy práctica para imitar el corte de melenita

Este postizo original, que da la impresión de los cabellos cortos, está teniendo bastante éxito.

Es fácil darse cuenta que esta melenita sobre el peinado se improvisa fácil y rápidamente, y gracias a este procedimiento, como al que dimos antes, se puede tener peinado largo o corto, a voluntad, y agradar así a todo el mundo, por diferentes que sean sus gustos.

El secreto de algunas novedades Es seguro que, como un reflejo de la primavera europea, tendremos también nosotros para la venidera estación de las flores, la moda de las cintas en el adorno de trajes y sombreros.

Se afirma que costó más de doscientos mil francos a los fabricantes franceses de cintas, el conseguir que este adorno femenino volviese a imperar.

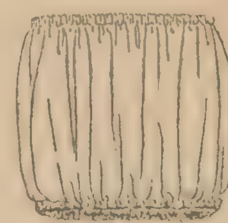
Caprichos de la moda De un encanto gracioso, primorosamente exótico, el estilo de los grandes zarcillos ha cautivado a todas las elegantes. Los aros de jade decorados con perlitas; los pendientes de rojo coral; las piedras irregulares engastadas en monturas de filigrana de oro ponen una nota alegre y animada en los lóbulos nacarados que embellecen.

El sombrero Frégoli Respondemos hoy al interés despertado en nuestras lectoras por el interesante y original modelo de sombrero Frégoli, que dimos a conocer en el número 762 de El Hogar, ofreciendo algunos nuevos datos ilustrativos convenientes para su confección, tales como los modelos de la copa y del "manchon" que sirve a ésta de "draperie" movible, y que se comprenderá fácilmente en los grabados respectivos incluídos en esta nota.



La forma de la copa del sombrero Frégoli, hecha en "sparterie" y sobre la cual se coloca a capricho el "manchon", cuyo modelo va a continuación

Con esta nueva información que completa la explicación precisa e indispensable para la ejecución de dicha prenda, tenemos por seguro que el gracioso y característico sombrero Frégoli servirá este invierno de agradable ensayo para muchas de nuestras lectoras, que desean verse agraciadas por la interesante forma variable.



El "manchon" que sirve de "draperie" movible a la forma "cloche" con que se arma el sombrero Frégoli

El encanto del terciopelo Pocos tejidos de moda tienen un éxito tan justificado y permanente como el terciopelo para los vestidos de todo momento, y especialmente para los de "soirée".

La gracia deslumbrante de este tejido, la sobria elegancia de las "toilettes" que con él se confeccionan, son atractivos demasiado seductores para que su uso pueda llegar a ser desdeñado.

Los vestidos de terciopelo pueden llegar a prescindir por completo del adorno, pues lo primoroso de la tela es ya de por sí un adorno suficiente.

Tal es el modelo de la figura que acompaña estas líneas, cuya graciosa simplicidad es el mayor atractivo.

De corte recto y preciso, va apoyado en la cadera por algunos pliegues, cayendo solamente un largo paño de terciopelo drapeado en el talle por un grueso moño.

Si fuera necesario, para darle más vuelo a este vestido, puede hacérsele abierto bajo el paño drapeado.

Elegante vestido de terciopelo de color, ligeramente drapeado en las caderas



EN LA CASA DE MODAS

Anciano (que asiste por primera vez a una exhibición de modelos vivos). ¡Qué aspecto tienen! ¿De qué se habrán ofendido?

(DE "THE HUMORIST", LONDRES)


DÖRFEL

Actualidades gráficas

INAUGURACIÓN DEL ASILO MANUEL ROCCA



El presidente de la República, el ministro del Interior, damas de la Sociedad de Beneficencia y demás personas que asistieron a la inauguración oficial del Asilo Manuel Rocca



Niñitos del Asilo Manuel Rocca, escuchando el Himno Nacional durante los actos de la inauguración del edificio, que se realizó el sábado 31 de mayo

"KERMESSE" EN EL CENTRO ESCANDINAVO





Damas de las colectividades de Suecia, Noruega y Dinamarca, que participaron de la "kermesse" realizada el viernes último en el Centro Escandinavo, con objeto de reunir fondos para el nuevo edificio del Club Remeros Escandinavos, que se construye en el Tigre

TARDES CRIOLLAS EN LA SOCIEDAD RURAL







Algunas escenas criollas y grupo de participantes de las fiestas realizadas últimamente en la Sociedad Rural, organizadas por la Sociedad de Arte Nativo

FOTO CADADA

De la vecina orilla

CONMEMORACIÓN DEL 25 DE MAYO



Miembros de la diplomacia y familias de la colectividad argentina, en los salones de la Legación, donde fué ofrecida una recepción, el 25 de Mayo, para conmemorar el aniversario patrio

DEMOSTRACIONES



Banquete ofrecido al presidente de la Cámara de Comercio Argentina, señor Guillermo Padilla, con motivo de su reciente estada en Montevideo

El doctor Víctor Lascano, ex presidente del Club Argentino, con los ami uruguayos, que le ofrecieron un banquete con motivo de su partida



La distinguida dama brasileña señorita Gabriela Botafogo, rodeada de parte de la concurrencia a la fiesta que le fué ofrecida en la Legación del Brasil

Comida ofrecida por el ministro de Italia en el Uruguay al ministro de Bélgica y su esposa, con motivo del viaje de éstos a Europa

EL DÍA DEL IMPERIO BRITÁNICO

ARTISTAS PARA BUENOS AIRES

REUNIÓN INFANTIL



El ministro de Inglaterra y algunos de los concurrentes a la recepción ofrecida para festejar el "Empire Day"

Compañía Caramba-Lombardi, a bordo del "Tomaso di Savoia", a su paso por el puerto de Montevideo

Concurrentes a la fiesta infantil en ocasión del cumpleaños de la niñita María Hortensia Mañé Garzón

FOTO. ADAMI

Nuestro gran mundo



FOTO WITCOMB

SEÑORITA DOLORES ELORTONDO ANCHORENA

FOTO CHANDLER-ZURETTI

SEÑORITA ANA CASTRO FEIJOO, *que contrajo enlace ayer con el señor Enrique Bonomi*



FOTO CHANDLER-ZURETT

SEÑORITA ANA MARÍA AUBONE

Actualidades varias

La evolución de las costumbres...



El lector supondrá, al contemplar esta fotografía, que se trata del estreno de alguna revista del Porteño, del Bataclán o del Casino, ¿no es eso? Pues no: son las alumnas de la Escuela Normal Mixta de Mercedes (provincia de Buenos Aires), conmemorando... ¡el aniversario del 25 de Mayo! Ante semejante espectáculo, es muy posible que las austeras patricias de 1810 no aprueben estas singulares consecuencias de la pedagogía ultramoderna...

FOTO E. F. SOUKOP

EXPOSICIÓN DE ARTE



El joven pintor ruso Miguel L. Ourvantzoff, que presentará, por primera vez, sus trabajos a nuestro público, en los salones de la Comisión Nacional de Bellas Artes, del 2 al 16 de junio

FOTO "UNIVERSAL"



Un aspecto del nuevo salón de te inaugurado recientemente en la tienda "San Juan", a cuyo acto, celebrado con fines de beneficencia, acudió una crecida concurrencia

FOTO L. DONOSO

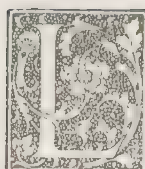
El príncipe de Gales amenazado en su soltería

La reina María de Rumania se halla empeñada en casarlo con su hija Ileana





La reina María de Rumania



La feliz soltería del príncipe de Gales se halla seriamente amenazada. El plácido nieto de Eduardo VII, que últimamente ha atraído la atención de las gentes por sus aficiones a la danza, es la víctima propiciatoria para realizar los esponsales de la bella hija de los reyes de Rumania, princesa Ileana de Rumania.

El reciente viaje de esos reyes a París y Londres ha dado pábulo a esas versiones, y lo que hace creer en la posibilidad de su realización es el hecho que la persona empeñada, al parecer, en que ocurra así, es la reina María de Rumania, probablemente la mujer, de la realeza europea, más afortunada en planes matrimoniales. Su habilidad en eso es reconocida sin discusión. Nieta de la reina Victoria de Inglaterra, y antigua princesa de Saxe-Coburgo-Gotha, sus esfuerzos tienden a estrechar las relaciones de las monarquías de Rumania con Inglaterra, por medio del enlace de su joven hija con el príncipe heredero de la corona británica. La propia actitud de la reina María, al contraer enlace con un católico, hace prever el allanamiento de toda dificultad que pudiera surgir por diferencias de religión. La princesa Ileana cuenta actualmente sólo quince años, y es una consorte de fácil elección para el príncipe de Gales... siempre que la política exterior de la Gran Bretaña pueda ser persuadida, y ver las cosas como las ve la reina María de Rumania.



La princesa Ileana

El rey Fernando, de ese país, en su reciente estada en la capital de Francia, se mostró reservado, pero el hecho de suspender su viaje a las cortes de Italia y España, por un súbito enfriamiento de las relaciones con las monarquías de esos países; los agasajos recibidos en sus viajes a Bélgica e Inglaterra, vienen a confirmar a los ojos de los que hilan delgado en estos asuntos, que la tentativa de entroncar la casa reinante de Rumania con la de los Windsor, no ha sido rechazada en principio.



El príncipe de Gales

Igual que su predecesora, Carmen Sylvia, la reina María es de gran inteligencia, y demuestra el mayor interés por los sucesos del mundo.

Cuenta con amigos en todas partes, y la semana que estuvo en París, casi podría ser llamada "la semana de la reina María".

Ella posee un excelente sentido de lo discreto, y sabe dar la nota de efecto cuando llega el caso. En su visita a París, supo conquistar nuevas simpatías.

El rey y la reina de Rumania organizaron sus planes para estar en Londres el 25 de mayo, aplazando, al efecto, el príncipe de Gales, su anunciado viaje a Sud África.

El gobierno laborista, sea como se quiera, es un gobierno de la Gran Bretaña, y no tiene más remedio que hacer lo que han hecho todos los gobiernos de ese país, cuando se trata de huéspedes reales.

A despecho de cuanto se ha hablado del matrimonio de la princesa Ileana con el príncipe Paul de Grecia, y el rey Boris de Bulgaria, la reina María de Rumania no ceja en sus propósitos de hacerla esposa del príncipe de Gales.

Su pertinacia en ello es fácilmente comprensible. Debe recordarse que es hija del extinto duque de Edimburgo, hermano de Eduardo VII, y es prima del actual rey de Inglaterra.

Con sus vinculaciones de parentesco goza de gran favor en la corte londinense, y por ello se encuentra en situación privilegiada para desarrollar su plan.

Por otra parte, la reina de Rumania ha obtenido ya grandes éxitos en la tarea de casar a gentes de sangre azul. Consiguió que su hijo Carol, el príncipe heredero de Rumania, se casara con la princesa Elena de Grecia, en el año 1921, lo que vino a consolidar las relaciones entre las dos monarquías balcánicas más poderosas.

Su hija mayor, la princesa Elisabeth, casóse a consejo de ella, con el príncipe Jorge de Grecia, quien llegó hasta el trono de su país, aunque ahora se encuentre en el exilio. Esta boda se celebró con un mes de anticipación a la del príncipe Carol, y aunque se considera desafortunada la primera, se cree que la segunda ha venido a salvar la situación.

Un año después, en enero de 1922, su hija, la princesa María, casó con el rey Alejandro de Yugoeslavia, y ahora le quedan solamente dos hijos solteros: el príncipe Nicolás, de veintiún años de edad, y la princesa Ileana.

Como se ve, la reina de Rumania sabe casar a los suyos, lo que explica las habladurías que despierta la nueva empresa matrimonial en que se halla empeñada esta vez, y que va directamente al príncipe de Gales, uno de los hombres más disputados por las princesas de su país y del extranjero.

Parecerá envidiable a muchos esta solicitud principesca con que es codiciada la mano de los herederos de tronos; pero no siempre piensan así los favorecidos, a quienes no siempre place ver sacrificada su juventud en las redes de la conveniencia.

Un gran pintor argentino: Antonio González Moreno


UN gran pintor argentino, que tiene obras de mérito, que expone con frecuencia, y que realiza periódicos viajes a su país desde Francia, es Antonio González Moreno.

Aquí se le conoce poco; su nombre no es de los que se barajan familiarmente en las conversaciones de artistas del pincel y del lápiz. Sin embargo, ha expuesto en nuestra capital algunas de sus telas; pero como ya han transcurrido seis años desde ese hecho, pocos, muy pocos lo recuerdan. Tal vez no tenga esto mucho de extraño, ya que González Moreno se ha criado desde la más tierna infancia en París, donde se educó y aprendió su arte, exponiendo casi siempre en Europa.

Pero lo que sí atraerá, sin duda, la atención, es la absoluta ignorancia del idioma castellano por parte de este artista, que ha nacido en suelo argentino. Sólo entiende y sabe expresarse en francés...

Ha estado en Buenos Aires hace pocos días, y hemos tenido oportunidad de hablar con nuestro compatriota. Nos explica su ignorancia del idioma castellano:

—No dejo de comprender que ha de causar bastante extrañeza el que siendo yo argentino e hijo de argentinos, no hable nada en castellano... Pero ello se explica; toda mi educación ha sido puramente francesa. Fuí llevado a Francia siendo muy pequeño, y cuando solamente contaba cinco años de edad, falleció mi padre. Dos años más tarde perdí a mi madre, y, desde entonces, continuó mi educación en colegios de Francia. Hice más tarde algunos viajes cortos a la Argentina; pero mi residencia fué siempre París, y lo será hasta que perfeccione por completo mis estudios. Después pienso radicarme definitivamente aquí, en mi patria, pues esto constituye uno de mis más caros anhelos.

—¿Tiene usted parientes aquí?

—Cuento con numerosas relaciones y parientes, pues soy sobrino del que fué intendente de Buenos Aires, don Torcuato de Alvear.

Preguntamos a González Moreno sobre sus cuadros, sus exposiciones, los éxitos que ha tenido. Contesta con modestia a nuestras preguntas. No se extiende en consideraciones acerca de su obra personal. Sólo algunos detalles, como para salir del compromiso. Nos dice:

—Dentro de un año o año y medio, pienso tener un número suficiente de telas para exponer al público argentino. Haré figurar una titulada "Jazz!", que pertenece a una colección de bailes de los países que he visitado; para otra tela de la misma serie acabo de documentarme aquí, respecto a una danza nativa.

—¿"Jazz!" es conocida?

—Sí; la presenté el año pasado al Salón anual de artistas, de París, obteniendo medalla. Este cuadro tuvo mucho éxito, y fué reproducido por un gran número de revistas. También se hicieron unas postales, que se vendieron muy bien en París.

Luego, prosigue:

—Tengo hechas algunas exposiciones. Aquí hace unos años, expuse en el Salón Costa, con éxito... Actualmente tengo una tela, "Gitanas españolas", en el Salón que se está realizando en París. No sé qué suerte correrá, pues los premios sólo se otorgan en los últimos días del Salón. Mi cuadro se exhibe en la sala de artistas extranjeros, que por primera vez figura en esta exposición. También he expuesto en el Salón de arte decorativo latinoamericano, y Sociedad de Pintores Sudamericanos que preside el señor Olazábal.


"JAZZ!"
Cuadro de González Moreno, que alcanzó gran éxito en París y en Londres


Antonio González Moreno, en "pose" para "El Hogar"


"GITANAS ESPAÑOLAS"
Tela de nuestro compatriota, que este año figura en el Salón de París

Saliendo del terreno personal, González Moreno nos da unos interesantes detalles respecto a las dificultades que se ofrecen a los pintores que intentan figurar en el Salón de París.

—No cabe duda — nos dice — *que el exponer allí tiene mérito. De mil quinientas obras enviadas al último concurso, sólo setecientas fueron admitidas... Sesenta son los miembros que componen el jurado, los cuales, colocados a una distancia reglamentaria de acuerdo con las dimensiones de la tela, observan por primera vez los cuadros, sin llegar a distinguir la firma. En esta forma, los miembros que creen conveniente la admisión de la tela que tienen ante la vista, levantan el brazo; y sólo habiendo más de la mitad por la afirmativa, el cuadro es admitido.*

—¿Y para otorgar los premios?

—El jurado trabaja públicamente. Cada miembro pasa por delante de los ~~cuadros, y va~~ colocando en una bolsita una de las muchas bolillas negras o coloradas que lleva consigo. Luego se hace el recuento de bolillas de cada cuadro, y el que obtenga mayor número de las coloradas es el que triunfa.

—¿Exponen mucho, y son conocidos los artistas argentinos en esos salones?

—No; puede decirse que la pintura argentina es casi desconocida allí. Ello se debe en gran parte a la falta de conocimiento del público francés en lo que se refiere a otros pueblos. Allí saben que tal obra es del extranjero Fulano; pero casi nunca, tratándose sobre todo de artistas americanos, se ocupan en averiguar de qué país es el autor. En la denominación de "americano", entran argentinos, ~~brasileños, o~~ salvadoreños; no importa el país de origen.

Le preguntamos si cree en el éxito de una exposición de obras puramente argentinas en París. Con marcado entusiasmo, nos contesta González Moreno, y da muestras de admiración por el arte nativo, mostrándose sincero y manifestando su optimismo en alabanzas para la obra de algunos pintores de aquí.

—Los artistas españoles expusieron, el año pasado, en París, y tuvieron un enorme éxito. Allí se evoluciona poco, y atrae mucho la atención todo lo qu

FOTO CABADA

(Continúa en la pág. 47)

El campeonato para damas del Buenos Aires Law Tennis Club



Señoritas Bolster y Sinnot, que intervienen en el campeonato del Buenos Aires Law Tennis Club



Señorita Lilly Moss, que obtuvo el título de campeón rioplatense de "tennis" de 1924, batiendo en las finales a la fuerte jugadora señora Aguirre



El presidente de la institución, señor Woodgate; señora de Keen y señoritas Lagos, Wegner, Lozano y Keen



Señoritas Elena Lozano, Josefina Lagos, Carmen Wegner y Girlan Keen



Señoritas Keen, Cabrett y Fitte, esperando turno





Señoritas Ortega Belgrano, Gallo y Mihura



FOTO CABADA

Informaciones del extranjero

EN LA ALTA SOCIEDAD DE ARGEL



Madame Pierre Guianchain, luciendo el vestido persa que usó en un baile celebrado en el Hotel San Jorge

LOS SOBERANOS DE RUMANIA EN PARÍS



La reina de Rumania y madame Millerand, en la carroza presidencial



S. M. el rey de Rumania y el presidente de la República francesa, M. Millerand, al salir del Eliseo

FOTO DEL CORRESPONSAL ESPECIAL DE "EL HOGAR" EN PARÍS

TURÍN. — EN HONOR DE UNA ACTRIZ ARGENTINA



Recepción organizada por la "Associazione Latino-Americana" de Turín en honor de la actriz argentina señora Hina Spaní



ACTUALIDAD ESPAÑOLA

El presidente del Directorio, pronunciando un discurso ante un micrófono, para hacerse oír de los españoles que tienen aparatos receptores

Del arte cinematográfico



Una artística escena de la película "La leyenda del pecado y del castigo", en que intervienen Lucy Doraine, Michael Vaskony, Jorge Reimers, Walter Slezak, Erika Wagner y Kurt Ehrle



Escena del "film" "La edad romántica", en la que desempeña el papel principal la popular actriz Viola Dana

FOT. DE LOS CORRESPONSALES DE "EL HOGAR" EN BERLÍN Y NUEVA YORK

El chic femenino



Vestido de "crêpe" de China negro, con cinturón de bucles y cuentas del mismo color

Abrigo de original efecto por sus anchas guarniciones de estilo moderno en el contorno



Tres elegantísimos modelos de abrigos de última moda, tomados expresamente para "El Hogar" en las carreras de Longchamps





FOTO DEL CORRESPONSAL ESPECIAL DE "EL HOGAR" EN PARIS

Las fiestas patrias en Rosario

ECOS DEL 25 DE MAYO



Señoritas Martín y Coll Casas y señores Fornazzi y Ferrosa, en el Jockey Club, durante el "diner dansant"



Otras concurrentes al "dîner dansant": señoras Semino de Saggese, Morando de Orgonz, Arteaga de Massot y señorita Arteaga



Señoritas Margarita Serrot, Nélida Etcheverría y Filde Castagnino; señores González y Remoldi



Señorita de Basset, Andrade y Cenci, en el Hipódromo Independencia



Señoritas de Arteaga y Morando, en el hipódromo, presenciando el clásico "Patria"



El intendente municipal, doctor Cardarelli, el jefe de policía y otros funcionarios, saliendo de la iglesia donde se ofició un Tedéum



Autoridades municipales y otras personas conocidas que asistieron a la inauguración del Salón de Otoño, el 25 de mayo

Los festejos cívicos en el interior de la República

TUCUMÁN



Concurrentes al te y baile ofrecidos en los salones de "El Círculo", en conmemoración del 25 de Mayo, a las familias de sus asociados



El gobernador de la provincia, doctor Miguel Campero, los ministros y demás comitiva oficial, saliendo de la Catedral después del Tedéum

FOTO MARTIN

CÓRDOBA



El gobernador de la provincia doctor Julio Roca, sus ministros, y otras autoridades, presenciando el desfile de las tropas

FOTO ARENA

CONCORDIA (Entre Ríos)



Niños de las escuelas provinciales cantando el Himno Nacional, en la plaza, acto al que asistieron las autoridades provinciales

SAN LUIS



Parte de la concurrencia a la recepción y baile ofrecidos por el Poder Ejecutivo en la Casa de Gobierno



Señoras de Arancibia, Rodríguez, Guillet, Jofré, Domínguez, de la Canal, de la Torre y Morales Ponce



Alumnos del Colegio Nacional que acudieron a la plaza Pringles, donde cantaron el himno patrio festejando la fecha del 25 de Mayo

LA PLATA



El gobernador y otros altos funcionarios de la provincia, retirándose de la Catedral, donde se celebró un Tedéum el día del aniversario patrio

FOTO DE FALCO

MAR DEL PLATA



Recepción en el Club Pueyrredón, a la que asistió la oficialidad de los acorazados "San Martín" y "Belgrano" y crucero "Buenos Aires"

FOTO M. BONNIN

Crónicas de París

Cómo ve Gómez Carrillo a los argentinos

Por JUAN CARLOS GARCIA VALDES



Enrique Gómez Carrillo

HE dejado ex profeso pasar algún tiempo antes de decidirme a comentar un artículo publicado en "Paris-Soir", y que lleva la firma de Enrique Gómez Carrillo. Pensé que los diarios de mi tierra lo hubieran hecho con más autoridad de la que puede surgir de un simple turista que ha venido a París movido por el ingenuo propósito de pasear y divertirse. Pero como nadie ha creído oportuno hacerlo (al menos hasta el momento en que escribo estas líneas), vayan al conocimiento del público argentino los conceptos con que nos adorna este escritor guatemalteco que vive del erario argentino como cónsul en París, amén del cargo de corresponsal de un diario igualmente argentino. Titula su artículo: "Los argentinos", y abre su impresión de la siguiente manera:

"¡Los argentinos de París!... ¡Ah! Sí..., se les conoce, se les ve todos los días en los dancing, en los cabarets de Montmartre, en todos los sitios donde hay ruido y champagne. Miran a las mujeres con ojos insolentemente ingenuos. Pero están muy ocupados en mirarse a sí mismos para ser peligrosos. Después, ¡son tan ricos!... ¡Y tan insoportables! Porque no se puede negar que son insoportables... Pero no son más que un puñado... Numérelos usted y podrá advertir que son siempre los mismos, que pasan frente a los grandes bars, diciendo las mismas pavadas con el mismo acento."

Tal es, en líneas generales, todo cuanto inspiran los argentinos a este singular funcionario guatemalteco que, para sorpresa nuestra, ocupa un cargo en el consulado argentino de París.

El artículo de Gómez Carrillo es, como se comprenderá, más extenso. El resto está dedicado a ensayar una loa hacia quienes lo toleran en su puesto. Comienza así con el encargado de negocios de nuestro país, don Luis Bemberg, de quien dice: "Si mañana fuera llamado como ministro de Relaciones Exteriores, pudiera decirse de él lo mismo que dijo un diario francés cuando la elección de Alvear: uno de los "nuestros" ha sido electo presidente de la Argentina."

Siguen luego frases de una complacencia tan excesiva que me resisto a reproducir.

Para el cónsul doctor Alejandro Oliverio, los párrafos son más ditirámbicos aún, sin duda porque Gómez Carrillo no ignora que de esta manera el superior podrá tolerar la falta grave de no haber concurrido un solo día a justificar el sueldo que cobra con toda puntualidad.

Dejo de lado la cuestión de ética profesional para preguntar a los Poderes públicos de mi país si les asiste el derecho de costear la existencia parasitaria de un escritor extranjero a quien inspiramos aquellos conceptos. Porque nada redime su loa a los funcionarios de los cuales depende, sobre la opinión genérica de los argentinos que venimos a París para disfrutar a nuestro antojo de una existencia apacible o turbulenta, según el temperamento de cada cual.

Señalo, pues, al análisis imparcial de los hombres que están al frente de los destinos de mi país esta flagrante ligereza que significa mantener en su puesto a un extranjero que no ha concurrido una sola vez a cumplir con su deber de funcionario en el consulado argentino.

El escritor guatemalteco podrá juzgarnos así; pero nada podrá impedir que los argentinos tengamos a nuestra vez una idea bien completa de su personalidad, ampliamente conocida en París, donde, para que nada falte en su vida al margen de la sociedad, la crónica del escándalo acaba de anotar la tentativa de suicidio de la dama de Gómez Carrillo, que, hace pocos días, se alojó una bala en la cabeza.

¿Puede ser cónsul argentino en París un hombre cuyo mayor mérito consiste en haber sido, durante algunos meses, el esposo de Raquel Méller?

Yo formulo este interrogante a los hombres que rigen los destinos de mi patria, para que, con la mano en la conciencia, se dignen contestarlo.

París, mayo 1º de 1924.

CÓMO MANIFIESTA SU PENA EL CABALLO

EL caballo no sólo vierte lágrimas bajo la emoción de una pena, pero también en momentos de supremo dolor lanza un tristísimo grito. En una de las novelas de Fenimore Cooper, se emplea con dramático efecto el grito del caballo herido; y en la discusión en el Parlamento inglés sobre la ley de protección a los animales, lord Erskive citó el siguiente caso:

"En el avance sobre las alturas del Alma (Crimea) una batería quedó expuesta al fuego de una batería rusa oculta, y en pocos momentos quedó destruída. Muertos o heridos los hombres y caballos; las piezas desmontadas y los armones hechos pedazos. Al pasar por el sitio poco después, reparé en un caballo solitario, todavía atado a los destrozos, que había salido ileso. A su lado yacía en tierra su jinete muerto. El pobre animal había hecho fuerzas para darse vuelta y con el hocico en el suelo olfateaba el cadáver, mientras las lágrimas corrían copiosas de sus ojos.

"Tanto se parecía a un ser humano en la desesperación de la pena, que por varios días no pude borrar de mi mente el recuerdo de su tristísima expresión."

HUMORISMO

EN una revista francesa encontramos las bases de un concurso que, no obstante lo frívolo de su motivo, tiene la particularidad de ofrecer una serie de premios bastante curiosa que revela, si no mucho ingenio, un humorismo ameno e inofensivo.

He aquí el detalle de los premios a que hacemos referencia: El primero: un millón de marcos; el último, tres pastillas de chocolate.

Algunos de los premios intermedios: un cocodrilo disecado, una cinta de máquina de escribir que perteneció a Cervantes, y la piedra que, según la historia, sirvió a Demóstenes para corregir su tartamudez.

Como se ve, aun hay humorismo en la tierra.

El pesimismo

Por MAXIMO GORKI

Traducido del ruso por José Monin



SIENDO feo, y sabiéndolo, un joven se dijo:

— Soy inteligente; me haré sabio. Eso es fácil entre nosotros.

Y se dedicó a la lectura de voluminosos libros. En realidad, no ha sido tonto; comprendió que es cosa muy cómoda y bien fácil demostrar sabiduría con citas de libros.

Después de haber leído tantas sabias obras cuantas se necesitan para volverse miope, levantó, orgulloso, su nariz enrojecida por el peso de los lentes, y exclamó:

— A mí ya no se me podrá engañar, pues yo sé muy bien que la vida no es más que una trampa que la naturaleza me ha puesto.

— ¿Y el amor? — preguntó el espíritu de la vida.

— ¡Gracias a Dios, no soy poeta! Por un pedazo de queso yo no me meto en la férrea jaula de las obligaciones.

A pesar de todo, no era un hombre de talento cabal, y por eso se decidió a dictar un curso de filosofía.

Se fué a visitar al ministro de Instrucción Pública y le dijo:

— Excelencia: yo puedo demostrar que la vida no tiene sentido, que nadie debe dejarse dominar por la Naturaleza, ni tampoco obedecer sus mandatos.

Quedó pensativo el ministro. ¿Será esto útil o no?

Después preguntó:

— ¿Y las órdenes del gobierno, deben obedecerse?

— Ciertamente — dijo el filósofo, inclinándose con el mayor respeto. — Pues las pasiones humanas...

— ¡Bien, bien!... Vaya a ocupar una cátedra. Por sueldo tendrá usted diez y seis rublos. Pero sí, exigiré que se cumplan también las leyes naturales. ¡Cuidado con oponerse, no lo permitiré!

Y después agregó, con cierta melancolía:

— Vivimos en una época en que para los mismos intereses del Estado es a veces necesario no sólo reconocer la realidad de las leyes naturales, sino también la utilidad de las mismas.

— ¡Caramba! — reflexionó el filósofo. — De este modo llegará hasta...



"Y se dedicó a la lectura de voluminosos libros."

Pero nada dijo.

Y ya lo tenemos acomodado. Semanalmente, subía a la cátedra, y durante una hora dirigía la palabra a sus jóvenes alumnos.

— Señores: El hombre está limitado exteriormente e interiormente, la Naturaleza le es adversa; la mujer es arma ciega de la Naturaleza, y por todo eso nuestra vida no tiene absolutamente ningún sentido.

Esta manera de pensar se hizo habitual en él. Con frecuencia, al hablar, solía entusiasmarse tanto que se expresaba bellamente y con verdadera elocuencia. Los jóvenes estudiantes le oían con respeto y admiración, y él, satisfecho, movía cariñosamente su calva cabeza. Todo marchaba bien.

LAS comidas de los "restaurants" no le aprovechaban, pues, como todo pesimista, digería mal; por eso se casó. Comió durante veintinueve años en su casa, y entre las ocupaciones, y casi sin darse cuenta de ello, tuvo cuatro hijos. Después, murió.

Tras el féretro seguían, respetuosas y tristes, sus tres hijas con sus jóvenes esposos, y el hijo, que era poeta y un enamorado de toda las bellas mujeres del mundo. Los estudiantes cantaron el responso; sobre la tumba pronunciaron floridos discursos algunos profesores, colegas suyos. Hablaron de lo sólido de la metafísica del difunto. Todo allí era solemne y, hasta, por momentos, conmovedor.

— ¡Murió también el viejecito! — dijo un estudiante a sus compañeros, al abandonar el cementerio.

— Ha sido un pesimista — advirtió otro.

— ¿Qué dices? ¿Es posible?

— Pesimista y conservador.

— ¡Qué me dices del calvo!... Y yo ni siquiera lo noté.

El cuarto estudiante, que era pobre, averiguó, inquieto:

— ¿Nos invitarán a los "pominki" (1)?

Fueron invitados.

El filósofo había dejado escritas algunas buenas obras, en las que demostraba con calor y elocuencia la inutilidad de la vida. Los libros se vendían bien y se leían con gusto. Dígase lo que se quiera, a los hombres les gusta lo bello.

La familia, de este modo, estaba bien asegurada. ¡Hasta el pesimismo puede asegurar la existencia! Los "pominki" fueron organizados con largueza. El estudiante pobre comió en esta ocasión como nunca, y al volver a casa sonreía bonachonamente, y pensaba:

— A veces el pesimismo es útil...

(1). Comida en memoria del difunto.

Cómo se puede cambiar el cutis de una mujer

(Del "Feminine World")

El medio más rápido y seguro para convertir un mal cutis, es sumamente sencillo y consiste en quitar el velo viejo y descolorido que cubre el rostro, operación facilísima que cualquier mujer puede privadamente llevar a la práctica. Compre Vd. cera pura mercolizada que se vende en toda buena farmacia, y extiéndala por la cara todas las noches lo mismo que si se tratara de cold cream. En pocos días, la "mercolida" que tiene la cera, absorberá la cutícula desfigurante, dando vida en cambio al cutis fresco y lozano que hay debajo. En esta forma conseguirá usted un cutis aterciopelado y natural. El procedimiento no es en ninguna forma nocivo; la aplicación es agradable y el resultado maravilloso. Tiende igualmente a quitar las manchas, pecas, barrillos, etc. Todas las mujeres deberían tener siempre a mano un poco de cera pura mercolizada, pues este remedio casero tan sencillo, es indiscutiblemente el mejor y más eficaz restaurador de la belleza femenina.

Réplica poética

AL espíritu galante de los poetas del Renacimiento recreábanle las controversias en que las agudezas del ingenio y el incentivo de la voluptuosidad sentimental exaltaban las cuerdas del lirismo audaz y expansivo. Los poetas del día, rindiendo asimismo tributo al lirismo alardeante de todas las épocas y a las sutilezas del estro que fueron siempre cautivador venero de los cultores de la rima, gustan también de estas justas del espíritu, y en ellas traman los motivos en que el ingenio y el arte combinan sus cruzadas galantes.

Tal es, en una palabra, el sentido artístico que enlaza las dos poesías que van a continuación, y en las cuales también la agudeza y el estro, inspirándose en un galano y conocido motivo clásico, se han trenzado en un bello y ameno escarceo lírico.

Respuesta de la marquesa a las estancias de Corneille

POR ALFONSINA STORNI

(Publicado en "La Nación" del 24 de febrero del corriente año.)

Me dices, gran talento, en palabras de mofa,
con una voz galante, mas perversa, que un día
mis líneas seductoras, mi desdén de vacía,
pasarán si no quedan en vuestra bella estrofa.

Un ligero despecho orgulloso refleja
vuestra finta a esta pobre marquesita galante,
y, a cambio de la estrofa inmortal que le cante,
me propones un beso a vuestra boca vieja.

¿Tienes una fe ciega en la vida del verso?
Yo medito en que el Todo será un día disperso.
¡Oh!, déjame que mire distraída esta rosa;

soy mujer, ante todo; del presente me encanto:
perdóname, poeta, si a vuestro grave canto
prefiero el beso joven de una boca jugosa.

Respuesta de Corneille a la poetisa Alfonsina Storni

POR ALDO S. ZAGAL

Gracias, gentil poetisa, por haber recordado,
a través de dos siglos, mi senil aventura
con la esquiva marquesa, a mis instancias dura,
por mor de mis achaques y mi rostro arrugado.

No está demás que sepas, ingenua soñadora,
que, a pesar de su gesto de acerada firmeza,
pude salir triunfante de aquella fortaleza,
y el cómo, buena amiga, he de contarte ahora.

Dije: Si mis estancias en que mis penas canto
no consiguen rendirla, seguirá mi quebranto,
buscaré otro recurso, o mi astucia es bien poca.

No mandé más "estancias" y un día, no te asombre,
una de ellas la puse legalmente a su nombre.
¡Y la huraña marquesa besó mi vieja boca!

DISTRIBUCIÓN DE LAS TEMPESTADES SOBRE EL GLOBO

EL lugar del globo donde el trueno retumba con más frecuencia parece ser Java, donde se cuentan 97 días poco más o menos tempestuosos al año.

Después de Java viene Sumatra con 86 días; en seguida el Indostán con 56; Borneo con 54; la Costa de Oro con 52 y Río de Janeiro con 51.

En Europa, Italia, ocupa el primer lugar con 38 días tempestuosos; el Austria tiene 23; el gran ducado de Baden, el de Wurtemberg y la Hungría, 22; la Silesia, la Baviera y la Bélgica 21; la Holanda, la Saxe y el Brandeburgo 17 o 18; Francia y el Sud de Rusia 16; Inglaterra y Suiza 7; Noruega 4; el Cairo 3.

En el Turkestán oriental y en las regiones polares, los fenómenos tempestuosos son muy raros.

El límite septentrional de la zona donde se oye el trueno pasa por el cabo Ogle, Islandia, Novajo Symela (Nueva Zembla) y la costa del mar de Siberia.

Mas allá el relámpago no surca las nubes.



Un rostro que refleja salud siempre es atrayente

Hay muchas niñas y mujeres jóvenes que padecen de anemia en un grado más o menos pronunciado. A estas personas los médicos a menudo les recomiendan la Malta Palermo como un tónico nutritivo muy beneficioso para el organismo. Efectivamente; ésta sin ser un remedio, por los elementos tónicos que la componen tiene la virtud de influir favorablemente sobre el sistema nervioso, mientras que sus propiedades alimenticias vigorizan todo el organismo y enriquecen la sangre. Además estimula el apetito favoreciendo la digestión. Adóptela como bebida de mesa, y pronto verá nacer en su semblante aquella expresión atrayente, reflejo de un perfecto estado de salud.

EN TODOS LOS ALMACENES DEL PAÍS

CERVECERIA PALERMO S. A. Buenos Aires



Malta PALERMO



Faja Gesell

Todas las personas que han dado preferencia a la FAJA GESELL, la consideran la más recomendable por su típica elasticidad, además de ser liviana, cómoda y lavable. Tenemos de cierre a broche o a cordón, tres anchos, y su uso es indistinto para Señoras o Caballeros, como también para personas sanas o enfermas. Para los ejercicios deportivos, no hay otra faja que defienda mejor, sin entorpecer la necesaria elasticidad del cuerpo. Precios desde $ 12 m|n.

Pídanos el prospecto F. H.

CASA Gesell

Av. DE MAYO 1431 - SUCURS: ESMERALDA 370

Maravilloso preparado curativo contra las escaldaduras más dolorosas e intensas.

Para SABAÑONES GRANOS y ECZEMAS



Venta en farmacias y Droguerías



Su dolor

en el período, metritis, hemorragias, inflamaciones, etc., se quitan tomando el

"Específico Scheid's"

Frasco: $ 4.—

En el atraso, escasez o falta del período, tomad

"AMENORROL"

Frasco: $ 4.—

comprobado inofensivo, siendo éstos dos productos de resultados positivos, recetado por los médicos. Venta en Droguerías y Farmacias. Depósito General: C. Pellegrini, 644. Pidan folletos gratis, en sobre cerrado, con copias de certificados médicos, a J. Valle, C. Pellegrini, 644, Buenos Aires.



¡¡Enderécese!!

Esto lo haría nuestra **"Espaldera Hérculex"**, pues le obligaría a echar los hombros hacia atrás y sacar bien el pecho.

Su precio es de $ m|n **2.80** c|l. Para envío por encomienda postal, agregar $ m|n **0.20.** (Para la Capital Federal, $ m|n **0.45.**) Mande medida de cintura y sisa.

SANDEN (Sección B.)

C. Pellegrini, 105 - Buenos Aires



La princesa Nagako Kuni, en traje de desposada

El casamiento del príncipe regente del Japón



El príncipe Hirohito, en traje de gala

SÓLO ahora, debido a la catástrofe que ha consternado al Japón, recíbense detalles del casamiento del príncipe regente Hirohito, con la princesa Nagako Kuni, celebrado en Tokio el 26 de enero próximo pasado.

Este acontecimiento, que de cualquier manera hubiera sido de una considerable importancia para el pueblo nipón, cobró una mayor resonancia todavía, debido, justamente, a las circunstancias particulares en que se realizó.

La catástrofe sísmica del mes de septiembre, que produjo más de 150.000 víctimas y ocasionó pérdidas por valor de diez millones de yens, según avaluación de las estadísticas oficiales, había turbado grandemente el ánimo popular, que ya es de suyo bastante supersticioso. Además, el 26 de diciembre último, en momentos en que el príncipe Hirohito — regente del imperio, en vista del mal estado de salud del emperador — dirigíase hacia el parlamento para presidir la apertura del 48º período, un anarquista le descerrajó varios tiros de revólver, felizmente sin causarle ningún daño. Este atentado, único en los anales japoneses, provocó en todo el país una intensa emoción. Parecía como si ese sacrilegio sin precedentes, debía atraer la maldición divina sobre toda la nación. El mismo día, el ministerio dimitía, y el personal de policía era reemplazado totalmente, desde el más ínfimo hasta el mayor de la jerarquía por "insuficiencia en sus funciones". Hace algunos años, la historia se hubiera enriquecido con varios y sensacionales "hara kiri", pero esa tradición parece haberse perdido. Con estos antecedentes, se comprende que la ceremonia nupcial del 26 de enero ha dado ocasión a todo el pueblo japonés para demostrar su apego y fidelidad a la dinastía reinante.

El príncipe Hirohito, que sólo cuenta veintitrés años, se ha conquistado las simpatías europeas, durante su viaje por el occidente, en la primavera de 1921. Se tuvo ocasión, entonces, de apreciar la finura y la madurez de su inteligencia, su moderna cultura y su vehemente deseo de ser instruído en todas las manifestaciones del progreso.

La princesa Nagako tiene dos años menos que su esposo. Es hija del general Kuniyoshi-Kunimomiya. En el número de sus ascendientes paternos cuenta con un emperador, y del lado materno es aliada con la noble familia Shamazu, que domina la rancia nobleza feudal de Satsuma. Pero, a la antigüedad y al brillo de su cuna se une, en ella, un modernismo ilustrado. La princesa practica mucho las artes, sobre todo la música y la pintura. Habla varios idiomas, ha estudiado filosofía y economía política, y hasta conoce la steno-dactilografía.



El automóvil que lleva a la princesa Nagako Kuni abandona el domicilio de la novia para llevarla al palacio imperial, donde se celebrará el matrimonio con el príncipe Hirohito, regente y futuro mikado del Japón.

El casamiento se efectuó con toda la escrupulosa solemnidad exigida por los ritos, aunque fué en automóvil y escoltada por guardias a caballo que la princesa abandonó el hogar de sus padres para dirigirse al palacio imperial. Allí, en el santuario, una lujosa vasija que contenía el agua lustral fué presentada a los jóvenes esposos.

Purificaron las manos en ella, y luego, habiendo recibido el uno el cetro real y el otro el abanico, avanzaron ambos hacia el altar, donde bebieron la tradicional copa de "sake". Terminadas sus preces, dirigiéronse en automóvil hacia el palacio Akasaka. Unos días más tarde, salieron de ese palacio para emprender una peregrinación a los numerosos templos levantados en todo el Japón a las ánimas de los antiguos emperadores. De acuerdo con un expresivo simbolismo, son los antepasados quienes deben ser informados los primeros de la realización de la nueva unión.

Sólo a la vuelta de esa piadosa recorrida los jóvenes esposos pudieron prosternarse ante el emperador y la emperatriz, para recibir su bendición.

Este casamiento permanecerá particularmente memorable en la historia del Japón, pues se trata de un matrimonio de amor.

El príncipe Hirohito ha elegido su esposa por sí mismo, siguiendo los impulsos de su corazón, en vez de desposarse, como era la costumbre, con la persona que los consejeros de la corte le designaran. Tuvo que sostener una ruda lucha contra los "viejos japoneses" para hacerles aceptar semejante infracción a las seculares costumbres.

Motivos de tierra adentro

Los troperos

Por SEVERO F. VILLANUEVA



Distintos tipos de troperos



Oratorio de la Laguna Blanca, donde rezan sus oraciones los troperos antes de seguir viaje a Bolivia



Un tropero con su indumentaria característica. A mula y de guardamontes



He aquí un motivo provinciano realmente original e interesante que si nuestras empresas productoras de películas nacionales se resolvieran algún día a llevarlo a la pantalla, esforzándose por interpretar como es debido sus múltiples escenas características, quizá no sólo conseguirían obtener un éxito ponderable desde el punto de vista emocional o artístico, sino que, también, lograrían alcanzar el más pingüe resultado financiero... ¿Acaso no estamos habituados a ver mantenerse hasta diez semanas consecutivas en el programa diario de nuestros cinematógrafos populares las más torpes y absurdas producciones norteamericanas, únicamente porque en ellas se nos dan a conocer unas cuantas novedades de carácter panorámico o costumbrista, se nos hace la gracia de alguna nueva "estrella" de primera magnitud, notable por el esplendor de su belleza, y se nos permite el lujo de seguir, con el corazón palpitante de entusiasmo, las mil azarosas aventuras de tal o cual personaje que, de puro fanfarrón o ridículo, termina casi siempre por recoger el aplauso unánime de los espectadores?...

Y bien, pues: si así sucede por lo general, aun con las peores películas que se introducen en el país, fácil es suponer lo que, desde luego, ocurriría a su vez con aquellas cintas de ambiente nativo, en las que se hicieran conocer algunos asuntos tan pintorescos y felices en toda clase de emocionantes episodios reales como este que se refiere a los troperos, de cuya vida, ignorada para muchos, pasamos a ocuparnos ligeramente...

Imaginaos, por ejemplo, a uno de esos buenos hidalgos oriundos de cualquier provincia del norte, muy enchapados todavía a la antigua española, de espíritu inquieto y emprendedor que, habiendo invertido la mayor parte de sus economías o su patrimonio en la compra de hacienda (mulas, burros, caballos, etc.), resuelve de repente trasladarse con ellos hasta Bolivia, a los efectos de realizar su venta en las ferias de Guari, Oruro, Tupiza o La Paz, que se abren anualmente al comenzar las fiestas de la Pascua Florida. ¿Cuál será el resultado y la duración de aquel viaje?... ¡Nadie puede decirlo!... Pero a él se le ha metido ya en la cabeza que es preciso desafiar una vez más a la suerte..., sacrificarse, aun en cualquier forma, por la felicidad de su familia... Y así, no bien ha visto que la tropa se halla en condiciones de emprender sin peligro la travesía de la Cordillera, asegura el contrato con los *arrieros* que ha menester, procúrase un baqueano y un *marucho*, cosa que sirvan, y, despidiéndose de todos con la sonrisa en los labios, aunque su corazón llore sangre por dentro, parte, al fin, resueltamente, un amanecer, rumbo a Bolivia...

¡Y comienza la odisea, la terrible, eterna odisea de todos los troperos!...

Cuarenta, cincuenta, sesenta interminables días de marcha a través de las más ásperas serranías o de los más desolados valles, con jornadas siempre fijas e iguales, y por caminos en los que apenas si es posible adelantar un paso sin tropiezos (la existencia del pobre hombre conviértese desde entonces en un verdadero martirologio); días enteros de espantosa borrasca, luchando desesperadamente contra el viento, la nieve o el frío; largas noches de vela, con el oído siempre atento al más leve rumor, para no ser sorprendidos por los coyas cuatreros o algún tigre cebado; horas amargas de inexpresable angustia cuando llegados a un punto determinado del camino, en el que se hizo ya costumbre plantar el *real*, compruébase de pronto que no hay el pasto suficiente para dar de comer a la tropa, debilitada por el cansancio y la *puna*; y luego, en el momento menos pensado, el agua que comienza a escasear..., el hambre que muerde poco a poco, los "vicios" que se agotan, la peste que amenaza ceñuda..., y la traición, precursora de la muerte, que atisba desde las sombras...

Dijérase que cada hora que pasa fuese entonces, a modo de un tremendo interrogante que se cierra y otro que se abre, sólo con el fin de llevar el temor y la zozobra al alma atribulada del tropero, contra quien todo simula haberse conjurado: hombres y bestias, cielo y tierra, Dios y la Naturaleza... Mas, hete aquí que, al cabo, el tropero ha conseguido llegar sin otras novedades a Bolivia, y habiendo realizado su negocio en Oruro, con cierto provecho, apresúrase a emprender sin más trámites el viaje de regreso, en el que invierte, por parte baja, otros cuarenta días, poco más o menos...

¿Qué dirán su esposa y sus hijos cuando lo vean llegar y se enteren de que su viaje no ha sido un sacrificio tan inútil como ellos suponían, sino que, antes por el contrario, gracias a él podrán disfrutar ahora de cuantas comodidades apetecieron acaso poseer, sin expresarlo nunca, allá en lo más recóndito de sus corazones ingenuos y sumisos?...

¡Oh, la alegría indecible, infinita, de saber a los suyos contentos, felices, sin una nube que empañe la dicha de su vivir, con el alma siempre llena de primavera, el corazón presto al amor, y los ojos eternamente puestos en la Esperanza!...

Y así pensando para sus adentros, el tropero sigue su camino, sin descanso, atravesando otra vez, de un extremo a otro, la cordillera de los Andes, hasta que, al caer de una noche tibia, plena de luna y toda perfumada de azahar y glicinas, entra a la aldea, llega a los umbrales de su casa, llama a la puerta, y... ¡nadie le responde!...

¡Han bastado cuatro meses de ausencia, cuatro meses escasos de peregrinaje en pos de la esquiva fortuna, para que su viejo hogar se haya deshecho irremediablemente, ¡no importa si por abandono, por muerte o por un exceso de celo de parte de la Justicia!...

....

Ahora bien: salvo algunas ligeras variantes, tal es, más o menos, la vida que pasan todos los troperos (tanto aquellos que llevan tropa de mulares a Bolivia, como los que suelen conducir, todavía, vacunos a Chile), y huelga expresar que, según sea el recorrido que hicieren, son también el panorama y las costumbres que se observan... Pero, de cualquier modo, siempre hay un paisaje digno de toda alabanza y lleno de la más profunda emoción... Es decir: ¡original e interesante como pocos!...



Un boliche en la Cordillera, en el que suelen "calentar" el cuerpo los troperos



Una tropa de llamas en Biraril



Tropa de burros, camino hacia Antofagasta

El bastón de Malaca

(Continuación de la pág. 13)

TERREMONDRE

No he hecho cuestiones de cronología, mi estimado Lardillon, sino que solamente de modas. Voltaire no está de moda. Su recuerdo es un tópico manido, del que es lícito alejarse decorosamente. Y en cuanto al tiempo, mi querido Longuemare, estoy convencido, acaso como Lardillon, de que no es más que un pretexto.

LARDILLON

No pretendo que el tiempo sea un pretexto, pero afirmo que se trata de un fetiche, como no es más que un mal fetiche ese destino que invoca el señor Bonnard.

LACRISSE

Me agradaría que acabasen por venirse a las manos... Pero no los he visto decididos nunca.

SILVESTRE BONNARD

Estoy desolado, señores, por haber dado ocasión a este penoso diálogo. Pero yo sólo quería contaros como...

BRAUCHUT DEL TIC

¡Si esto no tiene importancia! Los coleccionistas de rimas...

LUCIANO BERGERET

Nada tiene importancia... Nada... Continúe usted, mi querido maestro.

LARDILLON

Sin palabras inútiles, naturalmente. Ni el destino, ni Dios. Yo he sido capuchino y me he enterado de eso.

FLORENT GUILLAUME

No hay que blasfemar, mis respetables señores. Dios me ha deparado en una tarde de hambre la cena de un peregrino lemosín, y Su Santa Madre me devolvió los dineros que me había usurpado el vil Jacquet Coquedouille, a quien he visto ayer asomado al borde del más grande de todos los calderos que hay en el infierno. Estoy seguro de que Dios existe. ¿Habéis leído las loanzas que en honor de Nuestra Señora compuse en versos franceses, mis ilustres señores?

LARDILLON

¿Una canción picaresca?

RENATO LONGUEMARE

La cantaremos en la sobremesa, cuando sirvan los licores. Yo sé tocar un poco el mandolín.

BRAUCHUT DEL TIC

Esto es intolerable. Aquí no hay seriedad ninguna.

LABANNE

La seriedad no es justamente indispensable, mi querido compadre. Apenas si nos hace falta el método.

MERCIER

Tiene razón, Brauchut, y hasta la tienes tú también, Labanne. Porque todas estas gentes no saben nada de nada, en nada. ¿Qué sabe de matemáticas el ciudadano Lardillon para negar la intervención del destino en los asuntos terrenos? El destino es un número, un número primo, y la unidad es Dios. Eso es elemental.

RENATO LONGUEMARE

El destino... el destino... En fin...

LA SEÑORA MARTÍN BELLÉME

Digamos la fatalidad..

LA SEÑORITA NANTEUIL

...¿La fatalidad?

EL ESCULTOR DECHARTRE

La fatalidad.

BARUCH DE SPINOZA

Si usted hubiese leído, mi querido escultor, las páginas que acerca de los celos escribí en mi buhardilla de Amsterdam, no creería ahora en la fatalidad. Porque sospecho que piensa usted, sin duda, en su desgraciado amor.

RENATO LONGUEMARE

Ten cuidado, Baruch: tú eres panteísta.

LABANNE

Comienzo a sospechar, amigos míos, que nuestra prestigiosa investidura de sombras no nos permite discutir las tonterías que apasionan a los hombres en la tierra. Si no fuéramos inmortales, como cree Lardillon, estamos por lo menos alojados en los campos Elíseos, y esto, que es evidentemente respetable, debe ser respetado.

LUCIANO BERGERET

Hágase la paz, señores, hágase la paz. Esta charla deplorable no nos ha permitido todavía escuchar el relato del señor Bonnard.

SILVESTRE BONNARD

Pues bien, amigos míos: sólo quería deciros que el Maestro ha olvidado, al publicar mis recuerdos, una página en la que me refiero a un anciano que vi en aquella misma y recordada tarde junto a las aguas turbias de la fuente de Médicis. Aquel anciano se paseaba apoyado en un tosco trozo de madera que usaba a la manera de bastón, y caminaba con un aire receloso y tímido, como el de mi amigo Amílcar, aunque con menos elegancia que éste, pues las piernas del anciano eran débiles y sus ojos estaban ya cansados, tal vez por haberse posado durante tres cuartos de siglo sobre el vario espectáculo del mundo. Aquella imagen de la senectud me había sumido en tristes pensamientos, cuando acertó a pasar cerca del achacoso paseante un hombre joven y robusto que esgrimía con displicente agrado una firme y hermosa caña de Indias cuyo pomo era de oro, o de metal que se le parecía. Me di entonces a pensar en que aquella hermosa caña no era más que un objeto superfluo en manos ágiles que no necesitaban ciertamente de ella, y he pensado asimismo en el tosco trozo de madera que utilizaba el viejo. Pero os aseguro que me he guardado bien de extraer de estas encontradas ideas una conclusión general, porque la piedad con que miré al anciano me venía tal vez de que yo también me veía viejo y abandonado. Debemos desconfiar de nuestros pensamientos cuando no son espontáneos y puros. Pero, ¿no habríais hallado, mi estimado Bergeret, un motivo de largas reflexiones en la observación de aquellos dos paseantes?

LUCIANO BERGERET

Acaso la caña de Indias, mi querido maestro, fuese mucho menos sólida que el tosco trozo de madera, y no conviene dolerse de las injusticias cuando no son más que en apariencias tales. Y creo que aquel joven hubiera realizado una condenable acción si hubiese cambiado el bastón que no necesitaba, por el trozo de madera en que se apoyaba el anciano, porque una caña de Indias con el pomo de oro es signo de bienestar y de fortuna, y ya sabéis que las instituciones a cuyo amparo viven y se matan los hombres, protegen delicadamente el bienestar y las riquezas de los que poseen unas y otro. Y no ignoráis tampoco, mi querido maestro, que sólo somos verdaderamente dueños de las cosas que no necesitamos

RENATO LONGUEMARE

Las instituciones proceden cuerdamente al asumir la tutela de los millonarios. La miseria es subversiva y revolucionaria.

LUCIANO BERGERET

Me habéis hecho recordar ahora y además, mi querido maestro, los tinteros de diez céntimos, los pequeños frascos de tinta de diez céntimos, de que

(Continúa en la pág. 50)

La embajadora de Cavour

(Continuación de la pág. 11)

El 23 de abril de 1859 pronunció Cavour, al final de la sesión parlamentaria, las siguientes palabras: "Señores: dejo la última sesión de la Cámara piamontesa. La próxima reunión será la de la Cámara italiana:" La condesa de Castiglione, al oírlas, casi enloqueció de alegría.

Pero la condesa y todos los que a la sazón decían que "Italia era hija de Napoleón III"—frase de gran moda.— se desengañaron cuando advirtieron que el rasgo del emperador francés fué menos generoso de lo que pensaron, y que cobró su ayuda a muy buen precio.

Poco después, la condesa cayó en desgracia ante la Corte. Se le acusó de intrigar en connivencia con los mazzinianos.

Esta mujer original soñó con una Italia unida y fuerte, continuadora de la tradición romana. "Si hacia 1857 se hubiera creído en la transmigración de las almas — escribió más tarde otra mujer espiritual, la condesa de Puliga — se habría podido afirmar que la de Cleopatra revivía en el cuerpo admirable de la condesa de Castiglione, estupendamente creada para la vida magnífica y para el amor de uno de los amos del mundo."

Su vida, en efecto, como sus hechos, fué toda una leyenda misteriosa. Puede decirse que el misterio de esta mujer comienza con su nacimiento. Se la hace descender de Bonaparte, de paso por Florencia, del duque de Toscana, de la casa de Saboya, y aun de una eminencia romana, el cardenal Antonelli.

A quienes le recriminaban su aparente frivolidad de cortesana, orgullosamente les respondía: "La admisión de Cavour por obra mía en el Congreso de París es un hecho histórico y no complacientes relatos de mujer." Y, realmente, ése es su mayor título de gloria ante la posteridad. En cuanto al maquiavelismo que Cavour y ella pusieron en juego en la trama de sus planes, es preciso tener en cuenta, para ser justos, que la diplomacia secreta jamás empleó mejores medios.

Antonio G. Moreno

(Continuación de la pág. 30)

tenga carácter regional. Con tipos, costumbres y motivos argentinos, se tiene asegurado el éxito. Sé, y he visto que hay aquí verdaderos artistas... Fáder, Bermúdez, Quiroz y otros, tendrían también muchos éxitos en Europa. No me he comunicado gran cosa con los pintores de aquí, pero conozco muchas de sus obras y creo que tienen también méritos suficientes para triunfar en París.

—¿Y de nuestro Salón?

—*Pienso concurrir el próximo año...*

—Alguna vez hemos oído decir que usted ha sido discípulo de Dulac...

—*¡Oh, no! Nunca lo fuí, pues Dulac no tuvo alumnos en París. Admiro al maestro, y seguí unos cursos y conferencias que dió en uno de sus viajes a París. Ahora acabo de terminar las ilustraciones para un libro de cuentos de la reina María de Rumania, dibujos que he hecho al estilo de Dulac... He sido discípulo de J. P. Laurens, que falleció hace dos años, y en cuya casa y estudio vivo actualmente, sin haber tocado ninguna de las bellezas que atesoró el maestro... También fuí discípulo de Royer, Lappara, y Baschet. Antes, en 1913, había iniciado mis estudios de pintura en la Academia de Bellas Artes de París, y en la Academia Julien.*

—¿Tiene otras cosas en preparación?

—*Sí; una empresa editorial, "Bratesco", me ha confiado las ilustraciones para una nueva edición, en francés, del "Quijote"; para esto trabajo en aguafuertes, algunas de las cuales ya tengo comenzadas.*

Dejamos a nuestro pintor, cuya presencia es reclamada por otros visitantes; y no sin alborozo vamos pensando que es éste un caso extraño. ¿Porque se trata de un artista argentino que no habla el "argentino"?... No; porque es un artista argentino que habla bien del arte nativo, y tiene palabras de aliento para pintores argentinos, algunas de cuyas obras conoce...

DEPOSITARIOS
GONZALEZ GARCIA Y Cía.
ALSINA, 1056



LOCION MYRURGIA

MADERAS DE ORIENTE
(MORISCO)



CADA FRASCO CONTIENE LA POMPA FEMENINA DEL SOÑADOR ORIENTE CÁLIDO Y FELINO

Perfumería de Lujo

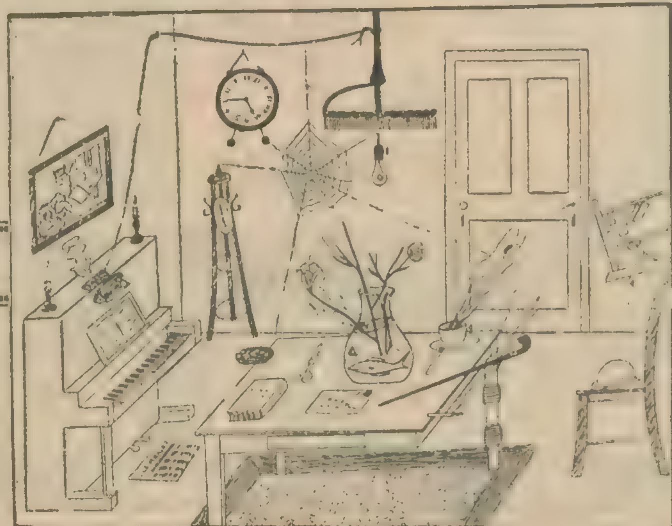
CONCURSO TE SUIZO

AROMÁTICO-DEPURATIVO-LAXANTE

UNA BROMA DE NUESTRO DIBUJANTE

Fíjense en el dibujo que nos ha entregado. Vds. podrán ayudarnos a descubrir los errores que hay en este dibujo y al hacerlo pueden ganar un premio.

$ 2.000 M/N EN PREMIOS



Aprovechen esta oportunidad para ganar dinero divirtiéndose. El trabajo es fácil. Reúna su familia alrededor de la mesa para que le ayude a descubrir los muchos errores de este dibujo. Pronto formará una larga lista. Envíenos esa lista, escrita con claridad y poniendo al pie el nombre suyo y dirección.

HAY 400 PREMIOS EN DINERO Y OBJETOS

EL PRIMER PREMIO ES DE $ 300 m/n.

Las soluciones deben remitirse a:

RIVADAVIA, 2284 - **P. SOLDATI & Cía.** - BUENOS AIRES

Pida a nuestra casa o en su Farmacia la lista completa de Premios y junto con ella irán las CONDICIONES TODAS DEL CONCURSO y un dibujo ampliado que le permitirá hallar más fácilmente los errores.

El objeto de este Concurso es popularizar el TE SUIZO, aromático, estomacal, depurativo de la sangre y laxante. Es de gusto agradable. Evita y combate la obesidad, los granos y barros. Tomándole diariamente mantiene lozanas la salud y la belleza.

Pida una MUESTRA GRATIS del TE SUIZO en la Farmacia de su barrio o a nuestra casa: P. Soldati & Cía., Rivadavia, 2284, Buenos Aires, ya sea personalmente o por carta.



Compre

GODET

gastará un poco más, pero en cambio obtendrá el más exquisito y substancioso chocolate

GODET

EXTRA (papel bronce)
EL BOMBÓN DE LOS CHOCOLATES

OTROS GUSTOS:
GODET FINO (papel amarillo)
GODET ESPECIAL (papel verde)

Bmé. Mitre, 2538-54 - **DANIEL BASSI y Cía.** - Buenos Aires

Inmolación

— (Continuación de la pág. 10) —

completamente. Ahora se sentía feliz, todo había cambiado, todo era nuevo para ella.

Cuando llegó a su casa encontró a su madre acurrucada en su sillón, perdida en un rincón obscuro del comedor. Sonriendo, y con alegría, esparció unas cuantas frases de aliento por todos lados. Adela, siempre conciliadora y bondadosa, sacó a su madre de la tristeza y contagió a todos de su alegría, pero sin manifestar a nadie la intuición de la nueva esperanza que penetraba en su alma.

Después de la comida se encerró en su dormitorio, iluminado escasamente por una débil lucecita. Tendida en el lecho, se complacía en prolongar su felicidad.



EN ausencia de Adela, José Luis fué varias veces a visitar a la señora de Míguez, procurando enterarse por intermedio de la familia de la resolución que había tomado.

Una tarde, en una de sus visitas, sentado frente a la señora, que se hallaba junto a la ventana, en la salita íntima, adornada por un sofá, unos sillones, un piano viejo, algunos almohadones en el suelo, unos cuadros pintados al óleo, una mesita con unos adornos de "biscuit" y un florero con flores; conversaron sobre el casamiento de Adela. La señora quería convencer a su sobrino de que Adela sería feliz por tratarse el futuro esposo, de una persona honorable, de corazón y de inteligencia. Le habló también de las esperanzas que este casamiento les infundía, de los propósitos del doctor Salles para cuando obtuviera la contestación de Adela, la que no tardaría, pues se había producido en ella un cambio notable, que manifestaba sentirse feliz y resuelta. Sí, no había duda, su hija se había resuelto, no podía ser de otro modo, porque no era una ocasión para perder. Todo se combinaba: posición, fortuna. ¿Qué más podía desear? ¡Era un casamiento envidiable!

José Luis se despidió de la señora, a quien no podía seguir escuchando. Sus manifestaciones lo habían convencido de que el sacrificio estaba consumado, y se alejó de aquella casa en la que cada cosa era un recuerdo. Proyectó un viaje para ausentarse un tiempo, ya que tanto dolor le producía permanecer cerca de su familia.

"Yo sólo hubiera pedido un poco de paciencia — se decía, — para esperar a que me formara un porvenir; pero Adela ni siquiera me ha dicho una palabra, una sola palabra que me anime a ofrecerle mi parte de miseria. Ella misma ha elegido su camino, porque es el más rápido y el mejor."

Caminaba lentamente, deteniéndose de cuando en cuando, con tentaciones de volverse y confesar todo su amor por Adela. Pero, ¿para qué serviría que se enterasen? Más valía encerrar para siempre ese secreto en su alma dolorida, tratando de olvidar que Adela sería de otro y que él sólo conocería la soledad hasta la tumba.



PASARON algunos meses. La leve alegría esperanzada de Adela se fué disipando poco a poco. No, su primo no sería capaz de mover su muerta voluntad, ni aun por su amor.

Recordó entonces los caracteres que pintan los novelistas rusos, de seres amorfos, sin propia plasticidad, que se dejan llevar por los acontecimientos, como las aguas que corren por los terrenos en declive, y tuvo en el corazón la certeza de lo inevitable.

Una profunda melancolía invadió todo su ser. Dejó de tener pequeñas coqueterías, comía apenas lo indispensable; sus cuellos, que antes eran cambiados cada día, se le ajaban ahora, hasta que la madre o las hermanas le advertían de la necesidad de reponerlos.

Hablaba poco, en la oficina no miraba casi a los hombres: le parecía que cada uno de ellos tenía un poco de la cobardía de José Luis, y todo su ser protestaba contra la ausencia de fuerza en la poderosa armadura masculina.

"Yo, yo he luchado como un hombre — solía pensar, — yo, que soy mujer, y vivo ya deshecha por mi sensibilidad, roída un poco por los prejuicios que nos rodean, ilimitada por las conveniencias, indispensables a quien no puede vivir sola y contra todos."

Y de noche, al dormirse, su almohada se empapaba de copioso llanto, y al despertarse, en las madrugadas frías, tenía la sensación de aparecer sobre el mundo viniendo desde el campo misterioso de los muertos.

Mientras tanto, el doctor Salles continuaba yendo a la casa de cuando en cuando, y abrumándola siempre más de atenciones.

¿Por qué se había fijado en ella el doctor Salles?

No lo comprendía bien: ella era pobre, no era una belleza, no poseía una educación brillante. Pero, él había seguido a la familia en sus miserias: muchas veces la madre había ido a pedirle consejo para soluciones angustiadas, y sin querer, madre al fin, exageró acaso el elogio de su hija predilecta. Un día, por pedido expreso del doctor Salles, llevó a la joven a su estudio y quedó encantado de su discreción, de su sentido común, de su inteligencia femenina y clara.

También preguntábase Adela por qué se había enamorado de su primo, y no de otro, y por qué su corazón había elegido a un ser mediocre para amarlo, y comprendió que en este amor había mucho de piedad, de sentimiento materno hacía la obra incompleta que necesita ser mejorada.

Y así, removiendo sus preguntas y angustias, perdiendo todo su día en una oficina obscura, durmiendo mal sus noches, viendo a la hora del almuerzo y cena la cara interrogante de su madre que, silenciosamente, le pedía una respuesta a la proposición siempre sostenida del doctor Salles, dejó pasar las semanas y las semanas, sin decidirse a nada, asqueada de sí misma al pensar que casándose sin amor cometía una bajeza, y más asqueada todavía al no sentirse capaz de tomar una resolución cualquiera.



UN día su madre cayó enferma. Al principio, ello pareció una cosa sencilla, una gripe ligera, después la temperatura, lenta y diaria, se fué prolongando. No llamaron médico porque conocían el tratamiento aplicable a una gripe sin complicaciones evidentes; pero, en una de las visitas de doctor Salles, éste se interesó por la salud de la señora, y quiso atenderla. La visita del doctor Salles fué entonces diaria: venía por las noches, a eso de las nueve, y se sentaba a charlar un rato al lado de la cama. Adela fué estimando en él un hombre sensato y de corazón noble.

Cuando las manos del doctor Salles se detenían sobre el cuerpo enflaquecido de la enferma, Adela sentía la tentación de besárselas, pero, cuando, como para consolarla, oprimían las suyas, un estremecimiento frío corría por su cuerpo.

Pero ocurrió lo inesperado; en veinticuatro horas la enfermedad de la señora sufrió una evolución funesta, y Adela quedó sin madre.

El vacío terrible que se produjo en la casa de las muchachas huérfanas solamente Adela podía aquilatarlo.

Sentía ésta, en su sobreexcitación nerviosa, que su voz resonaba en ella como en los grandes huecos, y que, desde las paredes, descendía sobre su cabeza el frío silencio de las tumbas.



Y ya no paraba en su casa, se hizo callejera. Desde su oficina se iba a las plazas, a los paseos públicos, la media hora que hubiera tenido que esperar en su casa la cena, y después de la comida, con cualquiera de sus hermanas, a un biógrafo, a ver las mismas ingenuidades.

EN este estado de ánimo, una tarde de verano, a las seis y media, sentada en un banco de la plaza del Once, Adela leía una revista cualquiera; absorta, no vió que cerca de ella un automóvil se detenía, y un hombre se le aproximaba. Cuando a su lado sonó una voz, la sintió amiga y experimentó la alegría que en la soledad moral experimentamos cuando se nos acerca un alma buena.

Era el doctor Salles, y la invitó a dar unas vueltas en su automóvil. Ella aceptó, confiada, como lo hubiera hecho con un pariente suyo. Ya en el automóvil, apoyada sobre los elegantes cojines grises, sintió una tranquilidad desconocida. Sí, ese automóvil representaba una fuerza: la seguridad económica, que permite estudiar, desarrollar la propia personalidad, atender la vida del pensamiento, viajar, llenar parte de la vida. Mientras el automóvil corría por la avenida Alvear, ella recordaba la biblioteca del doctor Salles y pensó que allí estaba la salvación de su vida.

Y después de ese pensamiento, de su alma muerta y plana como los grandes desiertos, surgió una esperanza, una posibilidad, y pudo creer así que no vendía su cuerpo en matrimonio, ya que no el lujo, ni la trivialidad, ni los convencionalismos sociales la llevaban a este casamiento, sino un deseo de estudio y perfeccionamiento intelectual.

Y entonces, con una melancolía tranquila, con una sonrisa bondadosa, esperanzada y ligeramente triste, abandonó su mano entre las del hombre que la admiraba y comprendía.

El bastón de Malaca

(Continuación de la pág. 46)

se sirvió mi viejo camarada Foy, con quien cursé mis clases de bachillerato, para escribir sus bellos poemas y sus encendidas páginas de prosa, aquellas conmovedoras páginas que sólo pudieron, ¡ay!, darse a la luz en un volumen póstumo cuya publicación costeamos entre algunos amigos abnegados. Y me creeréis bajo palabra, mi querido maestro, si os afirmo que el almacenero que surtía la modesta despensa de mi vieja Angélica, y que sólo usa la pluma para firmar los cheques con que abona las facturas de sus proveedores, tiene sobre su escritorio una maravillosa escribanía de plata, montada sobre una plancha de auténtico jade chino. Pero los cheques de este almacenero son más necesarios sin duda para la prosperidad del Estado que los versos de mi llorado compañero Foy. No debemos dudar de la justicia terrena, que ha de ser inmanente y terrible como la divina, ya que los caminos de ésta son tan obscuros como los de aquélla.

CRAINQUEBILLE

Creo que es malo hablar de la justicia; a veces trae desgracia.

JACOBO MÉNÉTRIER, LLAMADO TOURNEBROCHE

Justicia... Justicia... Debe ser una palabra cabalística. Por lo menos, su significado es todavía obscuro.

EL ABATE COIGNARD

La Justicia, hijo mío, es la Belleza y el Bien. Porque todos son armonía, orden y equidad...

LARDILLON

Palabras y palabras. No conviene embriagarse con palabras. Yo prefiero el Burdeos.

RENATO LONGUEMARE

Y sin embargo, querido, es dulce y bueno creer...

EL ABATE COIGNARD

...creer, y esperar...

¿ACASO USTED NO MÁS ES ARGENTINO?

En el sangriento asalto que los soldados de la patria llevaron a la trinchera de Potrero de Sauce, el 18 de julio de 1866, el primero que puso los pies en la disputada posición fué el capitán del batallón San Juan, don Lisandro Sánchez, seguido del soldado Santiago Esquivel.

Animadas por tan bravo ejemplo, toda la compañía sanjuanina y otra del regimiento de Córdoba, escalaron el terrible obstáculo. Alentaba a sus cordobeses el capitán Pedro Sosa, cuando una bala cortó su vida, casi al mismo instante en que rendía la suya el que primero holló la trinchera, el bravo Lisandro Sánchez.

En medio de aquella carnicería y de aquel desesperado batallar, muere al pie de la trinchera el abanderado del 2º de Entre Ríos; el sargento Máximo Eguren, casi niño por la edad, levanta en alto la bandera, y escala la batería gritando a sus camaradas:

— ¡Síganme, si son hombres!

Tal injuria no quedó sin recoger. Un miliciano le contesta, airado:

— Lo hemos de seguir, y aun lo hemos de pasar, sargentito... ¿Acaso usted no más es argentino?

Y para sostener esta contestación sublime, que no fué insubordinación, puesto que fué provocada por la duda del superior, el bravo soldado se lanza adelante; tras él fueron otros, y al fin todos.

ADIVINANZAS

Tiene cuernos de buey, y no es buey;
ojos de buey, y no es buey;
patas de buey, y no es buey;
si yo no lo digo,
no lo acertaréis.

La vaca.

¿Cuál es el hijo cruel
que a su madre despedaza,
y su madre, con gran traza,
se lo va comiendo a él?

El arado.

Yo estoy mil pedazos hecho,
tengo una mano y un brazo
en la mitad de mi pecho.

El reloj.

Tiene hojas, y no es nogal;
tiene pellejo, y no es animal.

El libro.

Cae de una torre, y no se mata;
cae en el agua, y se desbarata.

El papel.

Una palomita
blanca y negra
vuela sin alas
y habla sin lengua.

La carta.

Soy alto y hermoso
y ando a la ventura;
por do paso corto,
coso sin costura.

El navío.

El que lo hace, lo hace cantando;
el que lo busca, lo busca llorando;
el que lo disfruta no lo ve.
¿Qué cosa es?

Cajón de muerto.

Por más que en el cielo estoy,
y sin mí no hubiera fe,
ando también por la tierra
y en el infierno también.

La letra E.

Para la gente menuda Por LA ABUELITA

SECCION RECREATIVA

SOLAMENTE EL DROMEDARIO



Uno de mis nietecitos me remite este cuadrito, y pregunta: ¿Cómo puede hacerse para que desaparezcan los avestruces y la cabrita, sin usar tijeras ni material alguno? Después de mucho pensar, di en la trampa. Basta con doblar el dibujo justamente por el nacimiento de las patas de las aves y llevar el pliegue hasta las rodillas del dromedario. Los tres animales antes nombrados desaparecen como por ensalmo, y queda únicamente el "señor de la jiba".

UNA CARRERA ORIGINAL



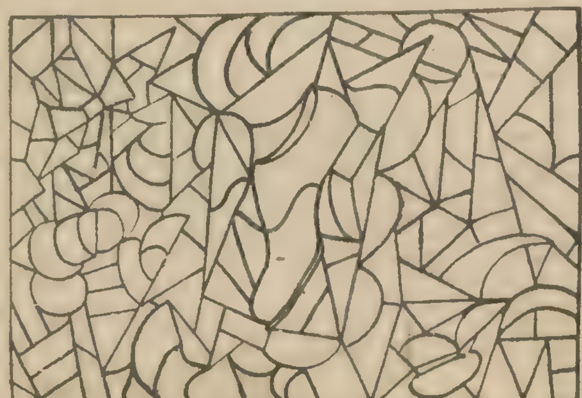
No hay duda de que Tim, el pollito que llega a la meta y gana la carrera, tiene mucha suerte, pues su rueda se mueve vertiginosamente hacia atrás, mientras que el pobre Pit, con su historiada rueda que camina hacia adelante, se ha quedado bien atrás. Para ver tan originales movimientos no hay más que mover el grabado circularmente, con gran rapidez, de izquierda a derecha. Una pícara lechuza oculta en las cercanías se burla del infortunado Pit.

PROBLEMA DIFÍCIL



¿Qué camino debe seguir el "chauffeur" para llegar a la población? Es lo que se pregunta, indeciso, ante el laberinto de calles que se ofrece a su vista. ¿Podrá ayudarle alguno de mis lectorcitos a resolver este importante problema?

¿DÓNDE ESTÁN?



En este grabado hay, escondidos, un zapato, una gorra y un moño. ¿Quién puede encontrarlos?

PARA DIBUJAR UN OSO



Seguid los pasos aquí determinados y obtendréis, sin dificultad alguna, el retrato de un alegre osito.

NUESTRO JUGUETE SEMANAL

COTORRA BAILARINA



Estoy segura de que mis nietecitas estarán encantadas de poseer esta preciosa cotorrita. Les aconsejo que, ante todo, la pinten con bonitos colores para darle más vida. Una vez pegados sobre cartón y recortados ambos grabados, tomad un cortapluma y destacad cuidadosamente los espacios marcados en la jaula. Introducid ahora la cotorra dentro de la jaula y fijad con un broche los puntos (A) y (B). Si movéis la palanca, veréis a la lorita bailar alrededor de su percha.

Recetas útiles y Procedimientos prácticos

RAZAS de gallinas más productivas. — (Continuación). — Orpington. — Esta excelente raza inglesa resulta del cruce de distintas razas, a saber: la Cochinchina, la Castellana, la Plymouth Rock, la Minorca y la Dorking. Desde el punto de vista lucrativo, no admite competencia con ninguna otra raza.

Se desarrolla en corto tiempo. Su carne blanca es abundante, y de un sabor exquisito.

La gallina es ponedora de invierno. El número de huevos oscila alrededor de 170, y es su yema grande.

Los pollos sólo son utilizables después de los cinco meses.

El gallo, al completar su desarrollo, alcanza el peso de cuatro a cuatro y medio kilogramos. Cebándolos, se obtienen fácilmente ejemplares hasta de seis kilogramos y ciento cincuenta gramos (Moglione).

La gallina Orpington es una ponedora precoz, pues comienza la puesta antes de los siete meses, y a veces a los seis y medio, poniendo 170 huevos por año.

Por la importancia que tiene para el ciador de aves damos a continuación las características del gallo Orpington: Cabeza pequeña, pico negro ligeramente encorvado, ojos grandes, cresta sencilla o doble: la sencilla, de tamaño mediano, bien dentada y despegada de la parte posterior del cráneo; la doble es bajita, alargada, redonda por delante; orejas caídas; cuello grueso, ligeramente curvado, revestido de un plumón finísimo; pecho saliente; rabadilla abultada y cubierta de numerosas plumas negras; cola de tamaño mediano; patas cortas y fuertes, con cuatro dedos bien extendidos.

——:——

PARA evitar el moho. — Las bibliotecas y las colecciones zoológicas están expuestas a ser fácilmente atacadas por el moho.

Para preservarlas se echa por distintos puntos o se evaporizan de tiempo en tiempo algunas gotas de esencia de trementina.

Este procedimiento alejará al mismo tiempo los insectos.

Igualmente, para conservar la cola, basta mezclar algunas gotas de esencia de trementina a la misma.

——:——

PARA limpiar las plumas de los sombreros. — Páseselas ligeramente entre las manos por agua de jabón algo caliente hasta que hayan desaparecido las manchas; enjuáguense después en agua tibia y luego fría; se azufran y con esto se secan.

Ahora nos falta indicar el modo de enderezar las plumas ajadas por el manoseo o la humedad.

Aproxímense al fuego, y después con una especie de punzón largo se enderezan una por una las hebras de las barbas, tornándolas a su lugar: en caso necesario pueden emplearse las puntas de una tijera.

También se puede recurrir a este otro medio:

Hágase espuma de jabón y agua en la cual se disolverá un poco de añil; lávense cuidadosamente con ellas las plumas, sacúdanse hasta que queden secas, y luego se rizan pasando cada barba por el dorso de una plegadora.

——:——

LIMPIEZA DEL NÍQUEL

LA pátina azul verdosa que se forma a veces sobre los objetos niquelados se quita fácilmente con un baño de alcohol rectificado, adicionado de una parte de ácido acético por cincuenta de alcohol. Se sumergen las piezas durante algunos segundos en este baño y después se enjuagan en agua pura y en alcohol; finalmente se secan entre serrín.

También se pueden limpiar los objetos de níquel con agua de jabón caliente; y se secan con un paño o con una gamuza.

Los objetos de níquel se limpian con rojo de Inglaterra.

Antes de emplear una tetera de metal conviene echarle dentro dos o tres veces infusión de te, sin ponerle la tapa; se deja enfriar y luego se tira. La tetera debe secarse con un trapo después de haberla empleado; luego se repasa con una gamuza. Si tiene manchas, se frotan con aceite de olivas, se les pasa un trapo y después una piel espolvoreada con blanco de España. Si la tetera está muy sucia y en mal estado, se limpia con agua caliente y después se frota bien con blanco de España o rojo de Inglaterra.

——:——

Pomada para blanquear las manos. —

Bórax . . . . 4 gramos
Sal gris. . . . . 4 „
Alumbre . . . . 4 „
Seis claras de huevo
Zumo de dos limones.

Disuélvase las sales con el zumo del limón; añádanse las claras de huevo, mézclense y hágase cocer sobre ceniza caliente, removiéndolo con una espátula hasta que se espese.

——:——

MANERA de cortar corchos. — Córtanse muy bien, sin chirridos y sin producir desperdicios, y se moja con agua la hoja cortante. Sabido es que el corcho, en las fábricas de tapones, se trabaja completamente impregnado de agua.

La hipócrita

— (Continuación de la pág. 17) —

Tomó la carta, y se alejó apresuradamente. Allí, junto al otro, había dejado los pedazos de su corazón... Se resignó. ¡Oh, qué necia! ¡Haber creído que ese joven rico, educado y bello, pudiera interesarse por ella, por ella, que ni siquiera sabía el nombre de su padre! ¡Qué tonta!... ¡Haber albergado la ilusión de que alguien pudiera quererla! Su vida debería ser siempre la misma. Su destino lo había dispuesto así. Y ante esa dolorosa evidencia, escondió muy adentro su desilusión, y en secreto siguió queriendo a aquel hombre que todas las mañanas se sentaba en el banco blanco para sonreír a Beatriz.

Un día, la señora interrogó a su hija:

—¿Por qué el vecino se sienta todas las mañanas en ese banco, y mira insistentemente para aquí?

—No sé, mamita... — respondió hipócritamente. — Tal vez le habrá gustado Clara...

— Pero ¡qué disparates dices, hija mía! Clara tiene tu edad, y jamás podría pensar en esas cosas!

Así transcurrieron los días, hasta que una tarde en que Clara y Beatriz leían ocultamente una carta, fueron sorprendidas por la señora. Beatriz quiso ocultarla, pero ya su madre la había visto.

—¿Qué es lo que escondes?

—Nada, mamita...

—¡Dame eso!

Ante esa imposición, Beatriz le extendió la carta. Mientras su madre la leía, pensó que en ella no figuraba su nombre. Y en seguida halló la coartada.

—¿De quién es esta carta? — preguntó trémula la señora.

Y como las dos jóvenes permanecían calladas, insistió con enojo:

—Repito que a quién pertenece esta carta...

—Mamita... es de ella — dijo Beatriz, señalándola.

—¿Tuya? ¡Ah, canalla!... ¡Perdida! A tu edad, recibiendo clandestinamente cartas amorosas... ¡Y qué cartas!... Ahora mismo, en seguida, dejas esta casa, porque no eres digna de estar al lado de este ángel...

—Yo se lo decía, mamita... "Haces mal..., eres muy niña aún..." Pero ella no me hizo caso... — dijo la otra entre sollozos.

—¡Márchate ya! ¡Ni un minuto más quiero tenerte en esta casa!

Y Clara, por última vez, calló, pero no por temor esta vez, sino por egoísmo. El pensamiento de que alguien supiera, aunque erróneamente, que un alma la quería, que suspiraba por ella, y que le mandaba tiernas cartas de amor, acalló la rebeldía que la acusación hipócrita de Beatriz había provocado.

Y resignada, casi feliz, se alejó de aquella casa, para siempre, mientras en su corazón, una voz le susurraba: "Esa carta era para ti..., para ti..."



"La educación de nuestras hijas"

(Por qué no hice yo un reportaje que se me encomendó)

Por ALCIRA CHAVES DE VILA BRAVO

Ilustraciones de Rodolfo Franco



CUANDO se anunció que la célebre escritora Cecilia Janson había entregado los originales de un nuevo libro a la imprenta, el director del diario donde yo trabajaba me pidió le hiciera un reportaje, recomendándome muy especialmente que tratara de obtener primicias para hacer conocer a los lectores la personalidad de la escritora, cuyo libro, según se anunciaba, estaba destinado a despertar la atención.

De "La educación de nuestras hijas", que así se llamaba la obra, hacíanse comentarios muy favorables, y se aseguraba que era una notable tesis la desarrollada en la misma, cuyo fondo de enseñanza podría servir de ejemplo a las madres y de modelo a las maestras.



FÁCIL me era cumplir mi cometido, pues con Cecilia habíamos sido compañeras de escuela, y mientras fuimos solteras frecuentamos la misma sociedad. Más tarde, siguiendo cada una distintos rumbos, dejamos de vernos varios años.

Cuando volvimos a encontrarnos, Cecilia había triunfado ya en el mundo de las letras. Tenía varios libros publicados, mientra que yo, a pesar de mi caudal literario, no tenía... ni aun tengo, ninguno, y, probablemente, no llegaré a realizar la más grande ambición de todos los que borroneamos cuartillas: ¡un libro!

Esa tarde, como siempre, Cecilia me recibió con todo cariño.

— ...

— ¡Cómo no!... Con muchísimo gusto. Creo que lo mejor será, si tienes tiempo, que te lea los originales de mi nuevo libro... Ayer, casualmente, me trajeron las pruebas y las llevé a casa de mi hermano Martín, que vive aquí al lado, para corregirlas juntos.

— Lo que yo quiero conocer es la tendencia de tu libro... Se me ha dicho que encierra una gran enseñanza, y lo que desearía comprobar es si la teoría especificada en él está de acuerdo con la práctica.

— Creo que sí. A lo menos, es ése el fin que he perseguido... Sin pecar de inmodesta, creo que puedo decir que he hallado la manera de educar a nuestras hijas, sin violencias de ninguna especie.

Mientras hablaba, buscaba en su escritorio los originales.

— Ah!..., los he dejado en casa de Martín... Ni me acordaba.

Y en voz alta, llamó:

— ¡Carmencita!

Desde la otra pieza, una dulce voz responde:

—¿Qué, mamá?

— Ve, hijita, de una carrerita, a casa de Martín, y tráeme las pruebas y los originales que dejé ayer olvidados.

— Pero, mamá: ya los mandará tío cuando se dé cuenta de que los has dejado.

— Es que los necesitó ahora...

— ¡Ah, no! Yo no voy... Estoy pintando.

Cecilia, algo impaciente, se aproxima a la puerta que da al patio, y grita:

— ¡Negrita!...

Desde la cocina, la Negrita responde...

—¿Quéeee?

— Ve a casa de Martín, y dile que...

— ...No puedoooo... Estoy haciendo el budín..., estoy quemando el azúcar.

— Te digo que vengas.

— No puedooo...

Mi amiga se dirige, nerviosamente, a la puerta que conduce a las habitaciones interiores, y grita:

— ¡Beba!...

Una voz musical contesta, cariñosamente:

— ¿Qué, mamita?

— Ven, querida, que te necesito.

— Me estoy vistiendo, mamita.

— Bueno, hijita; en cuanto termines, ven.

— Sí, mamita.

Nos enfrascamos nuevamente en la conversación; mi amiga, completamente tranquilizada, pensando que su hijita menor no va a burlar esta vez su autoridad materna... Después de un cuarto de hora por lo menos, viendo que la "toilette" de la chica se prolonga demasiado, Cecilia vuelve a interrogar:

—Pero, Beba..., ¿todavía no estás lista?

— Sí, mamita..., me estoy perfumando.

— Bueno, apúrate.

Volvemos a charlar un buen rato.

Cecilia está tan nerviosa, que ya no puede seguir el hilo de la conversación.



—¡Beba!... ¿Es que te propones burlarte?

— Ya voy, mamita. Me estoy lustrando la última uña...

Unos minutos más, y la Beba, fresca como una aurora y perfumada como una flor, se presenta en el escritorio.

La madre pasa su fino pañuelo de batista por la frente. Suspira.

Después de saludarme cariñosamente, la chica se dirige con todo disimulo hacia el lado del balcón.

— Beba — dice mi amiga, con el rostro ya congestionado: — te llamaba para que fueras a casa de tu tío Martín a buscar los originales y las pruebas que ayer...

— Sí, mamita; voy en seguidita.

Ya está en el balcón.

Hace un gracioso saludo a alguien que está en la esquina, y sus divinas mejillas se tiñen de arrebol.

Cecilia está nerviosísima.

Yo tengo muchos deseos de reír, pero me contengo, y mientras trato de distraer a la madre, observo a la hija.

Ésta mira hacia el otro extremo de la calle, y debe distinguir algo, porque corre para adentro. Seguramente ha de haber visto al novio de alguna de sus hermanas, y se apresura a avisarla.

Cecilia, roja de vergüenza, se pone de pie:

— ¡Qué obediencia de hijas! — dice, sulfurada.

— ¡Parece mentira!...

UNOS momentos más y Cecilia Janson vuelve triunfal con los originales en la mano.

No puedo detener mi curiosidad, e, ingenuamente, le pregunto:

— ¿Y cuál de las tres chicas fué a buscarlos?

— ¡Qué!... Fuí yo misma.

....

Y mi amiga me leyó los originales del libro que tanto dió que hablar más tarde a la crítica.

Pero yo me abstuve de hacer el reportaje que se me había pedido le hiciera a la autora de "La educación de nuestras hijas"...

Creí que no debía hacerlo...

El buen humor de los demás

ALGUNAS ANÉCDOTAS JUDICIALES DEL DOCTOR JUAN B. ESTRADA

El doctor Juan B. Estrada, juez de comercio que fué, y cuyo reciente fallecimiento enluta a la magistratura argentina, gozaba justa fama de hombre ocurrente. Aun en la austeridad de la vida judicial, sabía el doctor Estrada poner un poco de ironía o de humorismo.

He aquí algunas de sus "salidas" más ingeniosas:

En el juzgado de comercio a cargo del doctor Juan B. Estrada se presentó un escrito en que se solicitaba un embargo preventivo. Después de los considerandos de rigor, el letrado formulaba el siguiente petitorio: "Quiera autorizar al oficial de justicia para que trabe embargo sobre los carros de propiedad del deudor, cuyo domicilio ignora, y que, como se trata de vehículos que circulan diariamente, pide quiera ordenar al oficial mencionado que trabe embargo en cualquier calle u obra en que se encuentren dichos vehículos, con sus respectivos caballos atados a los mismos, con los arreos y guarniciones correspondientes; y que el número de inscripción de los carros son los que menciona la Dirección general de tráfico." A lo que el juez, sensatamente, proveyó:

"No siendo galgo el oficial de justicia ni agente de pesquisa, no ha lugar. — ESTRADA.*"*

Pocos meses antes de su muerte, el doctor Estrada libró oficio a la Policía de la Capital, a fin de que procediese a la captura y detención de un encausado.

Al cabo de algún tiempo, la causa fué sobreseída y, por consiguiente, el juez dispuso que el detenido fuese puesto en libertad. Pero, como el doctor Estrada estuviese en conocimiento de que la Policía no lo había detenido aún, redactó el oportuno decreto en los términos siguientes:

"Líbrese oficio a la Policía de la Capital, a efecto de que proceda a poner en libertad a don N. N., aun cuando se ha comprobado no ser necesaria esta diligencia, por cuanto a pesar del tiempo transcurrido no ha podido encontrarlo."

Cierto letrado, previendo que el doctor Estrada tasaría muy bajos sus honorarios en determinado asunto, en el mismo escrito en que pedía regulación exponía que en el caso de que la regulación del juez no alcanzase a una suma que el letrado fijaba, desde ya interponía recurso de apelación ante la cámara correspondiente.

Y es fama que la resolución del juez rezaba así:

"La palpita bien; pero no ha lugar por madrugador. — ESTRADA.

ANECDOTARIO CÓMICO

Cierto abogado defendía al más redomado pillo que jamás haya comparecido en justicia. Sostenía el letrado la honorabilidad y la inocencia del acusado.

— ...Y para demostraros, señores, hasta qué punto estoy convencido de la honorabilidad de mi defendido... — concluyó el letrado. Y abrazando al pillete lo oprimió contra su corazón.

Este hermoso rasgo aseguró la absolución.

A la salida de la sala, se encontraron cliente y abogado.

— ¡Ah, doctor! — dijo el primero, balbuciente; — ¡cuánta gratitud le debo! Permítame que lo abrace...

— Poco a poco — protestó el abogado; — "eso estaba bien en la sala".



PERROS INTELIGENTES

— Hay perros muy inteligentes. El mío, por ejemplo, comienza a aullar en cuanto ve que mi mujer se acerca al piano...



HUMORISTAS CONTEMPORÁNEOS

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

PARECIDOS

"Mariano Benlliure parece un antiguo gitano enriquecido."

"Las mujeres que se parecen a las de los dibujos de Méndez Bringa son unas infelices mujeres que, a lo más, gozarán del matrimonio, mujeres vulgares cuya monería insignificante da tristeza."

"Carrère se parece, por el gesto torcido de la cabeza (un ojo infinitamente más alto que el otro) y por el descuido de su barba y por su andar de perfil, a un ciego místico, uno de esos ciegos callejeros que llevan el violín enfundado a la espalda."

"Los reyes de piedra de los jardines se parecen a los hombres ordinarios, brutos, chatos y con viruelas que conocemos y que llevan a casa la leche, el pan o el carbón..."

"Pérez Zúñiga parece la careta de la tragedia, por las eses que hacen sus cejas y las eses caídas que hacen sus bigotes sobre su barba dramática."

"Cambó se parece a Lucifer, negro y agudo, y si no es Lucifer, es la representación diplomática de Lucifer en el mundo."

"Bagaría se parece al hombre primitivo que se subía a los árboles y meditaba sobre ellos."

"Arniches se parece al tortuoso traidor del melodrama."

"Zamacois se parece a un retrato suyo de joven, cuando salió del colegio, lleno de una picardía ingenua."

"Villaespesa parece un chulo que busca a su enemigo."

"Mercedes Pérez de Vargas parece una recién casada pegajosa, cargante, excesivamente melosa, en la luna de miel siempre, llena de caprichos y de manías."

"Las niñas cojitas, sobre todo esa que sólo tiene una pierna y que pasa saltando con ligereza, apoyada en su muleta, se parecen a aquel pajarillo cojo al que aquel zapatero "de" Anatole France había puesto una pajita en vez de la pata muerta y que cojeaba y corría en aquel taller."

"Los cardenales y los nuncios se parecen a las viejas marquesas coquetas aún, vestidas de colorines aún..."

"Insúa parece un chileno rico."

"¡Cuántas ancianas se parecen a la infanta Isabel!"

"¡Qué antipáticos los hombres que se parece a Roosevelt!"

"López Silva se parece a un contrabandista con pañuelo rojo liado a la cabeza, con faja roja por la que asoma la navaja y la pistola, con perneras de largos flecos y con un trabuco de ancho cañón en la maño."

"Martínez Sierra se parece al pez sierra."

"Pérez de Ayala parece un indio bravo, un indio bizco, irremediablemente bizco, aunque le hayan corregido la bizquera, y todo lo que escribe tiene la antipatía irresistible de lo bizco.

"Ortega Gasset parece un procurador o un notario."

"Joaquina Pino se parece a las señoras formales, mayores y solemnes, que según se repite "han sido muy guapas."

"Loreto Prado se parece a la alcaldesa vivaracha y decidora de un pueblecito o a una menuda aldeana de refajo y pañuelo de colores."

"Juan Ramón Jiménez se parece a Abd-el-Azis o a cualquier moro vengativo, cruel y de fiero puñal sordo, gran poeta y gran egoísta."

"Los Zubiaurres parecen dos seminaristas."

"Azorín se parece a sí mismo, a su espíritu, a su inteligencia. Ese es el parecido más difícil de alcanzar, el parecido supremo..."

"Cristóbal de Castro se parece a un busto deficiente de él mismo, a un busto en yeso, hecho por un artista que no le hubiese encontrado la viveza, sino la altivez y el acartonamiento..."

"María Guerrero, con su rostro surcado, se parece aún un poco a María Guerrero, sólo se parece un poco ya."

"El maestro Vives se parece al tragicómico payaso de "I Pagliacci."

"Los guardas de los jardines parecen suntuosos generales en campaña."

"Los hombres teñidos parecen hermanos carnales, de un parecido inocultable... Resultan todos tipos conocidísimos, vistos muchas veces..."

"Rosario Pino se parece (y ése es su encanto agraz) a las casaditas agradables, reservadas e infieles, con cierto encanto siempre de monjas que violan sus votos, de doñas Ineses del Tenorio, doñas Ineses del alma nuestra..."

"Salvador Rueda se parece al hombre optimista y cándido (alma de Dios) que vitorea en los homenajes, que da gritos patrióticos en las grandes paradas, que dirige las charangas municipales y provincianas, que es jefe de la "clac" y se queda solo aplaudiendo con palmadas inimitables y sonorísimas, palmadas estridentes y huecas..."

"Unamuno se parece a un mochuelo irónico doctoral y sofístico."

"Benavente es un bigote diabólico por el que entran pequeñas chispas de ingenio como por un pararrayos. Es de tal modo sólo su bigote, que si se lo afeitase nadie le reconocería y perdería hasta su ingeniosidad."

"Julia Fons es una dentadura luminosa, de perpetua sonrisa, maravilloso anuncio de cualquier dentífrico."

EL GRAN PROBLEMA



—Querido señor: Vengo a presentarle el último descubrimiento de los inventores modernos. Una verdadera maravilla...

...Un motorcito que tiene la propiedad de adaptarse a cualquier aparato, y ponerlo en marcha en seguida...

...Máquinas de coser, molinillos de café, de almendra, máquinas de lavar... ¡En una palabra: todo, querido señor!...

...¡¡¡Absolutamente todo!!!

—Pero digo yo, joven: ¿No tendría usted otro motorcito para hacer marchar el negocio?

El averiguador literario y artístico

PREGUNTAS

GUERRA. — ¿Cuál es la etimología exacta de esta palabra? — *Curiosa.*

ANATOLE FRANCE. — Agradecería que se me facilitara una lista de todas las obras de France y el orden en que deben leerse. — *Anatolius.*

ELINOR GLYN. — Deseo conocer la biografía y bibliografía de esta escritora inglesa. — *Montevideano.*

LOS FRANCESES EN EL URUGUAY. — Interésame conocer un libro que trate especialmente de la acción de los franceses en la guerra de la independencia de la República Oriental del Uruguay. — *Charrúa.*

AMOR FRATERNAL. — Desearía enterarme de todo cuanto se haya escrito sobre el citado tema, ya sea en literatura, historia, mitología y, especialmente, en estudios psicológicos. — *Electra.*

PASO Y LAVALLE. — ¿Podría indicarme algún lector qué biografías, estudios críticos o notas históricas se han publicado sobre el doctor Juan José Paso y sobre el general Juan Lavalle? — *Arturo J. Sala.*

RESPUESTAS

D'ANNUNZIO-RAPAGNETTA (743, 746 y 760). — Diga lo que quiera el "Correo" de "La Nación", D'Annunzio es el verdadero nombre del poeta. En EL HOGAR del 1º de febrero del corriente año se debatió la cuestión, estableciéndose la falsedad de los que llaman Rapagnetta al Príncipe de Monte Nevoso. El preguntante puede encontrar toda la documentación pertinente en: "Gabriele D'Annunzio", por André Geiger (página 141, apéndice VIII de "La Renaissance du Livre", París, 1918); los artículos publicados por Alberto Lombroso en 1907 y 1908 en la "Rivista di Roma", y la columna 112 de la revista francesa "L'Intermédiaire des chercheurs et curieux", correspondiente al 10 de febrero de 1923. "La Nación" sólo puede citar en su apoyo a la indocta enciclopedia "Espasa", cuyos disparates y falsedades la han hecho célebre en el mundo de los bibliófilos. — *S. G. C.* (Buenos Aires).

DIMINUTIVO DE MANO (762). — La Real Academia Española, en su Gramática de la Lengua Castellana, al tratar, en el capítulo segundo, de las Reglas para la formación de los diminutivos (pág. 19, edición de 1917, en el inciso f, del párrafo 57), dice:

Prado, llano y mano hacen prad-ecillo, prad-ito y prad-illo, llan-ecillo y llanito, man-ecilla, man-ezuela y man-ita. Algunos gramáticos reconocen un diminutivo más: manecita. Sin embargo, el uso hace que al escribir y al hablar, como habrá observado S. de España, dejemos de lado "manita", uno de los verdaderos diminutivos, y digamos más frecuentemente "manito". — *Aléx. M. Urrutia Artieda* (Azul).

DICCIONARIO DE MITOLOGÍA (761). — Es difícil indicar cuál es el mejor diccionario de mitología; todos tienen sus ventajas e inconvenientes, según sea el objeto que se persiga. Conozco los siguientes:

Daremberg, "Dictionnaire des Antiquités", París, 1881. Hastings (James), "Encyclopedia of Religion and Ethics", Edimburg, 1917. Noël, "Dictionnaire de la Fable", París, 1803.

De este último hay una traducción española con algunas correcciones y adiciones. — *Luis Thayu Ojeda* (Viña del Mar).

ESCUELA NATURALISTA (757). — Pregunta *Lolupe* cuáles son las obras maestras de este género literario. En el teatro: "La Dame aux Camélias" y "L'Ami des Femmes", de Alejandro Dumas (hijo); "Le Gendre de M. Poirier", de Emilio Augier; "Les Corbeaux" y "La Parisienne", de Enrique Becque. Pueden anotarse también algunas obras de Francisco de Curel, Brieux y Fabre. En la novela: "Madame Bovary", de Gustavo Flaubert; "Manette Salomon", de los hermanos Goncourt; "L'Assommoir" y "Germinal", de Emilio Zola; "Sapho", de Alfonso Daudet; los cuentos de Maupassant; "A rebours", de J .K. Huysmans y "Poil de Carotte", de Julio Renard. En la crítica: Saint-Beuve, Taine y Fromentin. En la historia: Fustel de Coulanges, Renan y France. En los demás países, el naturalismo y el realismo no tuvieron igual éxito. En Italia lo ha cultivado D'Annunzio en algunas novelas, y Stecchetti en la poesía. En España fueron naturalistas la Pardo Bazán ("Insolación"), Eduardo López Bago y luego todos los malos imitadores, desde el detestable Felipe Trigo hasta el insoportable Pérez de Ayala. Aquí los hemos tenido peores. No vale la pena citarlos. — *S. García Conforti* (B. A.).

MARCO AURELIO ANTONINO (760). — Aconsejo a *Inglesita* los siguientes textos: "Roman Society from hero to Marcus Aurelius", por Dill, Londres, 1904; "M. A. as a philosopher", por P. C. Vaux; en "Pop. Scienc. Month", 1877; "M. A.", por W. Myers; en "Fortn. Rev.", 1882; "The Life of M. A. Antoninus", por P. B. Watson, Londres y Nueva York, 1884; "M. A. and the Talmud", por E. H. Plumtre, en el tomo VI de la "Contemp. Rev.", etc. — *S. G. C.* (B. A.).

SONETO BREVE (760, 762). — En realidad, la consulta de *Filólogo* es ociosa porque, si hemos de atenernos a los preceptos literarios, los sonetos verdaderos no son *largos* ni *breves*, en cuanto al número de sílabas de cada verso, que a esto se refiere indudablemente el preguntante. A lo sumo podría aceptarse el *sonetillo*, composición de catorce versos octosílabos aconsonantados como los de los sonetos.

A un catedrático de literatura, la consulta de *Filólogo* le causaría la misma sorpresa que a un ingeniero si, por ejemplo, le preguntara cuál es el metro más largo o más corto. Pero como quien esto escribe no es profesor de literatura, ni se propone defender la forma clásica del soneto ni dar una lección de preceptiva literaria, procurará, sin entrar en discusiones e interpretando el deseo del preguntante, satisfacer la curiosidad del mismo transcribiendo algunos sonetos cuyos versos constan de menos de once sílabas.

En la composición "El Vino", de Domingo A. Robatto, puede leerse el siguiente soneto pentasílabo:

Eres un vino,
Canto y marea,
Cálida idea
De mi destino.

En el camino
Tu boca sea,
Fuente letea
Al peregrino.

Nada más grande
Que lo que expande
Al peregrino,

Si es en su ocaso
Tu boca un vaso
De rojo vino.

A Rubén Darío pertenece este otro de seis sílabas, que tiene además la particularidad de que sus cuartetos no están rimados en la forma habitual.

MÍA

Mía: así te llamas.
¿Qué más armonía?
Mía: luz del día.
Mía: rosas, llamas.

Qué aroma derramas
En el alma mía
Si sé que me amas,
¡Oh Mía!, ¡oh Mía!

Tu sexo fundiste
Con mi sexo fuerte,
Fundiendo dos bronces.

Yo, triste; tú, triste...
¿No has de ser entonces
Mía hasta la muerte?

He aquí una muestra del *sonetillo*. Figura en "La ciencia del verso", de Bejarano:

EL ORADOR ELOCUENTE

— Vente conmigo a admirar
Un orador elocuente;
Díjole Juan a Clemente,
Echando los dos a andar.

— Demóstenes fué un pelgar
Y Tulio un impertinente,
Comparados al torrente
De su elocuencia sin par.

— Tendré un gusto regalado,
Clemente dijo: es asunto
Que siempre fué de mi agrado.

Y Juan le señalaba al punto
Un aposento enlutado
Y allí tendido un difunto.

C. FERNÁNDEZ

A la pluma del poeta español Miguel Pelayo se debe este soneto decasílabo:

SOL DE MAYO

Sol de mayo en la avena segada,
en los campos de almendro y de higuera
y en la calva aridez de la era
que interrumpe la parva dorada.

Brilla al sol, amapola encarnada;
canta al sol, golondrina viajera;
corre al sol, arroyuelo; palmera,
abre al sol tu sombrilla encantada

Yo no sé qué adorable delicia,
yo no sé qué apacible caricia,
yo no sé qué enervante desmayo.

Puso en este poeta doliente,
de la loca ciudad febriscente
este sol campesino de mayo.

Y ya que estoy haciendo una especie de inventario de los sonetos de distinta metrificación que en estos momentos recuerdo, no quisiera dejar en el tintero otras dos composiciones de esa clase que ahora me vienen a la memoria. Así la lista será más completa.

Aunque estos dos últimos sonetos no responden a la consulta de *Filólogo*, los remito a EL HOGAR por si la dirección de esa revista los juzgue dignos de ser publicados como una curiosidad más entre las muchas que nos ofrecen los sonetistas.

Dejo a un lado los sonetos endecasílabos, que son los corrientes, y paso a copiar dos en mayor medida, para demostrar con ello que en este género de composiciones los poetas siguen un capricho en cuanto a las sílabas de los versos, pues unas veces no llegan al número que indican las reglas y otras lo exceden.

Del malogrado poeta Evaristo Carriego recuerdo el siguiente soneto dodecasílabo:

POR LA AUSENTE

Fuma de nuevo el viejo su trabajosa
pipa, y la madre escucha con indulgencia
el sabido proceso de la dolencia
que aflige a una pariente poco animosa.

El muchacho concluye la fastidiosa
composición, que sobre la negligencia
en la escuela le dieron de penitencia,
por haber olvidado no sé qué cosa...

Y en el hondo silencio que de repente
como una obsesión mala llena el ambiente,
muy quedo, la hermanita va a comenzar

la oración, noche a noche tartamudeada,
por aquella perdida, desamorada,
que hace ya cinco meses dejó el hogar.

¿Y quién, si es amante de las bellas letras, no conoce este soneto de catorce sílabas?

MARGARITA

¿Recuerdas que querías ser una Margarita
Gautier? Fijo en mi mente tu extraño rostro está,
Cuando cenamos juntos en la primera cita,
En una noche alegre que nunca volverá.

Tus labios escarlata, de púrpura maldita,
Sorbían el champaña del fino baccarat;
Tus dedos deshojaban la blanca margarita
"Sí..., no..., sí..., no...", ¡y sabías que te adoraba ya!

Después, ¡oh flor de Histeria!, llorabas y reías;
Tus besos y tus lágrimas tuve en mi boca yo;
Tus risas, tus fragancias, tus quejas, eran mías.

Y en una tarde triste de los más dulces días,
La Muerte, celosa, por ver si me querías,
¡Como a una margarita de amor, te deshojó!

RUBÉN DARÍO.

Estas son todas las variedades métricas de sonetos que conozco.

Debo advertir, para finalizar, que no presento los sonetos anteriores como modelos de belleza, que muchos hay, seguramente, más hermosos, sino tan sólo como muestras de las distintas medidas de sus versos. — *C. R. A.* (B. A.).

Los horrores que se han dicho de los hombres

(Continuación de la pág. 5)

Hay que ser muy desconfiado. La generalidad de los hombres bien lo merece. Pero guardémonos de poner en evidencia nuestra desconfianza. — *Stendhal.*

Los hombres, en general, son tontos, ingratos, envidiosos, ávidos del bien ajeno. Abusan de su superioridad cuando son fuertes, y se convierten en bribones si son débiles. — *Voltaire.*

Conozco hombres que poseen bellas cualidades: éste tiene talento, aquél corazón, otros son hábiles, conscientes, tienen el don de la oratoria y se dedican a la ciencia; pero hombres que reúnan estas bellas facultades, que permiten admirarlos y compararlos con los grandes hombres de pasadas épocas, no he tenido la fortuna de hallar ni uno solo. — *Montaigne.*

Existen hombres que no han matado a nadie, y sin embargo son más terribles que aquellos que asesinaron a media docena de personas. — *Dostoïewski.*

Únicamente son sociables y agradan los hombres falsos. Ser amable es fácil para quienes se doblegan gustosos, por indolencia o por egoístas cálculos, a las mentiras y errores del mundo. — *Ossip-Lourié.*

Los hombres todos me son a tal punto odiosos, que me disgustaría pasar como sensato a sus ojos. — *Molière.*

El hombre es pura simulación, mentira e hipocresía. No quiere que le digan la verdad y evita decirla a otros. Todas estas manifestaciones, tan alejadas de la razón y de la justicia, tienen raíz natural en su corazón. — *Pascal.*

Los hombres comprenden solamente los sentimientos análogos a los que ellos experimentan. Los otros, por bien expresados que estén, no les conmueven: los ojos miran, pero el corazón está ausente, y bien pronto los ojos también se desvían. — *Taine.*

Los hombres extremadamente grandes, además de ser comúnmente groseros, son desmañados e inhábiles. — *B. Castellón.*

Monstruo, ingrato, bruto fiero,
pasmo horrible, asombro vil,
fiera inculta, áspid traidor,
cruel tigre, ladrón, neblí,
león herido, lobo hambriento,
horror mortal y... hombre al fin,
por decirte de una vez
cuanto te puedo decir.

Calderón.

El mérito de los hombres tiene su estación, lo mismo que las frutas. — *La Rochefoucauld.*

La perfección no es de este mundo. Ante tales desahogos, el mejor partido que se debe tomar es sonreír, echarlo todo a broma y repetirnos la copla:

Que son muy malos ellos,
dice Dolores,
y Paco afirma que ellas
son aun peores.
Sin hombres ni mujeres
es evidente
que quedaría el mundo
perfectamente.

Temas escolares

Por LA STA. PALOTES

GRADOS SUPERIORES

LAS PALMERAS AMERICANAS

Estos graciosos árboles están repartidos en las zonas tropicales de las cinco partes del mundo; pero América es la región donde existen más variedades. Al mismo tiempo que adornan el paisaje con sus verdes y pomposos penachos, son la providencia de los lugares donde nacen, por los variados productos que de ellos se extraen.

Existen más de setecientas variedades, en las que van incluídas desde el cocotero, hasta el árbol del drago o del sagú. Son árboles que crecen lo mismo en terrenos arenosos y secos, que en los húmedos y arcillosos. Algunas especies, como el cocotero, prefieren las costas marítimas, meciéndose entre el agua salada y los arrecifes.

Citaremos las más significadas, desde el punto de vista utilitario, ya sea agrícola, comercial o industrial.

Asahí. — De tronco liso y recto, con un penacho de hojas palmeadas y recortadas como plumas de ave. Con sus cocos se prepara una bebida azucarada, de color vinoso, muy refrigerante, que en el Pará se llama "coabí".

Caronday. — Adornan las riberas del Paraná en nuestra República, con tal abundancia, que en otros tiempos se llamaron "carendíes" a los indios que habitaban sus márgenes, o sea "hombres de las palmeras", pues "caranday" equivale a palmera en guaraní.

Cocobola. — Árbol gigantesco, costanero a la vertiente del Pacífico, que produce el coco llamado "olla de mono", parecido en su estructura al almendro del Pará.

Cusi. — Palmera muy parecida a la africana, y de cuyas semillas se extrae un jugo o aceite que las indias usan para dar lustre a su cabello. Es la "jagua" de Venezuela.

Chonta. — Una de las palmeras más verdes y pomposas de la hoya amazónica. Los indios estiman mucho esta palmera, y hacen sus arcos con su madera elástica y negra como el ébano.

Garronuda.—Llamada también "zancuda o vinte-pes" en el Brasil, por la extraña configuración de sus raíces, las cuales, a la altura de dos metros y medio, se separan unas de otras, para sostener el tronco liso y empinado, que remata como en un penacho de pencas recortadas.

Jatatax. — Con sus fibras se hacen trenzados finos y menudos para cestillos y bolsas. En Venezuela la denominan "cogollo" o "chaguarano".

Majó. — Sus hojas, de un perenne verdor, suministran la cera amarilla que se emplea para la fabricación de velas. Para obtenerla, se cortan las hojas de la palmera y se exponen al sol. A los tres o cuatro días se agostan, y entonces se baten en lugar abrigado del viento, y con esto sueltan un polvo que, recogido y derretido al fuego, se convierte en cera.

Los coquitos, del tamaño de una avellana, sirven para hacer leche, echándolos en agua tibia.

Al cabo de dos o tres horas de infusión, las almendras se reblandecen; entonces se las esponja en agua fría, y colando la masa se obtiene leche que se utiliza de varios modos. Para obtener manteca, se hierve este líquido y se vierte rápidamente sobre él un chorro de agua fría. Así se obtiene una excelente manteca vegetal.

La paja de las hojas de esta palmera sirve para trenzados, y la madera es laborable.

Marayahú. — Su nombre científico "bactris", o bastón, proviene de la aplicación que en ebanistería se da a la madera de sus pencas.

Moriche. — Palmera real de los bajos venezolanos en los que crece con tanta profusión que forma vastos palmares omorichales.

Motacú. — Palmera de terrenos bajos, de largas y anchas estipes, que van creciendo como las varas de la pita, envolviendo el tronco. Sus cocos, grandes como limones, tienen el pericardio duro y fibroso, que sirve para desfumar la goma virgen. Cuelgan en racimos de más de un quintal de peso. Cuando estos cocos se abren solos y se agusana la almendra, los indios comen con avidez los gusanos fritos en el aceite en que están impregnados. El nombre científico de esta palmera (Maximiliana princeps) es un homenaje al príncipe Maximiliano de Neuwied que descubrió gran número de plantas y de ofidios del Amazonas.

Totay. — Árbol del oriente boliviano que a la elegancia de su penacho reúne las condiciones de que su fruto maduro es dulce como el dátil, siendo alimenticia la fécula contenida en la medula del tronco. Destila además un agua que fermenta a las veinticuatro horas, convirtiéndose en una especie de cerveza muy refrescante y tónica.

Zumeque. — De tronco muy empinado y de pencas largas y anchas, las mejores para cumbreras de ranchos y casas de campo.

Los indios salvajes son los únicos que saben aprovecharse de las múltiples ventajas de este árbol tan abundante en América; pero ya empieza la colonización a aprovecharlas, dándolas a conocer como nuevos factores del comercio y de la industria.

IMPORTANCIA COMERCIAL DEL COCOTERO

El cultivo del cocotero se desarrolla en amplios trechos de costa marítima, y por las márgenes de los ríos hasta muy adentro del interior, en Centro América y las Antillas.

Los productos del cocotero se exportan bajo tres formas: la nuez de coco al natural, el aceite y la almendra seca o "copra". El "coir" o fibra del envoltorio de la nuez, se aprovecha poco, sin duda porque su bajo precio no soporta lo elevado del flete.



Pie de la palmera garronuda o "vintepes"

En los lugares donde se cría esta palmera, la economía doméstica aprovecha desde remotos tiempos el agua y la yema del coco, para un sin fin de aplicaciones.

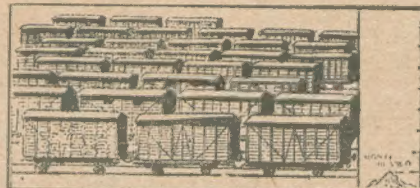


La totay y el trepador de las palmeras

La mayor ventaja que tiene el cocotero, como las demás palmeras, es que donde crece espontáneamente no necesita el cuidado del agricultor y, caso de plantarse de nuevo, su cultivo es muy elemental. El árbol tarda mucho en crecer y dar producto, pero una vez desarrollado, es longevo y desafía más que ningún otro las inclemencias del tiempo, así como las consecuencias de las sequías, inundaciones, parásitos y demás calamidades.

ARITMÉTICA PRÁCTICA

¿QUÉ ES UN MILLAR DE MILLONES? — Hoy día se habla de millares de millones, como antes de millones sencillos. ¿Qué son en conjunto *mil millones?* Únicamente las comparaciones con un orden de cosas conocidas pueden dar una idea de cantidades extraordinarias. El siguiente gráfico hablará a la imaginación en forma clara y concluyente para enseñarnos este valor:



Vagones necesarios para transportar una fortuna de mil millones

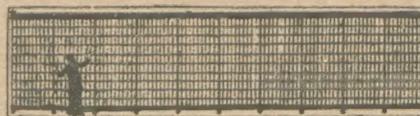
Mil millones en una pila de centenas sería ocho veces más alta

Si atribuimos al oro su valor normal, esta cantidad representa, en números redondos, 322.000 kilogramos. Se necesitaría para transportarlo, a razón de diez toneladas por vagón, un tren de treinta y tres vagones.



La misma fortuna transformada en estatuas de oro

La masa de oro que representa mil millones, tiene un volumen de cerca de 17 metros cúbicos. Una estatua de un metro cúbico parecería un gigante: pero partiendo la masa de oro en 22 bloques de 80 decímetros cúbicos se podrían fundir 22 estatuas macizas de la talla media de un hombre, y formar con ella un galería de personajes.



Un volumen encuadernado, formado por mil billetes de mil pesos valdría un millón, y tendría el grosor de unos cinco centímetros. Por consiguiente, para poner juntos mil volúmenes semejantes, cuyo valor total serían mil millones, sería necesario disponer de una biblioteca con veinte estantes de tres metros de largo cada uno.

GRADOS INFANTILES

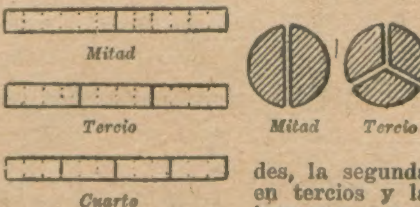
IDEA DE MITAD, TERCIO Y CUARTO DE LA UNIDAD

Dibujemos en el pizarrón una franja de doce cuadritos de largo. Representa un caramelo. Partamos en dos este caramelo, justamente por el medio (seis cuadritos de largo). Cada una de estas partes es la *mitad* del caramelo, o *medio* caramelo.

Del mismo modo tomaremos la tercera y la cuarta parte de la barrita de caramelo.

Repetir el mismo ejercicio con otros objetos: cintas y papeles de color, galletas y tortas, representadas por discos de cartón.

Ejercitación: 1. — Cortemos tres tiritas de papel iguales. Dividamos, mediante un doblez, la primera en mitades, la segunda en tercios y la tercera en cuartos. ¿Cuántas mitades hay en una tira? ¿Cuántos tercios? ¿Cuántos cuartos?



2. — Las tiras son bien iguales. Observemos bien cuál de los pedazos es más largo: ¿la mitad o el tercio?, ¿el tercio o el cuarto?, ¿la mitad o el cuarto?

3. — Aquí hay una cinta. ¿Cuántas mitades o medios pueden sacarse de ella? ¿Cuánto queda de la cinta, si le corto la mitad? ¿Y si saco las dos mitades?

4. — ¿Cuántos tercios hay en una galleta? ¿Cuánto queda si como un tercio? ¿Dos tercios? ¿Tres tercios de la galleta?

(Preguntas semejantes con el cuarto.)

Cálculos: 1. — ¿Cuántas mitades tiene una naranja?

2. — Aquí tenemos cuatro mitades: ¿cuántas naranjas forman?

3. — Si tuviéramos ocho mitades, ¿cuántas naranjas serían? ¿Y si nueve, diez, etc...?

4. — Hacer buscar los tercios y cuartos en una, dos, tres manzanas, etc. Dividir en presencia de los niños varios objetos, y hacer que los reconstruyan indicando el número de medios, tercios y cuartos empleados.

5. — Una cinta tiene cuatro cuartos; ocho cuartos, ¿cuántas cintas serán?

6. — Este piolín tiene 48 decímetros. ¿Quién sabe lo que mide la mitad, el tercio o tercera parte, el cuarto o cuarta parte? (Comprobarlo con el metro.)

Variar estos problemitas hasta fijar bien el conocimiento.

Proceder luego a escribir las fracciones $^1/_2$, $^1/_3$ y $^1/_4$, indicando que el 1 significa el objeto que se ha cortado.

TIERRA VEGETAL Y ABONOS

Ilustraciones. — Tierra, arena, piedras, tiza, arcilla.

Examinar un puñado de tierra de jardín. Está *blanda* porque está húmeda. El agua de la lluvia moja la tierra. Luego, se seca con los rayos del sol. Si ponemos un poco de esta tierra vegetal en un vaso de agua, distinguiremos granitos de *arena*, de *tiza*, polvillos obscuros que son *arcilla*. Una vasija de arcilla pura no deja pasar el agua, pues es impermeable. De aquí proviene el inconveniente de los terrenos arcillosos. Las raíces de las plantas se pudren. La *tiza* es blanda, por eso la usamos para escribir en el pizarrón. La piedra *calcárea*, más dura sirve para la construcción de casas. La tiza se *moja*, pues absorbe agua por los poros. Los terrenos en que abunda la cal son blancos y refractan la luz del sol: los vegetales se secan en ella. La arena es dura (probar de romper un grano). Cuando es menuda deja filtrar el agua. Los terrenos arenosos no retienen la lluvia y son secos, de aspecto triste, puesto que carecen de vegetación.

Una tierra vegetal buena tiene, en partes iguales, cal, arcilla, y arena. Contiene además restos vegetales (hojas, tallos, ramitas) y animales (huesos, conchillas, etc.).

Cuando en la tierra falta alguno de estos elementos se trata de enmedar su aridez por medio de ciertas substancias con el fin de hacerla cultivable. Así, se da humedad a los terrenos secos, se mejoran las tierras calcáreas y se tornan menos livianas las arenosas.

Aquí hay una muestra de tierra muy compacta. El aire penetra con dificultad. ¿Qué se hará con ella? Mezclarla con arena, con piedrecitas y greda.

La simple experiencia que realizo sobre esta tablita muestra bien que la tierra así preparada no se amontona más, y que sus partes se disgregan fácilmente. Hemos pues corregido una tierra mala, impropia para cultivo.

Esta otra, por el contrario, es seca y liviana. Contiene un exceso de arena y se reduce a polvo con presteza: hay que añadirle tierras que absorban el agua, sedimentos arcillosos o *marga*, cuya composición abunda en arcilla y cal. Se encuentra en la orilla del mar o de los lagos y en el lecho de muchos ríos.

Los abonos están destinados a procurar al vegetal aquellas materias que su crecimiento requiere. El estiércol, el guano, los huesos, la sangre seca de los animales y los detritos de plantas, son los elementos empleados para abonar los terrenos.

La paja en el ojo ajeno...

Por PESCATORE DI PERLE

LA RAZÓN de los domingos suele publicar una sección titulada "A vuela pluma." En el número del 1º del corriente comenta el descubrimiento de un asteroide al que se ha llamado *La Plata.* Y dice el colega, con enternecedora ingenuidad:

> *¿Pero por qué La Plata y no El Plata, tratándose de un planeta?*

El colega no se ha enterado, por lo visto, de que él y nosotros habitamos un planeta que se llama *la* Tierra y no *el* Tierra, precisamente.

Además, lo que ha descubierto el profesor Hartmann es un simple asteroide, que se añadirá a la extensa lista de 878 o más descubiertos anteriormente, de tan escasa importancia que en estos últimos tiempos ya ni se les bautizaba con nombres propios. Y da la casualidad que los bautizados lo son, en su mayor parte, con nombres femeninos. Recuerdo unos cuantos: Hispania, Nina, Amanda, Noemí, Josefa, Valeska, Luisa, Rhea, Rebeca, Carlota, Lola, Argentina, Dorotea, Margarita, Josefina, Nenetta, Rosa, Helena, Angelina, Eugenia, Alejandra, María, Ambrosia, Carolina, Catalina, etcétera, etcétera.

——— :: ———

EN la sección titulada "Entre nosotros; conversación semanal entre los lectores y el director", de la revista *Tit Bits*, número 778, leo la siguiente respuesta:

> *—Príncipe Blue, La Plata.—Son numerosas las academias en las que se puede aprender "mecanografía" (escritura a máquina)—porque "dactilografía" es la ciencia de identificar a las personas por sus impresiones digitales.*

Me permito advertir respetuosamente al señor director de *Tit Bits* que, en este caso, ha sido víctima del más nefando de los errores. Si el Príncipe Blue ha dicho *dactilografía* refiriéndose al arte de escribir a máquina, ha dicho muy bien. Si no lo estableciera bien claro la etimología (*dáktylos*, dedo, y *graphein*, escribir), le bastaría al señor director leer la definición correspondiente en cualquier léxico moderno, la enciclopedia "Espasa", por ejemplo, que dice, en la página 753 del tomo XVII:

> **Dactilografía.** — MECANOGR. *Arte de escribir con el dactilógrafo o sea la escritura mecánica y modo de usar las máquinas de escribir. Es sinónimo de mecanografía, y en tal sentido se usa corrientemente.*

Mecanografía, en cambio, es voz que se reserva para indicar *todas* las formas de escritura mecánica: ya sea por máquinas dactilográficas, linotipos, monotipos, etc.

La ciencia de identificar a las personas por sus impresiones digitales jamás se ha llamado *dactilografía*. El señor director de *Tit Bits* ha querido referirse al vocablo *dactiloscopia* (de *dáktylos*, dedo, y *skópein*, examinar), que fué creado en 1894 aquí, en la República Argentina, por el profesor alemán Francisco Latzina, para substituir a la palabra *icnofalangometría*, que fué la empleada primitivamente por Vucetich para designar su sistema de identificación.

De modo, pues, que a la persona que escribe a máquina se la puede llamar, indistintamente: *mecanógrafo*, *dactilógrafo* y *tipista*, con todos los adjetivos que las circunstancias y el humor individual aconsejen.

——— :: ———

ENRIQUE Gómez Carrillo escribe en *El País* de Montevideo, del 22 de mayo:

> *Si los poetas no sonríen ya al oír murmurar Uruguay y* **Paraguay**, *es porque no ignoran que estos dos países están regados por el legendario Río de la Plata.*

Esta formal declaración del literato guatemalteco me recuerda a Sarah Bernhardt, la cual afirmaba en París que, durante su temporada teatral en Buenos Aires, se iba todas las mañanas al Paraguay a cazar tigres, y por la noche vendía los palcos del Odeón recibiendo como pago monos, cachos de bananas y latas de guayaba...

——— :: ———

De *La República*, del 22 de mayo:

> *CONFERENCIA DE LOS MARES BLANCO Y BÁLTICO*
>
> FUÉ INAUGURADA AYER EN LA HAYA
>
> *LA HAYA, 21.—(Havas).—Fué inaugurada hoy la conferencia de los mares Blanco y Báltico.*

La conferencia debió ser un tanto monótona. Como que los dos mares sólo acertaban a repetir incesantemente: "¡Ola! ¡Ola!"

——— :: ———

LA RAZÓN, del 16 de mayo, en un reportaje al doctor Albarracín:

> *—¿Cuándo nació usted, doctor?*
> *—El 31 de julio de 1850, en San Juan. Fueron mis padres doña Flora Roja y don Santiago Albarracín, coronel de la independencia y* **hermano** *de doña Paula Albarracín,* **madre** *de Sarmiento.*
> *—¿De modo que era usted tío de Sarmiento?*
> *—Y cómo no... La* **madre de él** *y mi padre eran* **primos hermanos.**

También la *señá* Antonia, de *La Verbena de la Paloma*, era tía y madre de Susana, *tóo* junto.

——— :: ———

EN el teatro Cervantes anunciaron, el día 20 de mayo, en las carteleras que dan a la calle, la primera representación de la opereta.

> *"La princesa de los dólares"*
> *de*
> *Franz Lehar*

Lo bueno del caso es que el verdadero autor es Leo Fall, el director de la compañía del Cervantes. ¿Qué significará esto? ¿Modestia del señor Fall o deseo de perjudicar al señor Lehar?

——— :: ———

UNOS títulos de *El Orden* de Tucumán, del 22 de mayo:

> *PROFILAXIS DE LAS ENFERMEDADES SOCIALES*
>
> *El Departamento Nacional de Higiene se propone combatir el* **ocio** *y las enfermedades nerviosas y mentales.*

Para tranquilidad de los empleados nacionales y municipales, hago la salvedad del error: no se trata del *ocio*, sino del *bocio*. Una dependencia del gobierno no puede combatir el ocio. Sería un suicidio estúpido.

——— :: ———

NUESTRO ilustrado colega *Atlántida*, en la página 45 de su número 319:

> *Haydn, el* **médico** *genial, fué infeliz en el matrimonio, y tuvo que huir de su esposa, que era* **un** *extravagante.*
> *El pobre* **músico** *se fué con la música a otra parte.*

La anécdota es originalísima. El comentario, ingeniosamente espiritual. Lo malo es que el inadvertido lector no sabrá jamás si el sujeto del caso era un médico o un músico, y si éste había contraído justas nupcias con una dama o con *un* extravagante.

——— :: ———

Un telegrama de *La Prensa*, del 27 de mayo:

> *RIGA, mayo 26 (Havas).—Se dice que el ex juez de instrucción de la "cheka" de Poltawa, Rusia, acaba de ser arrestado bajo inculpación de* **abuso** *de asesinato de los niños que le fueron confiados por los campesinos que se hallaban en situación apremiante.*
> *Se dice que las autoridades policiales descubrieron los cadáveres de 22 niños de 9 a 13 años de edad, así como el de una mujer.*

Me parece que el distinguido colega se ha quedado corto en su apreciación.

Eso de matar a veintidós niños y a una mujer es más que un *abuso*: es una indelicadeza. Por mi parte declaro que a nadie recomendaría semejante proceder, y menos tratándose, como en este caso, de chicos inocentes.

——— :: ———

EL periódico *El Orden* de Ingeniero Luiggi, publica en su número del 17 de mayo una carta en tipo notable y a tres columnas, que reproduzco entera. Vale la pena. Oíd, mortales:

> *UNA CARTA PERSONAL*
>
> A LA GENTE DE INGENIERO LUIGGI
>
> *(Esto siendo la primera vez en persona por lo concerniente a nuestra información)*
>
> *Mayo 10 de 1924.*
>
> *El que,—tan pronto como sea posible tendremos abertura de un servicio cinematográfico nombrado y conocido por Cinematógrafo Alpa, el cual estamos introduciendo en el corazón del pueblo de Ingeniero Luiggi, empezando en el cerquito futuro,—es justo un simple y sencillo servicio de nuestro alcance y de nuestro conocimiento de la INDUSTRIA CINEMATOGRÁFICA con la que se pudieron reproducir las vidas adventurosas de aquellos seres humanos que han sido de todos los días "aún como ustedes y nosotros luchantes para el mejoramiento de la vida".*
>
> *Si ustedes gustan esta calidad de hechos, ustedes estarán lo más bien-venidos: si ustedes no gustan, esperanzamos de que ustedes vendrán algunas otras veces cuando tengamos otras diferentes producciones.*
>
> *Las producciones que nosotros intentamos de exhibir, son de obras que las cuales más o menos son de tendencia sobre intereses humanos lo que ellas pueden contener.*
>
> *Esperanzamos de poderles transladar algo de la hermosura y dulzura de las vidas Americanas: traerles un poquito de fragancia desde los campos frescos y desde los pimpollos de primavera; transladarle un poquito de aquel gran amor lo más dulce y lo más mejor de toda Madre amor.*
>
> *Si el patronage, de este pueblo, no carece a la cantidad necesaria de entranza que más o menos se expecta y que a cuya expectanza se establecen los precios variables que en igual variación están las producciones con sus correspondientes alquileres.*
>
> *También, realizamos que todo esto no tiene nada que hacer con los méritos del servicio, en lo obscuro, los dados de hado están solevados, y cuando los hechamos son para ustedes, oh, amos de casa, es para decir sea que ganamos o que perdemos estamos en vuestras manos finalizando nuestra introducción.*
>
> *Muy verdaderamente vuestro—CINEMATÓGRAFO ALPA.*
>
> *A. ALPA—Mañejador.*

Lo inquietante no es que este manejador maneje así el idioma: lo terrible es que lo entienda la gente de Ingeniero Luiggi.

Semanalmente se premiará con una libra esterlina al que remita la mejor "perla" a juicio de nuestro "Pescatore". No se admiten "perlas" anónimas, es decir, sin documentación. Todo envío debe acompañarse con el recorte del diario, revista o libro donde se hizo el hallazgo, "e si non, non". Esta semana corresponde la áurea moneda a "Rayo Invisible", de Rosario.

PEDRO BIGNOLI LTDA

CARLOS PELLEGRINI 300 ESQ. SARMIENTO 1002







REGALO UTIL

PEDRO BIGNOLI Ltda.
ABANICO DE SIETE PLUMAS lisas, color combinado verde y negro, varillas imitación carey obscuro, a.... $ **50**
(Planta Baja)

PEDRO BIGNOLI Ltda.
ABANICO PLUMAS rizadas, colores rosa, celeste, blanco, negro, etc., varillaje imitación carey rubio, a........................ $ **33**
(Planta Baja)

PEDRO BIGNOLI Ltda.
ABANICO PLUMAS grises, gran formato, varillaje nácar, con incrustaciones, a
$ 80
(Planta Baja)







PEDRO BIGNOLI Ltda.
ABANICOS PLUMAS combinadas de fantasía y pavo real, varillaje imitación carey obscuro, a pesos **14.—**. Otros modelos más chicos, a $ **10.—**, **8.—**, **7.50** y a........................ $ **5.50**
(Planta Baja)

PEDRO BIGNOLI Ltda.
ABANICO 20 PLUMAS, colores anaranjado, celeste, blanco, gris, etc., varillas de imitación carey obscuro, a $ **45.—**. Del mismo tipo, plumas más cortas, $ **28**
(Planta Baja)

NUESTRA GARANTIA

Devolvemos el importe de la compra y gastos de flete que ocasione la devolución de los artículos que no sean del agrado del cliente.

LOS ABANICOS DE PLUMAS

QUE HAN CONSTITUIDO UNA CARACTERÍSTICA DE NUESTRA CASA, CONSIDERADA COMO LA PRIMERA DE SUD AMÉRICA EN ESE SENTIDO; FORMAN UN CONJUNTO DE TAL MAGNITUD QUE RESULTA IMPOSIBLE DAR LA IMPRESIÓN CABAL DE SU IMPORTANCIA Y BARATURA INCOMPETIBLES.

PEDRO BIGNOLI Ltda.
ABANICO 20 PLUMAS, color natural, varillaje tipo carey obscuro, a $ **32.50**. Los mismos, con plumas más cortas, a................ $ **20**
(Planta Baja)

PEDIDOS

La correspondencia debe dirigirse en la siguiente forma:

PEDRO BIGNOLI Lda.: Sección Interior
CARLOS PELLEGRINI, 300 - Buenos Aires

Deben venir acompañados de su correspondiente importe, que rogamos sea con preferencia giros postal o bancario, o letras de fácil cobro sobre esta plaza.

— LOMBARDO —

IMPRESO EN LOS TALLERES GRÁFICOS DE LA EMPRESA EDITORIAL HAYNES LDA. S. A.